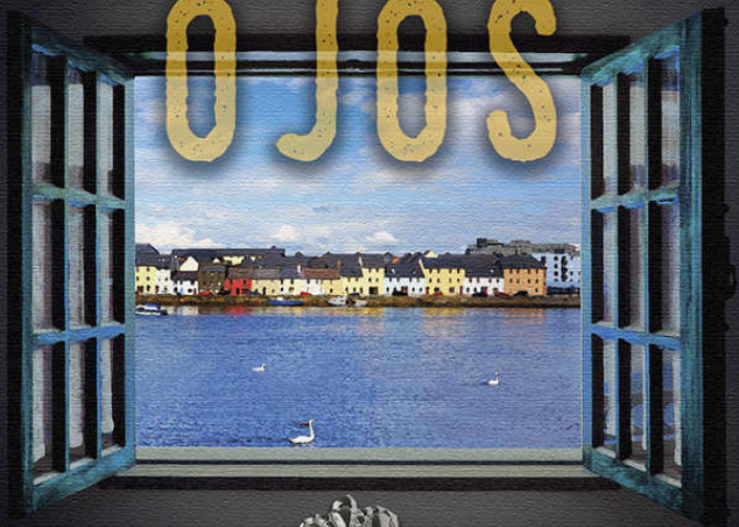
EL CRISTAL DE SUS OJOS



Elísabeth
López Trujillo

Círculo Rojo
EDITORIAL

El cristal de sus ojos

Elísabeth López Trujillo

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2020

ISBN: 978-84-1350-518-3
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Elísabeth López Trujillo
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Imagen de cubierta: Montaje de portada Virginia González Círculo Rojo
con recursos de Depositphotos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A mi abuela,
que despertó en mí una
profunda admiración
por su serenidad de espíritu,
su fortaleza, estoicismo
y saber estar.

CAPÍTULO I

—Mi vida ha sido difícil, como una pesadilla de la que debería haber despertado hace mucho tiempo. Ahora, postrada en esta silla de ruedas y consumida por el paso de los años, solo me quedan fuerzas para pedirle a Dios que se apiade de mí si es verdad que existe una vida después de la muerte. Mi voz ya se apaga y la historia de mi vida se diluye entre el silencio de estas cuatro paredes que nada saben de mí. Espero cada día con ilusión esos pocos minutos de tu tiempo, que son todo lo que me queda. Los espero y me aferro a ellos porque sé que no son minutos vacíos como lo es el resto del tiempo que fluye sin pausa y que me acerca sin más a mi merecido destino.

—Vamos, vamos, Teresa… Esa actitud solo le hace daño.

—Quizá tengas razón, pero ¿qué más da? El dolor ya no puede hacerme daño, ni siquiera este terrible dolor que deforma mis huesos a pasos agigantados y martiriza cada músculo de mi cuerpo sin tregua. Mi pobre madre nunca pudo imaginar lo que sería mi vida; de haberlo sabido, seguramente habría elegido vivir ella en lugar de dar su vida por aquella pequeña criatura sin identidad que venía al mundo ya en medio de complicaciones.

Mi pobre madre era una mujer de buen corazón, o al menos eso es lo que le oí decir a mi padre. Eso fue lo que, según él, le llevó a dar su vida para salvar la mía. Ella ya me amaba estando yo en su vientre y ni siquiera pudo tenerme en sus brazos. Mis ojos ni siquiera pudieron contemplar su rostro una sola vez. El médico lo cubrió con una fría sábana blanca nada más apagarse la luz de sus ojos. Una vida por otra vida. Eso es lo que siempre pensó mi padre, lo que le llevó a repudiarme y a odiarme desde lo más profundo de su ser. Su corazón se esfumó sin dejar rastro en el mismo momento en que murió el amor de su vida, la mujer que lo había sido todo para él. Nunca pudo perdonarme el haberle arrebatado lo que más había querido en el mundo. Al menos él había tenido su

amor y conservaba su recuerdo, pero ¿y yo?... ¿Qué tenía yo?... No tenía ningún recuerdo y no contaba con nada que me diera una identidad o que me hiciera sentir que había un lugar para mí en el mundo. Mi padre se encargó de hacerme entender con sus continuos reproches y su rechazo hacia mí que mi vida no era más que un error, tal vez un castigo que él no estaba dispuesto a aceptar con resignación. La muerte de mi madre dio muerte también a toda bondad o cariño que una vez hubo en su pecho.

Así, pasé los primeros años de mi vida al cuidado de una institutriz a la que mi padre pagaba no solo para que se hiciese cargo de mi cuidado y educación, sino para que me mantuviese fuera de su vista en aquella inmensa casa en la que él me eludía por todos los medios, convirtiéndose de este modo en un perfecto extraño para mí; un ser frío y distante que me inspiraba un profundo temor, aunque a la vez cierta compasión.

Aquella mujer robusta y de tez morena, que siempre llevaba el pelo desaliñado y su vestido púrpura de algodón descuidadamente arrugado, se esforzaba sobremanera por enseñarme buenos modales e inculcarme los valores de una religión que yo no llegaba a comprender; una religión que veneraba a un dios que me había abandonado indefensa en el mismo momento de mostrarme la luz de este mundo. Cierto que era una mujer demasiado estricta, severa y algo huraña, pero desde luego fue la única persona en los primeros diez años de mi vida que se preocupó por mí, una pequeña huérfana de madre repudiada por un padre que vivía atrapado en el pasado y los recuerdos e inmerso en su dolor.

Aquel hombre, mi padre, se cerró de tal modo al mundo que llegó un momento en el que solo existía para su dolor. Descuidó su trabajo, sus amistades…, todo; y se sumió en una profunda tristeza que solo podía ahogar en alcohol. Nunca tuvo una palabra de consuelo para mí, nunca se dio cuenta de que yo también sufría. ¡Dios!... era solo una niña que no tenía vida propia porque sentía que toda mi vida era tan solo un error, una maldición que había traído la desgracia a una casa que hacía años había estado colmada de amor y felicidad. Y llegó un momento en que mi padre no pudo soportar más mi presencia y, sintiéndose libre de toda obligación para conmigo, decidió enviarme lejos; tan lejos como mi ingenua mente de niña jamás antes había tenido oportunidad de imaginar. Nunca imaginé que hubiese algo más allá de los tejados de la que era mi ciudad, Granada, y, sin embargo, ese algo se convertiría en parte de mi infancia y mi juventud, marcando toda mi vida.

Me encontré viajando sola en un tren de mala muerte; sentada junto a una ventanilla rota y frente a un anciano que parecía dormido, pero que de vez en cuando agitaba la mano frente a su rostro como intentando ahuyentar una mosca que no existía. Cuando despertó clavó en mí sus ojos hundidos, enrojecidos por el cansancio y por el peso de los años, que sin duda eran muchos. No me dijo una sola palabra, tan solo metió la mano izquierda en el bolsillo de su pantalón buscando algo. Lentamente la volvió a sacar, manteniéndola cerrada, y extendió el brazo hacia mí hasta que casi pudo tocarme. Al abrirla me regaló una cálida sonrisa al tiempo que me ofrecía unos cacahuetes sin piel. Solo cogí dos o tres, luego guardó el resto de nuevo en el bolsillo y volvió a cerrar los ojos, dejando

caer su boina negra descolorida y desgastada sobre unas grandes cejas blancas que le ocultaban parcialmente los ojos. Entonces, con la sonrisa todavía en los labios, volvió a quedarse dormido.

Fue un viaje muy largo, no sé exactamente cuánto duró, pues mi mente de niña concebía el paso del tiempo de manera confusa, magnificándolo como hacía con todo. Cuando el tren se detuvo definitivamente, me encontré en un lugar completamente desconocido para mí, donde el cielo era gris, el ambiente frío y húmedo y la gente hablaba de un modo que me resultaba del todo incomprensible. Nada más bajar del tren, vino a buscarme un hombre desconocido. Al llegar junto a mí se detuvo, me miró detenidamente de arriba a abajo durante unos segundos y dijo mi nombre en tono de interrogación. Tras comprobar que yo asentía con la cabeza, confirmando así que no se equivocaba de persona, tomó mi maleta y me hizo un gesto con la mano para que le siguiera. Su paso apresurado me impedía seguirle sin dificultad hasta el punto de que dos o tres veces me quedé atrás, angustiada hasta que conseguía divisar de nuevo la enorme cabeza pelirroja de orejas puntiagudas que sobresalía entre todas las demás. En medio de una gran multitud que iba y venía, mi mayor preocupación consistía solo en no perder de vista aquellos desgastados zapatos negros que caminaban tan deprisa, sin detenerse un solo segundo. Así, pronto llegamos a un puerto enorme lleno de pequeñas embarcaciones que, por su aspecto, parecían haber estado esperando en vano durante años a viajeros y mercancías. Allí se detuvo un momento y buscó con la vista perdida en el horizonte algo que parecía estar a punto de hacer su aparición. Más tarde pude comprender que era un barco lo que buscaba; el barco que me llevaría hacia un destino en el que yo deseaba con todas mis fuerzas que hubiese alguien esperándome.

Estaba tan asustada que pensé que no era posible que existiese un miedo más intenso que aquel, pero la visión de aquella magnífica embarcación en la que se podía leer con letras doradas Le Diamant borró mi miedo por un momento para dar paso a la admiración y la sorpresa ante algo tan gigantesco que parecía de otro mundo. El hombre de las orejas puntiagudas me hizo subir apresuradamente al barco poco después de que este hiciese su entrada en el puerto y subió conmigo para llevarme la pequeña maleta que yo ya había olvidado. Acto seguido, sin detenerse un solo instante, se apresuró a bajar a tierra firme de nuevo. Después se desvaneció entre la multitud como si de un fantasma se tratase y nunca más volví a verle, como si solo hubiese formado parte de un sueño, asemejándose a esos gnomos de los cuentos que mi institutriz me contaba por las noches y que de vez en cuando me parecía descubrir escondidos en algún recóndito rincón del jardín de la casa de mi padre.

En la cubierta del barco, que ya partía, la gente se asomaba a la baranda entre risas, gritos y lágrimas y agitaban las manos diciendo adiós a aquellos que desde el otro lado les despedían emocionados. Yo ni siquiera me asomé a aquella baranda. ¿Para qué hacerlo si no había allí nadie a quien decir adiós?; estaba sola y me sentía desamparada. Me limité a observar a los pasajeros que, felices, iniciaban su viaje al tiempo que se despedían de los suyos. Las lágrimas brotaron de mis ojos, pero no dejé que nadie me viese llorar. En realidad, aunque lo

hubiese querido, nadie habría notado esas lágrimas. Me retiré a un rincón y permanecí allí durante un largo rato, sentada en el suelo y sollozando hasta que el cansancio me hizo entrar en un profundo sueño.

Dormí durante algunas horas y fue la brisa fresca de la noche la que me despertó. Al abrir los ojos me sentí terriblemente asustada de nuevo; solo oscuridad y silencio a mi alrededor, en medio del océano. Me sentí desconcertada. En un primer momento no supe dónde me encontraba ni recordaba cómo había llegado hasta allí. Estaba sola, como siempre lo había estado en la oscura y fría casa de mi padre. Me levanté lentamente y me acerqué un momento hasta la barandilla para observar las olas que mecían suavemente el barco. Aquella gran masa de agua me hizo sentir aún más insignificante, como una minúscula mota de polvo en medio de un gran desierto que me rodeaba por todas partes, como a punto de engullirme de un momento a otro. Los zapatos me estaban matando, me producían en los dedos de los pies un fuerte dolor que ya no podía soportar más, así que me los quité y los arrojé por la borda. Después corrí por la cubierta hasta que divisé unas luces que procedían del salón del barco. Una vez en el interior de aquel lujoso salón lleno de gente me sentí a salvo y con ganas de gritar para atraer la atención de alguna de aquellas personas que charlaban animadamente, se reían o bailaban, para las cuales yo parecía ser invisible. Sin embargo, de mi garganta no salió sonido alguno. Me tragué mis propias lágrimas y mi miedo, y atravesé el cálido y luminoso salón hasta llegar a un pasillo con el suelo cubierto de una suave moqueta de color verde oscuro; las paredes estaban adornadas con cuadros antiguos donde se veían hermosas jóvenes con pomposos vestidos de brillantes colores y apuestos caballeros que las cortejaban desde sus caballos, intentando impresionarlas con entretenidas conversaciones y estudiados cumplidos. Seguí el pasillo hasta llegar a una escalera con poca luz que me condujo a un sótano oscuro y gélido por el que se prolongaba el pasillo y que contaba con varias puertas a ambos lados. Abrí una de aquellas puertas y aunque lo que encontré no me gustó, no me sentí con fuerzas para moverme de allí, donde pasé la noche entre trastos y telarañas echada en un colchón usado que alguien había arrumbado en aquel cuartucho. Creo que nadie en aquel barco se percató de que viajaba sola. Me asustaban todas aquellas personas que hablaban y hablaban sin que yo lograra entender una sola palabra. Me aislé de ellas, encerrándome en aquel pequeño cuarto del sótano, donde dormía durante el día y del que solo salía por la noche para buscar desesperadamente cualquier cosa que poder llevarme a la boca.

Cuando Le Diamant llegó de nuevo a puerto me uní a la multitud que se apresuraba a pisar tierra firme. No sabía qué había sido de mi pequeña maleta con mis escasas pertenencias, así que me dirigí a la salida y una vez fuera del barco me detuve y miré a mi alrededor. Esperaba encontrar a alguien, no sabía exactamente a quién, quizás alguien que se aproximara a mí con una sonrisa, me dijese que no tenía nada que temer y me pidiera que le acompañase. La multitud se fue dispersando mientras que yo permanecía inmóvil. Al cabo de un rato, el puerto estaba ya casi vacío y comenzó a levantarse fresco. El cielo empezó a teñirse de tonos rosáceos que se fueron oscureciendo hasta tornarse en completa

oscuridad. Solo las sirenas de algunos barcos se oían ya en el puerto, acompañadas de las voces de algunos marineros que charlaban animadamente entre tragos de ron. Entonces, en medio del silencio, oí acercarse unos pasos que resonaban cada vez más fuerte en el frío piso de piedra. Mi corazón latía deprisa, dispuesto a huir de allí, pero las piernas no me obedecían. Bajé la cabeza y apreté fuertemente los ojos, deseando que el dueño de aquellos pasos, quien quiera que fuese, se alejara lo antes posible. De pronto me percaté de que los pasos se habían detenido justo delante de mí. En un arranque de valentía abrí los ojos y levanté la cabeza lentamente. Pude entonces ver a un hombre alto y robusto que permanecía de pie delante de mí. No podía verle el rostro, cubierto por las sombras de la noche, pero oí su voz ronca y seca al pronunciar mi nombre con desdén. Me tomó por un brazo y me arrastró con él como si de una bestia que tira de su carro se tratase, venciendo la resistencia que yo le oponía.

Atravesamos varias calles y después de un rato, siempre arrastrada del brazo por aquel hombre, llegamos a una vieja camioneta a la que me subió cogiéndome en brazos y levantándome como a una pluma. No mediamos palabra durante todo el trayecto; mientras tanto, en la oscuridad, yo intentaba discernir el contorno de aquel rostro formado por unas cejas muy pobladas, unos pequeños ojos hundidos, una nariz enorme y unos labios sumamente delgados que parecían perderse en medio de una barba corta pero espesa. Había algo en su mirada que me resultaba muy familiar, que me recordaba a alguien, pero estaba tan confundida y asustada que no podía pensar con claridad. El silencio pesaba como el plomo y el sonido del fuerte respirar de aquel hombre me incomodaba. Quise cerrar los ojos, taparme los oídos y olvidar que estaba allí, sentada en una camioneta junto a un desconocido que simulaba no apartar los ojos de la carretera cuando en realidad su mirada estaba perdida en algún punto que me era imposible adivinar. Su expresión me asustaba. Con el ceño siempre fruncido, parecía estar buscando las palabras para decir aquello que todavía no había dicho y que yo debía oír. De pronto el motor del vehículo empezó a hacer un extraño ruido, lo que obligó al hombre a detenerlo. Mascullando algo se bajó de la camioneta, abrió el capó y, quitándose la gorra de pana que había llevado puesta todo el tiempo, examinó con atención el motor. De pronto le dio un golpe fuerte y seco al coche con su gran puño cerrado, emitiendo un estridente sonido metálico que en mitad de la completa quietud de la noche me hizo estremecer, encogiendo mi corazón, que empezó a latir de nuevo aceleradamente. Cerró el capó y subió al coche, sin mirar nunca hacia mí, como si yo no estuviera allí. Emprendimos de nuevo el camino, pero ya aquel molesto ruido procedente del motor nos acompañó durante todo el trayecto, lo que le hacía enfurecer gradualmente, llevándole a un punto de locura que le instaba a blasfemar y acordarse de todos sus difuntos.

Pronto llegamos a una pequeña casa de campo con tejado de paja. Una mujer de mediana edad, alta y delgada, con pelo largo y liso salió a la puerta. La luz que procedía del interior dibujaba su silueta esbelta en la oscuridad de la noche. Acto seguido, la silueta de un chico apareció junto a ella. El hombre paró el motor de la camioneta y yo bajé de ella, sin saber con certeza si era eso lo que debía hacer o si por el contrario debía esperar a que él me lo ordenase. La mujer

y el chico fijaron su mirada en mí mientras me aproximaba a la casa. Al llegar frente a ellos me detuve y permanecí allí inmóvil unos segundos durante los cuales me observaron con curiosidad. Luego, tomándome cada uno de una mano, me invitaron a entrar. El chico, que parecía algo mayor que yo, me guiaba con sus ojos muy abiertos y al llegar junto a la chimenea me soltó la mano y corrió por la pequeña habitación buscando una silla que me preparó para que me sentase junto al fuego. La mujer me ofreció una taza de té con un poco de leche y una rebanada de pan tostado. Entonces me sentí cómoda, dejé de tener miedo y deseé con todas mis fuerzas quedarme allí junto a aquella mujer y aquel chico que me ofrecía la mejor de sus sonrisas.

Bebí mi té al calor del fuego mientras deseaba no volver nunca más a ver al hombre de la camioneta. Sin embargo, ese fue solo un vano deseo, pues minutos más tarde entró en la casa y se sentó a la mesa esperando a que la mujer le sirviera la cena. Ella se desplazaba con movimientos gráciles, pausados y elegantes. Él era rudo en sus maneras y sus movimientos eran lentos y pesados. Solo el resplandor del fuego de la chimenea iluminaba la habitación. Yo miraba la sombra del chico dibujada en la pared mientras permanecía sentado junto al fuego, a mi lado, sin dejar de observarme descaradamente con sus preciosos ojos grises. La mujer se apresuró a servir el caldo caliente que reposaba sobre la hornilla ya apagada y luego se sentó a la mesa frente al que parecía ser su marido. Comenzaron a hablar entre ellos sin que yo lograra entender lo que decían. Hablaban en inglés, una lengua en aquel entonces completamente desconocida para mí. Fue entonces cuando los oí decir el nombre de mi padre. Sí, debían de estar hablando de él. Francisco. Sí, eso fue lo que oí: «Francisco». La mujer lo pronunciaba con cierta dificultad, pero pude entenderlo perfectamente. Es lo único que pude comprender de todo lo que decían. A pesar de todo, yo sabía que aquel hombre hablaba mi mismo idioma porque había entendido las blasfemias y palabras groseras que salieron por su boca durante su enfado ante el insistente ruido de la camioneta, palabras que resonaban en mi cabeza como golpes de martillo.

Clavé mi mirada en el fuego, que se iba consumiendo poco a poco. Oí el arrastrar de una silla a mis espaldas y noté cómo aquellos mismos pasos que oí por vez primera en el puerto se aproximaban a mí y se detenían al llegar donde yo estaba. Fueron solo dos o tres pasos, pues la habitación era tan pequeña que no había espacio para más. Con voz ronca, como de fumador empedernido, y en un perfecto castellano, el hombre me dijo que desde aquel momento en adelante yo viviría en aquella casa. Sus palabras sonaron como si de una sentencia de muerte se tratara. Después la mujer se acercó también a mí, me tomó suavemente por los hombros y me hizo levantar de la silla para conducirme a una pequeña habitación con una cama improvisada en la que me acosté vestida, aunque todavía descalza. No pude dormir durante toda la noche, dando vueltas y más vueltas. Mi mente no lograba entender qué estaba pasando, quiénes eran aquellas personas o dónde me encontraba. Aquellos fueron realmente días muy duros en los que Patrick fue mi único apoyo verdadero.

—¿Patrick?—interrumpió Ángela.

—Sí, aquel chico de enormes ojos grises y amplia sonrisa era el hijo del matrimonio. Solo era dos años mayor que yo, pero corporalmente parecía mucho más mayor, lo que me aportaba la sensación constante de protección que yo necesitaba en las circunstancias que me habían tocado vivir. Era bastante despierto y tenía un gran corazón; con mucha paciencia y con la profesionalidad del mejor de los maestros fue enseñándome día a día su idioma. Había aprendido algo de español de su padre, aunque él solía hablar en inglés y se afanó desde el primer día en hacérmelo aprender. También era capaz de entender la lengua materna de su madre, que procedía de la montañosa región irlandesa de Connemara. Sin embargo, decidió que el inglés sería suficiente para mí. Poco a poco me fui desenvolviendo y me animaba comprobar los progresos que realizaba. Patrick fue mi único profesor porque yo en aquella casa no vivía más que para trabajar y ni tan siquiera iba a la escuela, que quedaba a una hora de camino. Él asistía al colegio tres días por semana usando como único medio de locomoción una vieja bicicleta que había heredado de su abuelo materno. Por las noches, cuando el señor y la señora Davoren se iban a dormir, me enseñaba a la luz de un candil, frente a nuestras gigantescas sombras dibujadas en la pared, algunas de las cosas que había aprendido aquel día en la escuela. La verdad es que en medio de mi desdicha fue una verdadera suerte poder contar con la ayuda del que para mí fue un hermano. Después del accidente comprendí realmente la importancia vital que él entrañaba para mí y le pedí a Dios con todas mis fuerzas que no se lo llevara de mi lado, porque sin él, sola en aquella casa, estaría perdida.

Teresa se quedó un momento en silencio como resistiéndose a recordar aquel doloroso episodio de su vida. Ángela pudo verlo en sus ojos y no se atrevió a preguntarle a qué accidente se refería.

—El señor Davoren tenía lo que podríamos llamar «un carácter difícil». Ni su mujer ni yo teníamos el coraje suficiente para hacerle frente en las numerosas ocasiones en las que perdía los estribos por cualquier insignificancia y lo pagaba con todo ser viviente que se cruzase en su camino, exceptuando a Patrick. Con él era diferente, pues era su único hijo y su ojo derecho. Patrick lo sabía y era consciente de la influencia que ejercía sobre su padre, pero nunca la utilizaba en beneficio propio. Cuando hacía uso de su peculiar habilidad era para persuadirlo de que debía controlar su ira y procurar un cambio de actitud con respecto a su madre y a su prima.

—¿Vivía otra chica con ustedes?—preguntó Ángela.

—No, yo era esa chica. Yo era su única sobrina, pero a él parecía no hacerle demasiada ilusión, es más, nunca me trató como a una sobrina, ni siquiera como a un pariente retirado, sino como lo que verdaderamente era para él: alguien a quien había recogido no por compasión, sino por puro interés. Mi padre le había pagado una cuantiosa suma para que me acogiese en su casa con su familia, lejos de él, en Irlanda nada menos. Y aquella cifra solo era un adelanto de numerosos pagos posteriores. Aquel dinero le vendría muy bien para salir del mal bache en el que se encontraban sumidos desde el año anterior a mi llegada, en el que la cosecha al completo se había quemado en extrañas circunstancias y la fiebre

aftosa le había obligado a sacrificar sus reses.

Mi tío no solo recibía dinero mensualmente de mi padre, sino que yo le pagaba día a día con mi propio trabajo cuidando de sus ovejas y de las nuevas vacas que pudo adquirir; así como con el escaso dinero que ganaba ocupándome de las tareas domésticas en las granjas vecinas o cuidando del ganado de estas. A pesar de todo, no podía deshacerme del fuerte sentimiento de agradecimiento que afloraba en mi interior. Le debía mucho a aquel hombre, al que tan solo una vez llamé por su verdadero nombre, Juan. Se parecía mucho a mi padre en el sentido de que ambos eran egoístas y anteponían sus propios intereses, necesidades, o sentimientos a todo lo demás, pero el señor Davoren, o John, como todos lo llamaban en la aldea, reservaba un sitio en el fondo de su corazón en el que albergaba un poco de cariño al menos para los suyos. Su hijo siempre fue su debilidad y la sola idea de poder perderle le hizo derramar lágrimas. Fue la primera vez que vi a un hombre llorar. Ni tan siquiera había visto llorar a mi padre por la ausencia de mi madre, aunque yo sé que lloró amargamente, pero se avergonzaba demasiado de sus lágrimas porque las consideraba un signo de debilidad.

Eran tan parecidos y tan distintos a la vez… Mi padre era un hombre de negocios, frío y calculador, que según decían solo había abierto su corazón a mi madre; su hermano, un hombre rudo de campo para el que la tierra y el ganado lo eran todo, además de su hijo, por el que hubiese dado su propia vida si hubiera sido necesario. Dos caras de una misma moneda, dos hermanos que tomaron caminos diferentes y que prácticamente se convirtieron en unos perfectos desconocidos.

—Así que su padre y el señor Davoren…

—Sí, eran hermanos. Mi tío emigró a Irlanda en busca de trabajo tras unos años de sequía y malas cosechas. Fueron años de mucha necesidad a los que intentó poner fin empezando una nueva vida. Fue entonces cuando se fue a Irlanda, donde cambió su identidad para olvidar todo vínculo con unos padres testarudos que dejaron claro que no querían saber nada más de él si se marchaba lejos, dejándolos solos, y un hermano desconsiderado que le negó su ayuda cuando más la necesitaba. Así comenzó desde cero. Sus padres vivieron con la angustia disimulada de tenerlo lejos sin saber nada de él y murieron con la pena escondida de no haberlo vuelto a ver nunca más.

Después de demasiados años de ausencia, mi padre decidió buscarlo y propiciar así un acercamiento entre ellos, pero la repentina muerte de mi madre le hizo huir de la realidad y encerrarse en su propio dolor para siempre. Entonces se olvidó de todos y de todo. Solo cuando no pudo soportar más el tenerme cerca de él, cuando se hicieron insostenibles para él el odio y el dolor que le causaba mirarme a los ojos y sentir que estaba usurpando el lugar de mi madre, decidió buscar a su hermano para pedirle que me acogiese en su casa. Estaba dispuesto a pagar cualquier precio. Mi padre era consciente de la dificultad que entrañaba dar con su paradero después de tantos años; ni siquiera tenía la certeza de que estuviera vivo, pero creía firmemente que todo el esfuerzo valdría la pena si lograba llegar hasta él. Contaba con el dinero suficiente y los contactos

adecuados, así que finalmente toda la investigación dio su fruto y encontró a mi tío Juan.

No puedes imaginar lo doloroso y triste que es sentir que no significas nada en absoluto para nadie, que aquel del que eres parte se desprende de ti como de unos zapatos viejos, enviándote a un lugar cuya existencia hasta entonces ignoraste. Pero por lo menos tenía a Patrick. ¡Cielos! Pasé tanto miedo aquel día…, el día del accidente que casi le cuesta la vida y por el que no he podido dejar de culparme durante el resto de la mía. Nunca lo olvidaré.

Teresa hizo una larga pausa, intentando reunir las fuerzas necesarias para impulsar y articular las palabras que se negaban a salir.

—Nunca olvidaré el sonido de aquel tren acercándose sin pausa. Yo había cruzado al otro lado de la vía para coger una preciosa flor celeste con la que pensaba adornar mi pelo. Qué estúpida fui al no querer escuchar a Patrick cuando me advirtió que no me acercase a los raíles del tren. Simplemente no le escuché porque no soportaba cuando se las daba de hermano mayor. Ya con la flor en el pelo, me apresuré a cruzar la vía de nuevo, pues no quería que Patrick se enfadase conmigo por haberle desobedecido. Entonces escuché el sonido del tren que se oía débilmente a lo lejos. Pensé que tenía tiempo suficiente para cruzar al otro lado y Patrick nunca sospecharía que estuve allí. Sin embargo, cuando estaba cruzando sentí un fuerte calambre en las piernas y caí al suelo. Repentinos espasmos en mis muslos comenzaron a sucederse; sentía un fuerte hormigueo en los dedos de los pies y gran quemazón en las pantorrillas, como si me clavasen finas agujas en cada poro de la piel. Los dedos de los pies completamente tensos. No sabía qué me estaba pasando, pero me resultaba imposible levantarme. Me percaté de que el sonido del tren se oía cada vez más cerca. Un grito agudo salió de mi garganta llamando a Patrick, que no debía de andar lejos. Grité fuerte, pero nadie acudía en mi ayuda. Intenté con todas mis fuerzas incorporarme, pero me era imposible y el dolor se hacía más y más intenso. En aquel momento divisé en la distancia la locomotora, que avanzaba a gran velocidad. El miedo me paralizó y ya solo pude llorar. Cerré los ojos, no quería ver cómo aquel monstruo de hierro se acercaba a mí como un lobo a una presa asustada. Un último grito salió de mi garganta, pero fue un grito ahogado por el ruido del tren, que no se detenía. Pude ver la parte delantera de la locomotora abalanzándose sobre mí y de repente noté cómo alguien me recogía y me levantaba rápidamente en sus brazos, sacándome fuera del alcance del tren, que se fue alejando hasta perderse en el horizonte como si nada hubiese encontrado a su paso. Perdí el conocimiento. Cuando abrí los ojos me encontré tendida en el suelo, aturdida y confusa, sin recordar qué había pasado. Sentía un suave cosquilleo en las piernas. El dolor había desaparecido de ellas casi por completo. Entonces vino a mi mente, como si de un relámpago se tratase, la imagen de Patrick tomándome en sus brazos mientras el tren se aproximaba. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Miré desesperada a mi alrededor y al volver la cabeza lo que vi me horrorizó. Allí tirado junto a la vía del tren estaba Patrick, con las piernas destrozadas y los brazos abiertos en cruz. Su sangre esparcida por todas partes. Me arrastré hasta él y grité su nombre una y otra vez sin obtener

respuesta alguna, ninguna señal de vida. Me sentí tan miserable… «Una vida por otra», pensé. Era como una maldición que me perseguía.

— Lo siento…—dijo Ángela casi en un susurro.

—Al echarme sobre su pecho, llorando desconsoladamente, pude notar cómo este se movía levemente. Aún quedaba un poco de vida en él. ¡Cielos! Me embargó una intensa felicidad al saberlo vivo.

Los días que siguieron fueron duros y amargos; Patrick se debatía entre la vida y la muerte y yo apenas tenía unos rasguños. Era demasiado para John, que no podía soportar la sola idea de ver morir a su hijo, y lo que era aún peor, morir por salvar la vida de alguien que no era nada suyo, de alguien que nunca había sido bienvenido en su casa. Su buena esposa, sin embargo, nunca me culpó. No obstante, yo misma jamás pude perdonarme. Me dolía en lo más profundo de mi ser ver al que para mí era como un hermano postrado en la cama con lo que había quedado de su cuerpo cubierto de vendas, por las que asomaba su indomable pelo rubio, con los ojos cerrados, los labios sellados y el rostro completamente pálido, sin saber si iba a seguir viviendo o no. Y aún más me dolió verlo sentado después en aquella silla de ruedas en la que pasaría el resto de su vida. Cuando lo supe me encerré en mi habitación y lloré amargamente en la oscuridad pidiéndole a Dios un milagro que sabía que nunca tendría lugar.

Teresa calló. Cerró los ojos y permaneció como en trance durante unos segundos. Verdaderamente el dolor soportado en el pasado debió de ser inconmensurable porque todavía afloraba en ella con gran intensidad.

—A pesar de todo, Patrick nunca perdió su buen ánimo y su sentido del humor. Los sabía emplear para animarnos a su madre y a mí, pues vernos tristes le hacía sufrir más que su propia minusvalía. Aprendí a valorar sin medida la presencia, el cariño y sus cuidados de hermano mayor, aunque al mismo tiempo tuve que aprender a vivir soportando el despiadado rechazo de John, que desde el día del espantoso accidente comenzó a comportarse conmigo como mi propio padre lo había hecho antes: evitándome en todo momento y lugar. Yo intentaba comprenderlo y a medida que me esforzaba por entender lo que John sentía, me culpaba más a mí misma. Eso me llevó a darle vueltas en la cabeza a la idea de abandonar aquella casa a la que solo había traído desgracia. Lo haría al alcanzar la mayoría de edad, que en Irlanda eran los veintiún años. Hasta entonces me quedaban por delante cinco largos años de dura penitencia.

Al cumplir dicha edad me alejé de ellos para siempre. El mismo día de mi cumpleaños empaqueté las pocas cosas que allí me pertenecían y fui a despedirme de Patrick. Al enterarse de que me marchaba para siempre no pareció sorprendido, sino más bien desilusionado. Aunque yo nunca le había dicho nada acerca de mi intención, él ya lo sabía. Me conocía demasiado bien. Él me comprendía y sabía interpretar cada uno de mis gestos, de mis palabras, e incluso cada uno de mis silencios. Esa habilidad suya para ver en mi interior me fascinaba, aunque no tanto como su amor incondicional. Con él no tenía miedo a ser yo misma, él me aceptó tal como yo era, y me amó así. A su lado no me sentía pequeña. Solo él me entregó sin reservas su corazón cuando yo no tenía nada que ofrecer más que vacío y angustia. Lamentablemente, la paz que me

proporcionaba su aceptación incondicional me abandonaría en el mismo momento en que me alejase de él, para no volver a mí hasta mucho, mucho tiempo después. Esperé en su habitación hasta que se quedó dormido. Después lo observé durante unos segundos y con un beso en la mejilla me despedí de él para siempre.

CAPÍTULO II

Ángela apenas disponía de tiempo libre. Su trabajo como directora y enfermera jefe en la residencia geriátrica la mantenía ocupada constantemente, pero se sentía tan sumamente satisfecha con lo que hacía que el no contar con más tiempo libre no le importaba. Sabía que aquellos ancianos que llevaban a sus espaldas una larga y, en muchos casos, dura existencia, necesitaban su cariño y su cuidado casi tanto como ella los necesitaba a ellos.

Teresa había llegado a aquel geriátrico hacía dos meses y desde el primer día que Ángela la vio supo que aquella anciana de mirada perdida, sentada en su vieja silla de ruedas, estaba inmensamente falta de afecto. En el momento en que sus miradas se cruzaron, Ángela percibió un destello de esperanza e ilusión asomando en los claros ojos de la mujer. Entonces se propuso ser ella la persona que le ayudase a llenar su vacío emocional.

Cuando llegó allí era una completa desconocida para todos. Nadie sabía nada de ella ni la había visto nunca. Ella misma había hecho una llamada telefónica para solicitar su ingreso inmediato y hacia el mediodía llegaba en una de las furgonetas de la residencia con Antonio y José Manuel, dos cuidadores del centro. Parecía indefensa y estaba muy demacrada por los años, la enfermedad y por quién sabe qué doloroso pasado que había robado la vida a sus ojos, borrado la sonrisa de sus labios y apagado la luz de su rostro. Sufría la enfermedad de Paget, que había ido deformando gran parte de sus huesos desde que le fuera diagnosticada en la edad madura y le había provocado numerosas fracturas óseas, dolor óseo intenso y persistente, así como rigidez y dolor articular y finalmente la casi completa parálisis de la parte inferior de su cuerpo. Pero no fue eso lo que más reclamó la atención de Ángela, ni la fibromialgia que había sido su compañera de vida, sino la necesidad de afecto que afloraba en sus ojos tristes.

Ángela podía ver en ellos que necesitaba más que nada en el mundo sentir que no estaba sola, que había alguien dispuesto a compartir un poco de su tiempo con ella, por eso cuando la atendía o iba a verla hablaba sin parar intentando arrancarle alguna palabra o al menos una sonrisa. Ángela era generosa en este sentido porque siempre tenía presente la célebre cita del Dalái Lama recordándole que nadie necesita más una sonrisa que aquel a quien no le queda ninguna que dar. Teresa podía pasarse horas y horas sin decir una sola palabra, pero sus ojos eran expresivos y Ángela pronto aprendió a leer en ellos. Sabía cuándo estaba triste, cuándo algo le había disgustado y cuándo estaba contenta o agradecida. Pero poco a poco Ángela empezó a rescatar del fondo de aquel corazón los pedazos de una vida que yacían aún vivos en el recuerdo de Teresa, a la espera de ser recuperados. La distanciaba así de aquella angustia que le oprimía el pecho, una angustia que se reflejaba en sus ojos cada vez que relataba todas aquellas historias que formaban parte de su pasado. Ángela se sentía satisfecha al ver cómo el brillo volvía a los ojos de aquella mujer cada vez que pasaba a verla y sentía que por unos instantes parecía verse libre de aquella angustia.

Teresa la observaba en silencio durante largo rato y algunas veces las lágrimas acudían a sus expresivos ojos verdes, pero estas daban paso a una leve sonrisa que era el comienzo de un nuevo relato de sus vivencias, unas vivencias que le habían marcado mucho en el transcurso de los años. Sus relatos, el relato real de una vida que ahora se le escapaba de las manos, llegaron a despertar la curiosidad de Ángela de tal manera que sentía una fuerte necesidad de dedicarle parte de su escaso tiempo libre. Así, aparte de los fugaces pero reiterados momentos que Ángela dedicaba a diario a Teresa, cada domingo por la tarde la anciana la esperaba para tomar el té. Entonces Ángela asistía al centro con unas pastas envueltas en papel de vivos colores y unas flores frescas; no lo hacía en calidad de directora ni de enfermera, sino en calidad de amiga—esa amiga que la anciana tanto necesitaba— con la intención de dedicarle toda su atención sin interrupción alguna acarreada por el trabajo.

—Buenas Tardes, Teresa. Perdone el retraso, es que me ha surgido un pequeño imprevisto con el coche. Mi recién estrenada licencia de conducir y esa lata vieja que tengo por automóvil no me dan más que disgustos. No sé si me llegaré a acostumbrar a ponerme al volante.

La anciana sonrió al verla entrar agitando las flores nerviosamente con una mano y sosteniendo las pastas con la otra, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro intentando acomodar su pelo, que aparecía descuidadamente despeinado sobre su frente. «Incluso cuando se enoja, su rostro resulta dulce», pensó Teresa. El color rosado de sus mejillas, sus vivaces ojos marrones, su media melena ondulada con reflejos dorados, su sonrisa generosa, su cuerpo grácil… todo resultaba encantador en ella.

—Ya imagino…, pero no te preocupes, que a todo se acostumbra una en esta vida, créeme. Solo hay que poner ilusión y esfuerzo, aunque algunas veces éstos se vean frustrados y al final casi parezcan desvanecerse, como si nunca hubieran existido.

La anciana guardó silencio un momento y siguió con la mirada los movimientos ahora ya más tranquilos y lentos de Ángela, que tras haber depositado las flores en un jarrón de cristal que había en la mesilla de noche y haber dejado las pastas sobre el regazo de la anciana, se disponía a quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero. Teresa observó por un momento el colorido papel que envolvía las pastas y acercando su nariz a ellas cerró los ojos y sonrió de nuevo. Le encantaban. Eran su único vicio junto con el té de las cinco.

—¿Por qué lo dice, Teresa?—preguntó Ángela.

—Bueno, yo misma estuve llena de ilusión un día, pero quedó enterrada hace mucho tiempo. A mis veintiún años era una chica que a pesar de la frustración que sentía también albergaba muchas ilusiones. La verdad es que era una chica llena de sueños la que aquel día abandonó la casa de sus tíos, diciendo adiós a su único apoyo, Patrick, y saliendo como una fugitiva en mitad de la noche…

—¿De qué huía, Teresa?

—Escapaba de la infelicidad que había llevado conmigo a aquella casa, escapaba de los reproches de John, de la compasión de su mujer, del dolor que me producía ver a Patrick en aquella maldita silla de ruedas, un chico tan joven… Y con la vida arruinada por mi culpa. Escapaba de mí misma y a la vez solo deseaba ser yo y encontrarme a mí misma; aprender a desenvolverme en la vida sin deberle nada a nadie y desprenderme de aquel sentido de culpabilidad que siempre me había acompañado. Necesitaba empezar de nuevo en algún lugar donde solo fuese uno más de este que llamamos mundo, una persona más en la masa inmensa de alguna ciudad en la que pudiese empezar a vivir de verdad, sin tener que soportar miradas acusadoras ni escuchar palabras podridas de compasión que me hacían sentir más miserable aún.

Así, con la luna llena como única aliada, encaminé mis pasos a la carretera más próxima y allí esperé, temblando de frío, hasta que un coche se detuvo dispuesto a llevarme hasta el pueblo más próximo. Pero yo no quería ir al pueblo más próximo, necesitaba ir lejos, cuanto más lejos mejor. El conductor me miró de arriba abajo y me hizo un gesto con la cabeza para que subiera. Podía ir con él hasta Westport. Subí al coche, feliz de tener alguien con quien compartir la quietud de la noche. Una vez sentada sobre aquel asiento de cuero negro, observé a mi acompañante disimuladamente mientras me hacía una serie de preguntas a las que yo respondía de manera mecánica. Era un hombre de unos cincuenta años cuyo pelo se había tornado ya gris. Me llamó la atención la enorme dimensión de su barriga. Su cuello, extremadamente corto, se perdía entre sus hombros anchos, que se inclinaban hacia delante al sujetar el volante con sus dedos regordetes. No pude evitar fijarme en un enorme y precioso anillo que llevaba en el dedo anular izquierdo. Jamás antes había visto nada igual. Debía de ser muy valioso porque parecía de oro macizo. Yo sabía que el oro tenía un gran valor; lo sabía porque mi tío siempre decía que el oro y el dinero son las dos cosas por las que el ser humano olvida todos sus principios y llega a ser capaz de hacer cosas que nunca hubiera imaginado. Siempre creí que mi tío exageraba y me resistía a creer que pudiese haber algo de verdad en sus palabras. Después de sus preguntas el hombre comenzó a hablar y hablar; yo apenas le escuchaba. No podía dejar de

darle vueltas y más vueltas en la cabeza a la idea de vivir sola en la ciudad. Entonces sentí miedo y angustia al pensar que nunca más podría contar con ese apoyo que Patrick me había prestado durante los once años que viví en la casa de sus padres. Cada minuto que pasaba me alejaba más y más de él y cada vez estaba menos segura de que estuviera haciendo lo correcto. Me sentía confusa. Por un momento dejé de lado todos aquellos pensamientos y me percaté de que el hombre que tenía a mi lado había dejado de hablar. El silencio pesaba en el ambiente, alterado por su agitada respiración, que parecía estar batiéndose en duelo con él. Giré la cabeza y lo observé. Se llevaba la mano al cuello de la camisa e intentaba aflojar la corbata, que le dificultaba la respiración. Noté cómo unas gotas de sudor frío bajaban por su frente y sus mejillas regordetas se tornaban cada vez más rojas, hasta adquirir un tono amoratado. De pronto detuvo el coche. Lo miré desconcertada. Se sujetaba fuertemente el brazo izquierdo mientras que se retorcía con un gesto de profundo dolor. Intentó decir algo, pero yo no lograba entenderle. No sabía qué hacer y cuando reaccioné era ya demasiado tarde. Su agonía había terminado. Su cuerpo se desplomó sobre el volante y se hizo un silencio sepulcral. Me acerqué a él y me pareció que no respiraba. Le di tímidos golpes en el hombro izquierdo, pero no mostraba ni la más mínima señal de vida. El recuerdo de Patrick tirado casi muerto junto a los raíles del tren vino como un relámpago a mi mente. Con esfuerzo logré recostarlo sobre el asiento y apoyando mi cabeza de lado sobre su pecho intenté escuchar el latido de su corazón, un corazón que había agotado hasta el último de sus latidos. Un escalofrío me recorrió la espalda y permanecí inmóvil durante unos segundos. Mi respiración angustiada era lo único que rompía el silencio de la noche y mi corazón asustado el único que latía, tan fuerte y rápidamente como si fuera a salirse en cualquier momento de mi pecho para dar vida al suyo.

Salí lentamente del coche evitando hacer cualquier ruido, como si pretendiera no despertarlo, y empecé a correr sin rumbo en la oscuridad. De repente me detuve. En medio de mi miedo vino a mi mente la nítida imagen del anillo dorado que aquel hombre llevaba en su dedo anular izquierdo. Permanecí un momento inmóvil y después, dándome la vuelta, me dirigí hacia el automóvil detenido a un lado de la carretera. Me acerqué poco a poco con pasos lentos, pero firmes y me detuve junto a la ventanilla. Observé de nuevo al hombre, que parecía sumido en el más dulce de los sueños. De su rostro había desaparecido cualquier rastro de angustia o dolor y me pareció que una leve sonrisa lucía en sus labios. Recorrí con la mirada todo su cuerpo y mis ojos se detuvieron en la mano rechoncha que descansaba sobre el cuero negro del asiento del automóvil. Ciertamente aquel anillo debía de ser muy valioso, tan valioso como para proporcionarme una generosa cantidad de dinero que me ayudaría a empezar mi vida en la ciudad. Me asusté al verme asaltada por aquellos pensamientos, pero no podía evitarlos. Pensé que aquel anillo no le sería de ninguna utilidad a aquel hombre en la nueva dimensión a la que su alma viajaba, mientras que a mí me abriría puertas y haría mi comienzo en la ciudad más fácil. Pensé que no había nada de malo en ello, ya que al fin y al cabo, él ya no lo iba a necesitar. Así, me apresuré a sacar el anillo de su dedo y me alejé del coche corriendo y sin volver

la vista atrás. Corrí hasta que me sentí exhausta y caí al suelo sin aliento. Rompí a llorar y cubrí mi rostro con ambas manos intentando ocultar de esa forma mi propia vergüenza. A pesar de mis propios esfuerzos para convencerme de lo contrario, me sentía culpable, no me reconocía a mí misma. Había robado, pero ya no había marcha atrás. Pensé que aquel sentimiento de culpabilidad pasaría y ante mí se abriría una vida llena de oportunidades a la que no estaba dispuesta a renunciar. Nadie debía saber nunca que yo tomé aquel anillo, que yo me encontré aquella noche con aquel hombre. Pensé que si alguien llegaba a enterarse pensaría que yo le maté para robarle. Entonces me juré guardar silencio para siempre y volví a huir desesperada.

La anciana permanecía sentada junto a la ventana con la mirada perdida en la distancia. Ángela la escuchaba con atención y mientras tanto la observaba. Podía ver en sus ojos una profunda angustia e incluso ese sentimiento tan intenso de culpabilidad.

—Y lo que me ha atormentado desde entonces ha sido la idea de que quizás aquel hombre no estuviera realmente muerto, que le quedase alguna pequeña esperanza de vida como le ocurrió a Patrick. Empecé a considerar aquella posibilidad al pasar junto a una granja cercana, pero pasé de largo sin pedir socorro ni contar lo ocurrido. Yo estaba demasiado asustada y a la vez cegada por el valor de aquella joya y solo pensaba en huir sin que nadie pudiese llegar a averiguar nunca que yo tenía aquel anillo, que para mí era el pasaje a una nueva vida. Pasé de largo sin pedir socorro tampoco en el pueblo más cercano, a solo unos minutos de dónde nos habíamos detenido, descartando por completo la idea de buscar ayuda para el hombre que tan amablemente me había recogido en la carretera. Una vez que hube dejado atrás el pueblo, siempre sin detenerme y sin volver la vista atrás, caminé sin pausa durante horas hasta llegar a un cruce de caminos. Entonces me detuve un momento sin saber cuál de ellos tomar.

Un gallo se oyó cantar a lo lejos. Estaba amaneciendo y después de aquella noche horrible solo quería dormir, olvidarme de todo, aunque solo fuera por unos momentos, cerrar los ojos y al abrirlos ser alguien diferente o por qué no, algo diferente, fundirme con la naturaleza que me rodeaba, poder convertirme en una de aquellas briznas de hierba que observaban inmóviles mis pasos, ajenas a los sentimientos de culpabilidad que fluían en mi pecho asustado. Pero sabía que no podía detenerme. Ansiaba llegar a la ciudad; esa era mi meta y decidí apartar de mi mente cualquier otra cosa que no fuera eso. «Todo saldría bien», pensé. Tomé uno de los caminos al azar y el azar mismo condujo mis pasos hasta una carretera solitaria por la que continué a pie hasta que milagrosamente un chico con una camioneta blanca se detuvo y me ofreció su ayuda; se dirigía a Dublín para vender unos cántaros de leche.

Mi mente estaba bloqueada por el cansancio y la angustia. Subí a la camioneta y cerré la puerta oxidada sin prestar demasiada atención al aspecto desaliñado de aquel joven. Cruzamos solo unas pocas palabras en todo el camino. No lograba entender algunas de las cosas que decía. A pesar de todos los años que había pasado allí en Irlanda con mis tíos, nunca logré entender por completo a la gente, lo que en ocasiones me hacía recurrir a incómodas sonrisas que sustituían a las

palabras y eso me hacía sentir estúpida. Pero en aquel momento el cansancio era más fuerte y no dejaba lugar a ese sentimiento de estupidez. Cerré los ojos y me recosté en el asiento. Una vez más solo deseaba dormir y olvidarme de todo.

No sé cuánto tiempo permanecí dormida, solo recuerdo que al abrir los ojos me encontré en un lugar lleno de gente. Nunca había visto tantas personas ni tantos edificios juntos; nunca me había imaginado un lugar así. La ciudad de Dublín se presentaba enorme y hermosa ante mis ojos. En ese momento pensé que era el lugar perfecto para comenzar la nueva vida que yo deseaba, el lugar perfecto donde vivir libre de culpas y valiéndome por mí misma. Era una chica asustada, es cierto, pero también llena de ilusiones, llena de sueños; en ese momento me sentí llena de fuerza y capaz de enfrentarme a todo y de luchar por mi propia felicidad. Todo lo demás había quedado atrás. Ya no sería una carga para nadie, por una vez en mi vida había dejado de sentirme así.

El chico de la camioneta se había detenido y me observaba en silencio esperando a que saliera para poder continuar su camino hasta la tienda donde vendería los cántaros de leche. Aquel era el final de mi viaje, pero el comienzo de mi vida. Le di las gracias y bajé rápidamente. Pude ver cómo se alejaba entre los demás coches y se perdía en la distancia. A mis espaldas fluía sin pausa el río Liffey, que atravesaba la ciudad. Me acerqué corriendo hasta un puente desde el que contemplé durante unos minutos las tranquilas aguas del río, experimentando con ello una sensación completamente nueva de libertad. Sentí que todo lazo de unión con mi pasado quedaba roto. En la ciudad era una más de todas aquellas personas que pertenecían a una gran masa, a un todo impersonal. En mitad de aquella multitud, paradójicamente, dejé de sentirme pequeña. Sentí dentro de mí el valor necesario para afrontar el comienzo de una vida en la que estaba decidida a ser la dueña de mi propio destino.

Caminé durante todo el día por las calles de Dublín y entré en diversos establecimientos para solicitar trabajo, pero mi esfuerzo fue en vano. Cansada y decepcionada, a la caída de la tarde volví a detenerme junto al río, cuyas aguas reflejaban con destellos los tonos anaranjados del cielo. Toda la ciudad se revestía de tonos anaranjados y rosáceos que muy lentamente iban apagando su color para dar paso a la oscuridad. Ella sería mi único cobijo aquella noche. Vagué sin rumbo escuchando las voces de la gente, voces que llegaban a mis oídos camufladas entre el ruido de los automóviles. Deseaba buscar una pensión donde pasar la noche, pero no llevaba dinero encima, solo el anillo robado que pensaba vender al día siguiente en alguna tienda dedicada a tales menesteres. Anduve largo rato. Alcé los ojos al cielo cubierto de pequeñas estrellas que cortejaban a la hermosa luna llena y luego miré a mi alrededor. El hambre hacía rugir ferozmente mi estómago mientras que el frío penetraba en mis huesos; yo tan solo contaba con el calor del recuerdo de Patrick, lo único que me había alentado en la vida y que ahora no era más que eso, un recuerdo.

Llegué a un parque igualmente frío y desierto. A lo lejos pude oír las voces cascadas de unos mendigos que canturreaban alegremente al calor de una pequeña fogata y unas pintas de cerveza negra. Los escuché en silencio sin llegar a acercarme hasta ellos y de pronto me estremecí ante la idea de poder verme

convertida en uno de ellos, sin nada en la vida más que miseria. Me tumbé sobre el césped húmedo, debajo de unos enormes árboles, cerré los ojos y me abandoné al sueño. El cansancio pudo más que yo; a pesar del frío que calaba mis huesos y enrojecía mis mejillas y mis manos hasta el dolor, pude dormir unas horas.

Por la mañana tuve la efímera fantasía de que todo lo ocurrido desde que saliera huyendo de la casa de mis tíos hasta mi despertar había sido tan solo un mal sueño. Aquella ilusión se desvaneció al mirar a mi alrededor y divisar a unos metros los restos de la pequeña hoguera que aquella pobre gente había hecho la noche anterior. Fue entonces cuando me di cuenta de que todo era real. Me levanté del suelo y sacudí mi raído abrigo gris marengo, cubierto de pequeñas hojas secas que el viento había arrastrado hasta allí. De pronto tuve un mal presentimiento y me sentí angustiada. Metí la mano en el bolsillo de mi viejo abrigo buscando el anillo que me había acompañado casi desde el comienzo de mi viaje. Mis dedos recorrieron cada rincón del enorme bolsillo sin toparse con nada más que la tela desgastada. Sin embargo, estaba completamente segura de que lo había puesto allí y allí debía estar. Entonces, la imagen del joven lechero desaliñado que me había llevado hasta la ciudad cruzó como un relámpago mi mente. Quizás lo cogió él al quedarme dormida, o tal vez lo tomaron aquellos mendigos durante la noche. No sé. Nunca lo supe. Noté el calor inconfundible de unas lágrimas de impotencia y de rabia que se deslizaban lentamente por mis mejillas. También eran lágrimas de desolación porque el que tomó el anillo se había llevado con él mi esperanza y mi ilusión.

Aun así, decidí no rendirme de ninguna manera. Limpié mis lágrimas y me puse en camino de nuevo; no me iba a dejar vencer por un contratiempo como aquel. Intenté ser positiva e infundirme valor a mí misma porque sabía que eso era lo único con lo que podía contar en aquellos momentos. Sin embargo, un brutal sentimiento de frustración se agitaba en mi interior ante lo que no me quedó más remedio que aceptar como un merecido castigo: la pérdida de aquello que nunca fue realmente mío; aquello que me había arrastrado a robar y a abandonar a aquel pobre hombre que, en medio de mi confusión, nunca supe si realmente estaba muerto. Todo había sido inútil, pues solo me quedaba el sentimiento de culpa. Me sentí tan miserable que pensé que ya nada merecía y que todo me saldría mal de aquel momento en adelante.

Teresa cerró sus cansados ojos y guardó silencio un momento. Las sombras de la tarde caían ya y en la habitación, frente a la ventana, la silueta de la anciana sentada en su silla de ruedas se dibujaba frágil y delicada como si se tratase de una marioneta que reposa en silencio esperando a que alguien mueva sus hilos para darle vida. Ángela recogió con cuidado las tazas de té, guardó las pastas sobrantes y luego se acercó a la anciana para besarla en la mejilla y así despedirse de ella hasta el día siguiente. La veía cansada y triste; le dolía verla así, aunque sabía que sacar de su pecho todas las cosas que había guardado durante tantos años le servía como terapia y purificaba su mente y su alma.

CAPÍTULO III

Era noche de luna llena y solo el canto de una lechuza rompía el silencio. Ángela, tendida en la cama, permanecía despierta y miraba por la ventana la luna, que lucía inmóvil en el cielo velando el sueño de cada uno de los habitantes de la ciudad. No podía dormir. Ahora todo era distinto. Ahora aquella habitación junto a la suya estaba vacía. Aquellos ojos que alzaban la mirada al cielo en noches de luna llena para observar la belleza del resplandor plateado de esta, dejando fluir todo tipo de pensamientos y sentimientos que afloraban en el silencio de la noche, se habían cerrado para siempre. Su madre había sido su mejor compañera y amiga en la vida; con su muerte, Ángela había experimentado por primera vez una sensación de vacío y soledad que nunca hubiera podido imaginar.

Su madre lo había sido todo para ella y aunque se había marchado para siempre, Ángela sabía que seguiría viviendo en su corazón y que todas las cosas que ella le había enseñado perpetuaban su presencia. De ella había aprendido a valorar a las personas por su corazón; el coraje para salir adelante en la vida por uno mismo; la satisfacción del trabajo bien hecho; y, la sabiduría del que sabe observar y escuchar. Ahora la casa le parecía demasiado grande y silenciosa. Añoraba a su madre, aunque a la vez contaba con el profundo consuelo de poder seguir trabajando en el admirable proyecto que ella había puesto en marcha con tanto esfuerzo y en el que Ángela seguía trabajando con tanta ilusión. De su madre había aprendido el valor de la humildad y el servicio a los demás, por eso, a pesar de que ahora se encontraba al frente de la dirección de la residencia geriátrica—posición que antes había ocupado su madre—, seguía desempeñando su labor como enfermera jefe con mucho orgullo y con la misma pasión con que siempre lo había hecho. El geriátrico le había devuelto la esperanza y las ganas

de vivir a unas personas que con el paso de los años lo habían perdido casi todo en la vida.

El despertador no sonó aquella mañana. Había olvidado ponerlo en hora la noche anterior y después de horas de insomnio, Ángela se quedó al fin dormida y no despertó hasta las nueve. Llegó al centro bastante más tarde de lo habitual, pero sabía que Teresa no se lo reprocharía, que estaría esperándola hasta que apareciese en el umbral de la puerta de la habitación con la bandeja del desayuno, la primera comida del día y la que la anciana tomaba de manera más abundante porque ella así lo demandaba. Le encantaba ver el buen apetito de la anciana por la mañana mientras esta le relataba sus vivencias, grabadas en su memoria como una perfecta copia lista para manifestarse en el momento más impredecible. Siempre tomaba un huevo frito, beicon bien tostado y crujiente, judías, una rodaja de morcilla, dos salchichas, queso y medio tomate cocido. Era la única anciana en toda la residencia que desayunaba de esta manera. Nunca olvidaba la taza de té sin azúcar con la que siempre terminaba la copiosa comida. Ángela consideraba que este no era un desayuno demasiado apropiado para alguien de su edad, sin embargo, nunca se atrevió a prohibirle tomarlo. Sabía que los años que Teresa había pasado en Irlanda habían establecido costumbres que estaban tan arraigadas ya en la mujer que formaban parte de ella misma. Y eso era algo que Ángela no intentaría cambiar.

—Te noto un poco preocupada, querida.

Ángela sonrió.

—No es nada. No se preocupe, Teresa. Es que anoche no descansé demasiado bien. Es el maldito insomnio. Me inquieta la idea de no llegar a ser capaz de desempeñar una labor tan impecable como la que llevó a cabo mi madre. Hay tanta gente aquí que me necesita…

Teresa bebió el último sorbo de su taza de té y Ángela retiró la bandeja del desayuno. La anciana la observaba con un brillo especial en los ojos; un brillo que solo asomaba a su mirada cuando recibía la visita y los cuidados de Ángela.

—No podríamos prescindir de ti en este lugar. Tu trabajo es fabuloso. Siempre das lo mejor de ti. Amas la vida y pones toda tu atención y amor en cada cosa que haces. Nos aceptas como somos, con nuestras virtudes y defectos. Nos permites ser quienes somos. Eres el alma de este centro.

—Gracias, Teresa, pero me temo que usted me sobreestima.

—Solo reconozco tu labor, que es magnífica. Tus ganas de luchar en la vida y tu actitud me recuerdan esa misma ilusión y esas ganas de salir adelante que una vez tuve en mi juventud. Me alegra ver que las cosas te van bien, que tu esfuerzo tiene recompensa. Todo fue tan difícil para mí...

El brillo volvió a apagarse en los ojos de Teresa y rehuyeron la mirada de Ángela para detenerse en sus pies descalzos, que descansaban en el reposapiés de la silla de ruedas.

—Supongo que fue difícil empezar su vida en la ciudad. ¿Es eso a lo que se refiere?

—Aquello tan solo sería el comienzo de todo. Mi segundo día en Dublín fue muy duro. Anduve sin descanso buscando trabajo. Me cerraron muchas puertas.

Me ofrecí para limpiar, para cuidar niños y personas mayores, como dependienta, como costurera, como trabajadora en una fábrica textil y hasta para repartir periódicos por la mañana, pero no parecía haber un lugar para mí en la ciudad y empecé a pensar que nunca debí haber abandonado la granja de mis tíos, donde al menos contaba con un techo y mis necesidades básicas estaban cubiertas. Sin embargo, no pensaba rendirme. A mi mente acudieron las palabras de Patrick: «Nunca te dejes vencer; saca el valor y la fuerza que llevas dentro, confía en ti y persigue tu felicidad». Fueron las últimas palabras que escuché de su boca y al recordarlas sentí que no podía defraudarlo. Me propuse no abandonarme a la angustia del desamparo y la cobardía. No debía desmoronarme, pero me sentía débil y decepcionada.

No comí nada durante todo el día, ya que no conseguí un solo penique. Al caer la tarde mis pasos me llevaron a una pequeña iglesia que esperaba con las puertas abiertas la visita de los transeúntes. Desde que fui a vivir con mis tíos había asistido a misa todos los domingos, convirtiéndose así este en un hábito sobre el que nunca me había parado a reflexionar. Me limitaba a acudir a la iglesia con los señores Davoren y con Patrick como hacían las demás familias del condado y soportaba de manera estoica el interminable sermón del viejo sacerdote de barba blanca centrado en una interminable lista de miserias y penalidades que, según él, les esperaban en el infierno a aquellos que se desviaran de los preceptos de Dios. Aquel día no era domingo, pero sentí una necesidad extraña de entrar en aquella iglesia, una necesidad que nunca había experimentado. En el interior, en la penumbra y el silencio de aquel lugar, me vine abajo por completo. Me arrodillé en el último banco y traté de rezar las dos oraciones que conocía en inglés. La señora Davoren me las había enseñado y yo casi había llegado a olvidarlas en mi lengua materna, tal como las había aprendido de mi institutriz siendo aún una niña. Al terminar de rezar mis oraciones guardé silencio y de mis ojos cerrados brotaron lágrimas. Al volver a abrirlos me percaté de la presencia de un hombre que permanecía sentado en uno de los bancos delanteros de la iglesia de espaldas a mí. No había nadie más. Vestía una gabardina de color beige claro y un sombrero de tela gris. Volví a cerrar los ojos y en el silencio pude oír unos ronquidos que procedían de alguna parte del templo. Pensé que podía tratarse de algún indigente que solo buscaba un poco de calor en la casa de Dios. Miré a mi alrededor, el sonido parecía proceder de detrás de una de las gruesas columnas que sostenían el pesado techo sin ningún tipo de decoración. Volví a cerrar los ojos intentando encontrar algún tipo de consuelo espiritual y seguramente lo hubiera alcanzado de no ser por una voz que, dirigiéndose a mí, me sacó de mi silencio y me impulsó a abrir los ojos rápidamente en un acto reflejo sin darme tiempo siquiera a limpiar las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. No comprendí las palabras, pero me levanté de inmediato y me acerqué hasta la persona de la que procedía la voz, que se encontraba de pie en el extremo de mi banco. Era aquel hombre de la gabardina, me miraba con una amable sonrisa al tiempo que me preguntaba si me encontraba bien. Negué tímidamente con la cabeza. El hombre me tendió la mano y se quitó el sombrero sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, como

intentando adivinar el motivo de mis lágrimas. Me ofreció unas palabras de consuelo a las que yo respondí con otras de agradecimiento. Los ronquidos de aquel hombre invisible se hicieron más fuertes y los dos nos sentimos un poco incómodos.

Salimos de la iglesia y una vez en los peldaños que bajaban hasta la acera me preguntó, sin borrar nunca la sonrisa de su rostro, de dónde era. Mi pelo negro y mi piel morena manifestaban que mis raíces estaban muy lejos de allí. Comenzamos a hablar y me sentí bien por primera vez desde mi llegada a Dublín gracias a la cortesía desinteresada de otro ser humano hacia mí. Nunca hubiera imaginado cuán falsa era aquella sonrisa que ocultaba sus verdaderas intenciones. De haberlo sabido, nunca habría entablado una conversación con él, nunca le habría dado referencias de mi vida ni me habría mostrado tan frágil y desolada, en definitiva, habría rechazado su ayuda, ya que solo sería un préstamo por el que esperaba que le pagase un alto precio. Le dije que era española, pero que en realidad había pasado en Irlanda la mitad de mi existencia; le expliqué que había abandonado la casa de mis tíos en busca de mejor fortuna en la ciudad y que todo lo que en aquel momento deseaba era un trabajo. Me escuchaba con suma atención, sin interrupción alguna. Al percatarme de que ya estaba cayendo la noche, que la claridad que reinaba antes de entrar en la iglesia se había esfumado y que en la calle no se encontraba nadie más que nosotros, dejé de hablar. Me apresuré a despedirme y al poner el pie en el último escalón de piedra el hombre me detuvo agarrándome por un brazo. Dirigí la mirada hacia la mano que me asía fuertemente y luego le miré a la cara, de la que por primera vez se había borrado la sonrisa. Entonces comenzó a hablar de manera muy pausada, explicándome que él podía ayudarme, ya que conocía a alguien que podía ofrecerme un trabajo. Se trataba de un matrimonio que tenía una pensión y necesitaba a una chica para la limpieza. Me dio el número de teléfono de la casa de aquel matrimonio y me dijo que preguntase por los señores Reilly. Luego, esbozó lo que me pareció una forzada sonrisa, al tiempo que se despedía con unas casi ininteligibles palabras en español y la promesa de volver a verme pronto.

Al principio no le di demasiada importancia a aquel encuentro. Pensé que era tan solo un hombre amable movido por la compasión que yo podía despertar en aquellas circunstancias, pero ¡qué diferente era la realidad! Para mi asombro, pude comprobar que los dueños de la pensión no conocían de nada a aquel hombre, un tal Mr. Gallagher. Lo que sí era cierto es que necesitaban una chica para hacer las habitaciones. Acepté el trabajo y decidí olvidarme de aquel tipo al que nadie en la pensión conocía.

Los señores Reilly me abrieron las puertas de su humilde casa, me acogieron como si de una hija se tratase y conseguí llenar un poco el vacío que su único hijo, un chico de mi edad, les había dejado cuando un año atrás decidió abandonarles sin dar ningún tipo de explicación. No le habían vuelto a ver ni habían vuelto a hablar con él desde el momento en que tomó tal decisión. Desconocían por completo dónde se encontraba. Era como si la tierra se lo hubiese tragado. La señora Reilly no podía evitar que los ojos se le llenasen de

lágrimas cada vez que recordaba el cambio tan asombroso que su hijo había sufrido en los últimos meses que pasó con ellos. El chico alegre, sociable, tranquilo, sensible y soñador se había convertido en una persona solitaria, huraña, introvertida y malhumorada que no soportaba vivir bajo el mismo techo que sus padres. No podían comprender ese cambio en él y nunca averiguaron qué sucedió en realidad, aunque recibieron unas cartas anónimas en las que se les advertía que no fuesen tras él ni intentasen recuperarle, pues ya había decidido cuál era el rumbo que su vida debía tomar y contaba con las personas que le guiarían por ese camino. Tales cartas nunca fueron escritas por su propio hijo, pero siempre las firmaba él. Me apenaba mucho oír a los señores Reilly contar aquella historia y hubiera dado cualquier cosa por haber podido aliviar su angustia y sufrimiento, pero yo no podía hacer demasiado.

—Así que junto a aquel matrimonio a usted las cosas empezaron a irle bien, ¿no es así?—la interrumpió Ángela, intentando apartarla de aquellos recuerdos tristes al tiempo que sacaba del bolsillo de su bata una minúscula pastilla color azul que Teresa siempre tomaba después del desayuno.

—Eso parecía, o al menos eso creí. Mis primeras semanas en la ciudad fueron estupendas. Estaba ocupada todo el tiempo, que era lo que necesitaba. Me sentía cómoda con aquella gente que se deshacía en halagos y atenciones hacia mí. Por primera vez en mi vida me sentía útil, bien conmigo misma, querida y hasta admirada. Nunca me había considerado una chica demasiado guapa, pero me daba cuenta de que mis rasgos españoles me hacían destacar entre el resto de las jóvenes del lugar. Los chicos quedaban prendados de mis grandes ojos verdes, con largas y generosas pestañas negras, mi largo pelo oscuro como el carbón y mis carnosos labios rojos como el carmín perfilados en una piel morena clara. La verdad es que no concedí demasiada importancia a esa admiración que despertaba en ellos. Era la primera vez que reparaba en aquel aspecto de mi persona y no creía que llegara a ser algo realmente relevante para mí. Tal vez por esto tampoco di demasiada importancia a los incipientes halagos de Brandon, un camarero joven que trabajaba en la pensión y que siempre me regalaba la mejor de sus sonrisas.

Brandon era un chico muy apuesto, alto, fuerte, de pelo rubio, ojos azules y piel marfil crema. Su extremada amabilidad y sus innumerables cumplidos enmascaraban un intenso deseo que había ido creciendo en él desde el día en que nos vimos por primera vez. Y ese deseo fue algo recíproco. Un día me dijo que estaba enamorado de mí. Apenas nos conocíamos, pero por alguna extraña razón yo le creí, o tal vez es que necesitaba creerle. ¡Qué ingenua fui! He tratado mil veces de no culparme por ello, porque al fin y al cabo tan solo era una chica joven que sabía muy poco de la vida. No podía imaginar cuán complicada puede tornarse la existencia cuando uno escoge el camino equivocado.

Teresa hizo una pausa y apartó la vista de Ángela, que la observaba en silencio a la vez que un gesto de extrañeza rompía la armonía de su rostro.

—Me he equivocado demasiadas veces a lo largo de mi vida, demasiadas. Primero fue aquel hombre… Y luego Brandon.

—¿Qué hombre?—preguntó Ángela un poco confusa.

—El que conocí en la iglesia. El día de nuestro primer y único encuentro logró adivinar mi naturaleza frágil e ingenua, mi miedo a la incertidumbre de la vida; pareció vislumbrar cada uno de mis pensamientos o al menos deseaba poder controlarlos. A los pocos días de mi llegada a la pensión recibí una llamada telefónica suya. Me dijo que solo llamaba para saludarme y saber cómo estaba, nada más. Me pareció un poco extraño, pero no le di demasiada importancia, es más, hasta me alegré de oír su voz y saber que alguien más se preocupaba por mí en aquel lugar. Después de esta siguieron varias llamadas más. Mr. Gallagher me llamaba una vez por semana para hablar un rato, mostrándose muy interesado en todo lo que me acontecía y formaba o había formado parte de mi vida. Me inspiraba tal confianza que no medía en absoluto mis palabras antes de decirlas, sin darme cuenta de que le estaba dando tantos detalles sobre mi vida y mi propia persona que pronto él conseguiría conocerme mejor que yo misma. Su voz amistosa y tranquila me inspiraba confianza, es verdad, y poco a poco fue obteniendo de mí todo lo que necesitaba saber. Pronto pudo conocer cada uno de mis pensamientos y este era el paso previo a su fin último, que consistía en manipularme para disponer de mi persona a su antojo y llevarme por donde él quería. Era un manipulador nato. Un día quedamos para tomar un café, aunque en realidad nunca acudí a aquella cita. Pensé no decirle nada a Brandon porque era muy celoso y a pesar de que aquel hombre debía de tener más de cincuenta años, nunca toleraría que me viese a solas con él. Es más, no llegué a contarle nada de aquellas llamadas de teléfono, que siempre eran en la noche. Así, nunca llegó a saber que me crucé con él en mi camino.

Sin embargo, a pesar de lo a gusto que me encontraba cuando hablaba con Mr. Gallagher, poco a poco comencé a notar en él algo que no me gustaba. Fue por esto por lo que decidí hablarle a la señora Reilly de la rara amistad que mantenía con aquel hombre al que solo había visto una vez y le pregunté su opinión antes de acudir a una cita con él, ya que había aceptado su insistente invitación para tomar un café. Le hablé de su extraño interés por mí, intentando incansablemente volverme a ver para charlar y tomar un café. Fue ella la que me aconsejó que no acudiera a aquella cita. Con expresión seria me reprochó que le hubiese contado a aquel extraño tantas cosas sobre mí. Ese hombre no solo me había mentido diciéndome que conocía a los señores Reilly, sino que después, fingiendo no darse cuenta, se encargaba de hacerme sentir culpable por vivir con aquel matrimonio que lo estaba dando todo por mí. El negocio no iba demasiado bien últimamente y a pesar de que mi trabajo en la pensión les era de bastante utilidad, comencé a sentirme una carga para ellos. Incluso llegué a plantearme abandonarles inventando cualquier excusa que no les hiciera sentir mal. A medida que mi relato avanzaba, la expresión del rostro de la señora Reilly fue cambiando de asombro a puro temor. A mis palabras sucedió un breve silencio que se vio interrumpido por una declaración que me hizo estremecer: «Tú eres su próximo objetivo. Apártate de ellos». Como yo no comprendía nada, me contó su sospecha acerca de aquel tipo. Estaba casi segura de que se trataba de lo que ellos llamaban *brainwasher*. Creía que podía ser un miembro de uno de esos grupos clandestinos que ponen su vista sobre personas que ellos creen vulnerables,

inseguras y fácilmente influenciables, a veces faltas de cariño o que pasan por un mal momento personal, y se convierten en sus mejores confidentes hasta que consiguen alejarlos de todos y de todo ofreciéndoles de forma reiterada argumentos erróneos como si fueran verdades absolutas y dificultándoles el pensamiento claro y autónomo, convirtiéndolos en sus aliados y plenamente dependientes de ellos.

—¿Se refiere a una secta?

—Exactamente. Mr. Gallagher era solo un intermediario dispuesto a lavar el cerebro a la gente con tal de conseguir asiduos a su grupo. La señora Reilly no pudo reprimir las lágrimas ante la idea de que pudiese esperarme en la vida el mismo destino que a Johny, su hijo. Quedé estupefacta, pues hasta aquel momento me habían hecho creer que no sabían el motivo por el que Johny les dejó para siempre. Nunca pequé de curiosa, ya que sabía que les dolía demasiado el recuerdo de su partida. Pero ella, desde su intuición de madre, creía saber la verdad de lo que había pasado, aunque nunca pudo llegar a estar segura. No quiso angustiar más a su marido contándole sus sospechas, así que calló y prefirió sufrir en silencio. Pagó a un chico para seguir desde lejos cada uno de los movimientos de su hijo y así supo de la existencia de un tipo con el que Johny siempre se encontraba al salir de casa y del que él nunca les había hablado. Era un hombre de unos cincuenta años, de pelo canoso, siempre cubierto tímidamente por un sombrero de tela gris y un pañuelo al cuello. Pero pronto este hombre se percató de la presencia de aquel chico pecoso y pelirrojo que los seguía desde lejos y tan solo unos días más tarde Johny los abandonó dejando únicamente una nota en la que decía que no quería saber nada de ellos; se iba para siempre.

—Y la buena mujer temió que su próxima víctima fuese usted, ¿no es así?

—Sí, aunque me negaba a creer que algo así pudiera sucederme a mí. «No, no podía ser», pensé. Pero intenté recordar cosas, detalles y volviendo la vista atrás en el tiempo hasta el momento en que nos conocimos, recordé que en aquella iglesia él me había visto llorar. Y me pareció muy extraño el extremo interés que aquel hombre mostraba por mí, siendo yo solo una extraña para él que nunca lo había buscado. Nunca le devolví las llamadas, era él siempre el que me buscaba, el que buscaba mi confianza. Estaba preparando el terreno para atacar una vez llegada la ocasión. Él sabía demasiado sobre mí y yo casi nada de él. Además, tenía la sensación de que lo poco que yo conocía eran tan solo mentiras. Me había contado que estaba casado, tenía cuatro hijos y solía viajar mucho. Sin embargo, cuando le preguntaba acerca de sus hijos me respondía con titubeos o evasivas. Un día el teléfono sonó a altas horas de la madrugada y, aunque intentó distorsionar la voz en el auricular, pude reconocerle. Esto ocurrió algunos días después de mi conversación con la dueña de la pensión, es decir, después de que esta lograra disuadirme de mi idea de acudir a la cita con él y de que yo le llamase acto seguido para disculparme porque no me sería posible tomar aquel café.

—¿Y qué pasó entonces?—preguntó Ángela con mucha curiosidad.

—Bueno, por aquel entonces sucedió lo que menos me podía imaginar; sucedió

algo que, aunque podría parecer no tener relación alguna con el final de esta situación, fue mi tabla de salvación. Un día Brandon llegó a la pensión lleno de euforia, corriendo y gritando como un loco, sin dejar de reír y me pidió que me casara con él. Considerando que solo llevábamos un mes de noviazgo, creí que su propuesta de matrimonio no era más que otra de sus bromas. Sobrecogido por una gran emoción me contó que había ganado una buena cantidad de dinero y que aún ganaría mucho más. No me explicó cómo lo había conseguido, se limitó a sacar de su bolsillo un anillo de oro blanco con cuarzo rosa, me lo mostró como si de un gran tesoro se tratase y me lo puso torpemente en el dedo al tiempo que me volvía a preguntar si quería ser su mujer.

Consideré aquella propuesta como una salida para mí. Me casaría con él, iríamos a vivir a cualquier otro lugar y podría olvidarme para siempre de aquel hombre del teléfono que no dejaba de importunarme con sus llamadas, a las que a raíz de la conversación con la señora Reilly comencé a contestar de manera fría y distante llevada de la mano del miedo. «Por fin sería dueña de mi propia vida y formaría una familia», pensé. Al fin y al cabo, tener una familia propia era lo que más había anhelado en la vida, lo que más deseaba. Brandon se comportaba conmigo de una forma tan encantadora que todas mis dudas se esfumaron y a los pocos días de su propuesta de matrimonio le di el sí definitivo. Ciertamente Brandon se había convertido para mí en alguien del que llegué a desarrollar una fuerte dependencia emocional. Él despertó magistralmente mi sexualidad. Nuestros encuentros íntimos eran puro fuego. Una pasión abrasadora nublaba por completo mi razón al contacto con su piel… Pensé que todo estaría bien junto a él.

Daban las doce y media y Ángela debía ir a atender a otros internos. Se quedaría horas y horas escuchando a Teresa, pero eso era imposible en su horario de trabajo. La anciana lo sabía demasiado bien. Fue por esto por lo que al cerciorarse de que Ángela miraba su reloj disimuladamente, guardó silencio y mirando a la enfermera con ojos sonrientes, ojos que delataban su buen humor de aquel día, le pidió que ahuecara su almohada para descansar un rato. Ángela esperó un momento junto a la cama hasta que pensó que dormía y sin hacer el menor ruido dejó la habitación. La anciana, simulando dormir, observaba sus movimientos sigilosos con los ojos entornados.

CAPÍTULO IV

El día despertaba lluvioso y gris. El viento arrastraba con fuerza las pequeñas hojas, que se arremolinaban y parecían danzar frente a la ventana cubierta solo por unos visillos de tul blanco. Teresa descansaba tendida en la cama, con el respaldo inclinado, pero no dormía. Dirigía su mirada cándida hacia el cristal y parecía haber perdido la noción del espacio y el tiempo mientras evocaba recuerdos que nunca la abandonarían. Sus cabellos finos, vestidos del tono blanco que había dejado en ellos el paso de los años, descansaban sobre sus hombros y se perdían en el blanco limpio de aquel camisón que cubría su delgado cuerpo. Los dedos, que una vez fueron dinámicos, delgados y perfectos, ahora descansaban inmóviles sobre las sábanas, completamente deformados por la enfermedad. Un bonito anillo plateado formado por dos manos sosteniendo un corazón, cubierto este por una corona, adornaba su dedo anular izquierdo. Era el único anillo que desde el momento en que le fue entregado, en su juventud, había llevado ininterrumpidamente toda su vida. No estaba dispuesta a desprenderse de él hasta volver a encontrarse con la persona que se lo entregó. Siempre lo llevaba puesto con el corazón apuntando hacia adentro, recordándose a sí misma que había existido alguien que la había amado sincera y apasionadamente y a quien siempre le había pertenecido su corazón.

Así permaneció en el silencio de la mañana hasta que Ángela fue a darle los buenos días y a levantarla de la cama. Con mucho cuidado le ayudó a sentarse en la silla de ruedas que ya formaba parte de aquella habitación como lo formaba la propia Teresa. Durante las primeras semanas en el centro la anciana se negó en rotundo a salir del pequeño cuarto o charlar con los demás ancianos. Sus visitas se limitaban a aquellas de los dos doctores que la trataban, las enfermeras, los cuidadores y una psicóloga, aunque las únicas visitas que le resultaban realmente

gratas eran las que recibía de Ángela. Nunca apareció por allí ningún familiar ni amigo interesándose por ella. Parecía no tener a nadie en el mundo, lo que entristecía a Ángela más que a la propia Teresa, ya que le había tomado especial aprecio a la anciana. Por eso se había propuesto sacarla de esa soledad que se afanaba en consumirla y ayudarla a recuperar poco a poco la ilusión por la vida. Ángela ejercía una influencia muy positiva sobre Teresa y ambas lo sabían. Teresa pensaba una y otra vez que debían haberse encontrado mucho tiempo atrás; porque quizás ya era demasiado tarde.

Ángela no llevaba puesta su bata blanca cuando pasó por la tarde por la habitación de Teresa. Había terminado su trabajo y se disponía a volver a casa. Al pasar junto a la que se había convertido en su habitación preferida, la habitación número diecisiete, se detuvo y desde el umbral de la puerta contempló durante unos segundos a la anciana que permanecía inmóvil en su silla de ruedas mientras miraba las gotas de lluvia que se deslizaban por los cristales. El yogur que alguna de las enfermeras le había llevado a la hora de la merienda estaba intacto sobre la mesilla. Ángela la notó especialmente triste aquella tarde. Una lágrima cristalina se deslizaba lentamente por su mejilla, lágrima que Teresa se apresuró a limpiar al escuchar la voz de la mujer.

—¿Necesita algo, Teresa?

La anciana sonrió débilmente y con un lento movimiento del brazo le indicó a la mujer que tomara asiento. Ángela aceptó la invitación, tomó una silla que había junto a la cama, la acercó hasta Teresa y se sentó frente a ella. En silencio trató de averiguar qué la entristecía mirando en sus grandes ojos verdes claros, que eran la ventana de su corazón, el cristal al que afloraban todos esos sentimientos que a veces tanto le costaba expresar con palabras. Y Ángela estaba aprendiendo a leer en ellos. Sin embargo, aquel día Teresa estaba dispuesta a dejar fluir su angustia ahogándola no solo en lágrimas y silencio, sino en palabras.

—La lluvia, el frío intenso, este cielo plomizo y el viento ensordecedor… Todo ello trae a mi memoria el día en que toda mi vida cambió, en el que cometí un error tan horrible que ha pesado sobre mí cada día de mi existencia.

—Creía que estos días en los que el sol se oscurece en el cielo y la lluvia deja paso a esa sensación de frescura y tranquilidad siempre le gustaron.

—Y así es, la lluvia es vida y la claridad del cielo en el que el sol se oculta tras las nubes es hermosa; ambas me hacen sentir bien, pero este viento que sopla con furia enturbia todo eso y provoca en mí una sensación de inquietud y angustia difícil de explicar. Aquel día resonaba en mis oídos sin descanso.

Se hizo un largo silencio. Ángela sabía que Teresa necesitaba confiarle algo y ella estaba allí para escucharla, pero por otro lado no quería verla aún más triste. Mientras se debatía entre la idea de pedirle contar aquello que tanto necesitaba u orientar la conversación hacia algo un poco más agradable, la anciana mantenía la mirada fija en la ventana. Finalmente se atrevió a romper el silencio.

—Me encantaría que continuase la historia que dejó a medias ayer. Pensé en ella durante toda la noche. Parece que al fin la vida comenzó a sonreírle un poco.

Teresa sonrió levemente.

—Sí, eso parecía. Brandon y yo éramos jóvenes, existía una innegable atracción entre nosotros y nos queríamos o al menos eso pensé. Él me convenció para celebrar la boda lo más rápidamente posible. Me insistió diciendo que necesitaba ir al sur del país para continuar aquel negocio que le había proporcionado tanto dinero y deseaba que yo fuese con él. Así que todo fue extraordinariamente rápido y no hubo tiempo para preparativos de ningún tipo. Nos casamos una tarde lluviosa del mes de octubre en una pequeña iglesia de Dublín. Me puse mi mejor vestido, el de los domingos, que había sido un regalo de la señora Reilly. No era demasiado bonito, de color azul cielo y más bien corriente, pero había sido mi primer regalo y por eso para mí era muy especial. Brandon llevaba puesto un traje gris oscuro que le quedaba un tanto grande y unos zapatos negros sin brillo. Al tiempo que nos intercambiábamos los anillos frente al pequeño y austero altar de madera pensé que sería feliz junto a aquel chico que miraba la vida con optimismo e ilusión, sin llegar a imaginarme que aquello no era más que un espejismo.

Unas horas después de la boda nos pusimos en camino hacia el sur. Me costó mucho despedirme de los señores Reilly porque a lo largo del tiempo que había pasado junto a ellos había aprendido a quererlos bien. Me había acostumbrado al constante canturreo del señor Reilly por la pensión, a las interesantes charlas que manteníamos después de la cena, al buen carácter de su esposa, que soportaba con paciencia las bromas de su marido, y sobre todo al cariño que mostraban hacia mí.

Brandon y yo viajamos en autobús desde Dublín a Cork. El viaje duró toda la noche pues los caminos estaban en precarias condiciones y la lluvia y el viento dificultaron más las cosas. Solo logré dormir unas horas, pero al despertar por la mañana sentí mis piernas entumecidas y todo mi cuerpo dolorido. A mi lado mi marido dormía plácidamente ajeno al traqueteo del autobús y al murmullo de las voces de los pasajeros, que al igual que yo ya empezaban a despertar. Me sentí segura al ver que Brandon me tenía rodeada con su fuerte brazo, que me había servido como almohada durante mis horas de sueño. No quise despertarle hasta que llegamos a Cork.

Al detenerse por fin el autobús, una vez en su destino, el corazón me dio un vuelco. Me embargó un premonitorio sentimiento de miedo. La incertidumbre se apoderó de mí, produciéndome gran tensión y angustia; Brandon todavía no me había contado sus planes y yo temí que en realidad tales planes no existieran y nos encontráramos desamparados en aquel lugar desconocido. Desperté al que ya era mi esposo y me abracé a él sin decir nada. Solo sabía que Brandon tenía en Cork unos parientes y que ellos nos ayudarían por lo menos durante los primeros días, hasta que encontrásemos una casa donde vivir. Sin embargo, después de bajar del autobús, observar cómo todos los pasajeros se dispersaban acompañados muchos de ellos por familiares o amigos que habían acudido a recibirlos y ver que nos quedábamos solos sin nadie que acudiera a nuestro encuentro, me llenó de preocupación. Brandon intentó tranquilizarme diciéndome que por alguna razón sus primos no habrían podido ir a recibirnos, pero después de horas vagando por la ciudad sin rumbo fijo me confesó que en

realidad no existían tales parientes. Me había mentido con tal de convencerme para ir con él a la provincia del Munster porque me conocía demasiado bien y sabía que nunca habría accedido a ir allí si no hubiera recurrido a algo así.

Ángela hizo un ademán de asombro y decepción a la vez, como si la mentira de Brandon le hubiera decepcionado a ella misma.

—Pero no tenía nada que temer—dijo por fin, después de una breve reflexión —; Brandon había ganado mucho dinero y supongo que eso les ayudaría a empezar su nueva vida en Cork.

—Te equivocas, querida—continuó la anciana—. Brandon no vio un solo penique de aquel dinero. Bueno, en realidad, había cobrado una especie de adelanto, un dinero que gastó casi al completo en mi anillo de compromiso. El resto esperaba cobrarlo en Cork. Ni por un momento se me pasó por la cabeza que no fuese dinero limpio. Él era un chico trabajador y no tenía necesidad de verse mezclado en asuntos turbios. Poco a poco fui dándome cuenta de que el chico con el que me había casado era un perfecto desconocido para mí.

El primer día nos alojamos en el cuartucho de una pensión lamentable, en una de las zonas más deprimidas de la ciudad. Me prometió que sería algo provisional, pero los días pasaban y seguíamos igual. Le preguntaba cada día cuándo cobraría el dinero para poder salir de allí y poder ir a vivir dignamente en cualquier otra parte de la ciudad, lejos de aquel barrio pobre de calles fangosas y casas desconchadas y sucias.

Un día Brandon llegó a la pensión con una herida en la cabeza, el labio inferior roto, un ojo hinchado y medio desnudo, con magulladuras y heridas en el torso, las piernas y los brazos de las que manaba sangre fresca. Solo entonces se derrumbó y decidió contarme la verdad. Pude escuchar de sus propios labios cómo desde hacía algún tiempo había estado involucrado en un asunto de tráfico y venta de drogas. Trabajaba para una banda de Belfast, que eran los que le facilitaban la droga, heroína y cocaína principalmente, que luego él se encargaba de distribuir en la República. El jefe de la banda le había prometido una gran suma de dinero por trasladarse a Cork para contar con su colaboración en la distribución y venta de la droga en aquel lugar. Sin embargo, una vez hecho el trabajo sucio, Brandon no llegó a recibir el dinero que esperaba y en su lugar solo obtuvo una tremenda paliza y amenazas de muerte para mantener la boca cerrada. Ante tal historia yo no salía de mi asombro. Me sentí abatida. Al haberme ocultado todo aquello me había privado del derecho a elegir un camino mejor para mí; me había arrastrado con él y continuó arrastrándome hasta llegar a lo más bajo. Pero ya no había marcha atrás. La venda cayó de mis ojos y vi con claridad la clase de vida que me esperaba junto a él, junto a una persona que en pocos días se había visto obligado a despojarse de la máscara con la que se había presentado ante mis ojos. Lo miré furiosa, al borde de las lágrimas. Permanecí de pie frente a él, con todos los músculos de mi cuerpo rígidos, los puños apretados y el corazón latiéndome desesperadamente. Sentí ganas de golpearlo, pero permanecí inmóvil, conteniendo mi ira en silencio hasta que la rabia que sentía fue más fuerte que yo y comencé a gritarle como una loca. No fue lo suficientemente hombre para hacerme frente. Ni tan siquiera trató de

tranquilizarme ni de hacerme ver que juntos podríamos salir adelante. Con movimientos lentos y pesados y la cabeza gacha, como si de un momento a otro fuese a desprendérsele del cuerpo, se dirigió a la puerta y salió de la habitación, lamiéndose sus propias heridas como un perro desvalido. Me derrumbé en una silla y a pesar de que sentía ganas de llorar no derramé una sola lágrima. Me quedé allí sentada junto a aquel cristal roto que ocupaba el hueco de la ventana hasta el anochecer. Intenté pensar, pero mi mente estaba bloqueada. No lograba concebir pensamientos acordes, así que me tendí sobre la cama cubierta por unas sábanas gastadas e intenté dormir.

A medianoche el chirriar de la puerta y el sonido del crujir de las tablas de madera bajo los pasos de mi marido me hicieron despertar sobresaltada. Temí que estuviese ebrio, pero no era así. Había pasado toda la tarde solo, oculto en algún sucio callejón, pensando en lo que había sucedido y en el daño que me había causado. Se sentía culpable. Me pidió perdón por haberme ocultado todo aquello. Parecía arrepentido y yo le creí. Pensé que su arrepentimiento y sus propósitos de cambio y de tratar de salir adelante de manera honrada eran un buen punto de partida. Solo deseaba olvidarlo todo y comenzar de nuevo. Me abrazó y me juró que todo cambiaría. Y yo le creí.

Continuamos viviendo en aquella pensión. Él salía cada mañana al amanecer en busca de trabajo y volvía al atardecer sin haber encontrado nada. Los escasos ahorros que habíamos llevado con nosotros estaban tocando a su fin. Me prohibió que yo también buscara trabajo; decía que yo era su mujer y que él proveería por los dos. La sensación de claustrofobia que me hacían sentir aquellas cuatro paredes, de donde apenas salía, me llevó a caer lentamente en una depresión que las circunstancias fueron agudizando. El poco dinero que nos quedaba teníamos que emplearlo en obtener comida y ya debíamos varios días de alojamiento en la pensión. Pero un día Brandon llegó muy contento diciendo que había encontrado trabajo en un bar al otro lado de la ciudad. En un principio me alegré, aunque sentía dentro de mí que ya no podía confiar en él como lo había hecho anteriormente. Debía ganarse esa confianza y demostrarme que de verdad había cambiado.

Durante un tiempo las cosas mejoraron. Por fin era un hombre entregado a su esposa y a su trabajo. Volvió a ser el chico seductor y fogoso que me había conquistado. Entonces me confié, tal vez ese fue mi error.

Al cabo de unos dos meses comenzó a llegar a altas horas de la madrugada y algunas noches ni tan siquiera venía a dormir a la pensión. Algunas veces dormía durante todo el día y había días en los que no aparecía. Todo eso me parecía muy raro y comencé a pensar lo peor, desde que anduviese con malas compañías hasta que hubiera otra u otras mujeres de por medio, pero ni siquiera se me pasó por la cabeza que fuera capaz de volver a las mismas andadas.

Fue bochornoso cuando un oficial de policía se presentó en la pensión, después de dos días en los que Brandon no había asomado por allí, para decirme que mi marido estaba en prisión. Me quedé de piedra sin saber qué decir. Tan solo respondí que se estaban equivocando de persona. Pero no había error alguno; buscaban a la señora O'Connor. Mi marido estaba en prisión acusado de tráfico y

venta de drogas. Le repetí que debía de haber algún error. El hombre, con la gorra del uniforme en la mano, bajó la mirada y meneó la cabeza hacia ambos lados con gesto serio.

Me puse lentamente el abrigo y acompañé al oficial hasta la comisaría, donde Brandon había pasado la noche. No me atrevía a encontrarme cara a cara con él. Cuando lo tuve delante no lo reconocí. El hombre que había allí sentado en aquella celda con la cabeza agachada, avergonzado y desaliñado, no podía ser el mismo con el que me había casado. Me negaba a creerlo. Sin embargo, era Brandon. Al verme rompió a llorar, aunque no se atrevió a acercarse a mí. Permaneció sentado sobre el frío banco de piedra gris con la cabeza agachada sosteniéndola entre las manos y los codos apoyados sobre las piernas abiertas. No se atrevió a mirarme a los ojos. Antes de que yo dijera una sola palabra intentó justificarse diciéndome que había tenido que hacerlo porque le habían despedido del bar hacía un mes al descubrir que había estado robando dinero de la caja casi a diario. No me lo había contado porque se avergonzaba de sí mismo y sabía que contarme la verdad significaría perderme. Me sentí tan engañada, tan decepcionada de nuevo, tan miserable y tan estúpida por haber creído en él que no me sentí con fuerzas para reprocharle nada. Tan solo me di media vuelta y salí de aquel lugar pensando no volver allí nunca más.

—¿Fue esa la última vez que vio a su marido?—preguntó Ángela, que cada vez sentía más curiosidad e interés por la historia que estaba escuchando.

—Ojalá lo hubiese sido.

—Eso quiere decir que…

—Sí, que a pesar de todo volví otra vez a aquella fría celda. Yo no sabía cuánto tiempo le esperaba entre los barrotes de aquella lóbrega cárcel; no quise preguntar y me negué a asistir al juicio; me avergonzaba reconocer que aquel era mi marido y poder ser señalada por los allí presentes. Sin embargo, tuve que asistir una vez en calidad de testigo, pero nada más.

Una larga pausa intentando aclarar su garganta y acomodando las manos sobre su regazo denotó que lo que iba a relatar a continuación había sido crucial en su vida.

—Había pasado un mes desde mi primera y única visita a la cárcel cuando dirigí mis pasos de nuevo allí. Solo encontré los despojos de lo que tiempo atrás había sido un hombre. Brandon estaba hundido. Al verme se incorporó del suelo de manera torpe y lenta, como si sus piernas se negaran a levantar su cuerpo ahora macilento, se acercó con pasos pesados hacia los barrotes que lo separaban de mí y al llegar junto a estos extendió los brazos, sacando sus dedos flacos y sucios por entre los barrotes de hierro, ansioso por coger mis manos y encontrar perdón en mi mirada. Yo retrocedí, permanecí durante unos segundos así: a solo unos centímetros de él, mirándole fijamente a los ojos sin decir una sola palabra. Me miraba asustado. Pudo ver en mis ojos decepción y miedo, pero nunca perdón. En mi mente solo había dos palabras que quemaban en mi boca y pesaban en mi alma, dos palabras que había ido hasta allí para decirle y que escupí cual veneno que nos heriría de manera mortal: «Estoy embarazada».

Nunca antes en mi vida pensé que decir estas palabras me avergonzaría y me

entristecería tanto. Estaba aterrada y solo fui a la prisión buscando un poco de apoyo en aquel que aún era mi marido. Al oír esas palabras dejó deslizar sus manos sobre los gruesos barrotes de hierro que había mantenido apretados entre sus dedos y dio un paso atrás como si le hubieran quemado. Su mirada quedó perdida en ninguna parte. Su expresión se volvió fría, indiferente, provocando que mi mente se viera asaltada por la idea de que quizás no querría saber nada de la criatura que llevaba en mis entrañas. Un escalofrío recorrió mi espalda y como en un acto reflejo intenté alejar de mí aquella idea, al fin y al cabo, se trataba de su hijo, de nuestro hijo. Yo solo buscaba unas palabras de ánimo que me diesen fuerzas para ahogar aquella sensación de miedo que me embargaba. Pero fue tan distinto lo que encontré en él… Con la mirada al frente, sin mirarme a los ojos, dijo un «lo siento» casi imperceptible. Luego bajó la mirada hasta mi vientre y dijo algo tan débilmente que apenas pude entenderlo o tal vez fuese que no quería entenderlo. Pretendía decirme que tener un hijo en nuestras circunstancias era una locura. Yo intentaba pensar en aquel hijo que esperaba como el único rayo de esperanza y luz, lo único a lo que podía aferrarme en aquel momento en el que me sentía tan sola y deprimida, una razón para vivir, una razón para salir de aquel túnel en el que había entrado y que se prolongaba sin fin. Mis propios pensamientos, con los que intentaba infundirme valor a mí misma, luchaban por ahogar el murmullo de sus palabras, que en lugar de consumir mi miedo me hacían sentir cada vez más cobarde.

Odio admitir que llegué a reconocer que él podría tener razón. Siempre pesó más en él la razón que el corazón y en aquella ocasión una vez más hacía acopio de su racionalidad tratando de hacerme entender todas las dificultades que aquel niño supondría para nosotros. Lo habían condenado a diez años de cárcel que privarían a nuestro hijo de un padre; crecería entre miseria y sería un desgraciado. Mi instinto maternal me abocaba al cariño por aquel pequeño ser que ya tenía vida dentro de mí, pero el que era el padre de aquella criatura no sentía lo mismo, lo consideraba un terrible error, algo que simplemente había llegado a destiempo. No podíamos aceptar tal responsabilidad y quiso convencerme haciéndome ver que no era justo para el bebé traerle al mundo en tales circunstancias. Él no había pedido venir al mundo. Recordé cuán desgraciada fui de niña sufriendo día tras día el rechazo de mi propio padre. Sentía como si la cabeza me fuera a estallar. ¿Cómo sacaría adelante a aquella criatura? Me sentía tan asustada, tan inútil y tan cobarde como para hacerlo yo sola… Sus palabras y mi cobardía le ganaron terreno en mi mente a aquellos pensamientos de esperanza y al cariño que albergué en algún momento. Mis pensamientos daban vueltas y más vueltas, asemejándose cada vez más a los suyos. Era ridículo aferrarme a un sentimiento de amor por aquello que aún era casi imperceptible en mis entrañas. Estaba en mis manos evitarle una vida de sufrimiento y miseria a aquel ser que aún no existía. Aquel momento pasaría. Aún éramos muy jóvenes y tal vez dentro de algunos años, cuando él fuera un hombre libre de nuevo, nuestra suerte cambiaría y entonces sería el momento de llenar nuestras vidas con un hijo. De otro modo sería una locura y sería injusto para aquella criatura.

Apenas dije unas pocas palabras durante mi visita. Estaba muy confusa. Tenía ganas de salir corriendo de allí y llorar. Dejé de escuchar a mí corazón. Parecía haber una única solución, una única salida y antes de marcharme Brandon se aseguró de que yo lo había comprendido bien y sabía lo que debía hacer. Nunca en mi vida ninguna palabra significaría tantas cosas para mí como aquella: *abortion.*

—¿Quiere decir que él…?—la interrumpió de nuevo Ángela, que no podía creer lo que escuchaba.

—Sí, él me pidió interrumpir el embarazo. Según mis cuentas, yo debía estar de unas diez semanas y si accedía a deshacerme de aquella criatura tendría que hacerlo pronto. Estaba tan bloqueada que en verdad no vi otra alternativa.

—Pero está hablando de aborto, Teresa. ¿Usted accedió a eso?

Teresa bajó un instante la mirada oscurecida por la trémula sombra de la culpa y la vergüenza.

—Estaba confusa. Aquella noche, después de la visita a la cárcel, no logré dormir. En mi cabeza resonaban como golpes de tambor las palabras de mi marido, que se clavaban coma alfileres en mi corazón. Me parecían crueles, pero a la vez sensatas. Yo, que con el sueldo que ganaba en la fábrica textil en la que trabajaba desde hacía tres semanas apenas tenía para comer y pagar el cuartucho en la pensión, sería incapaz de sacar a un hijo adelante. Definitivamente tendría que dejar a un lado aquellos valores morales que me habían inculcado desde niña. Aquella era una situación en la que nunca me hubiera imaginado encontrarme cuando mi tía intentaba explicarme el error que suponía ir en contra de la voluntad de Dios. En esta ocasión me enfrentaba a la vida misma, no era una situación imaginaria, sino algo mucho más complicado y doloroso. Nadie sabrá nunca cuánto me costó tomar tal decisión.

Teresa hizo una pausa y apartó lentamente la mirada de Ángela para fijarla en las gotas de lluvia que golpeaban con ímpetu el cristal. Entonces cerró los ojos, cansada, y escuchó atentamente el sonido del viento que agitaba la persiana al tiempo que este soplaba sin pausa. Ángela no sabía si la anciana deseaba continuar su relato. Pudo ver en sus ojos la tristeza desmedida que producía en ella evocar esos recuerdos y el sentimiento de culpa tan profundo que siempre había intentado mantener oculto. Por fin había encontrado el valor necesario para sacar al exterior toda esa angustia que le había oprimido el corazón durante tantos años. Sin duda, Teresa había encontrado en Ángela a la confidente con la que purgar sus culpas y desde luego no sería ella la que juzgara lo que no le correspondía.

—En el barrio vivía un hombre del que se hablaban pestes. En cierta ocasión, al poco tiempo de llegar a Cork, oí por casualidad una extraña conversación entre la dueña de la pensión y una de sus huéspedes, una mujer joven de enormes dimensiones que siempre vestía ajustados jerséis de colores chillones con enormes escotes que le marcaban descaradamente los pechos caídos y faldas extremadamente cortas que dejaban al descubierto sus largas piernas rollizas. En su conversación hablaban de un tal Mr. O'Brien, un tipo que, según las malas lenguas, realizaba con sus propias manos abortos clandestinos y al que la policía

no había podido detener nunca por falta de pruebas. Era un médico al que habían destituido de su puesto en el hospital por su falta de ética profesional. En mi desesperación decidí acudir a aquel hombre para poner fin a mi embarazo. Quería acabar con aquella situación cuanto antes.

El día en que dirigí mis pasos hacia su casa llovía a cántaros y el viento soplaba tan fuerte que dificultaba mi camino hasta el punto de verme obligada a pararme y resguardarme en el umbral de algún portal en varias ocasiones. Al llegar a la casa me detuve frente a la entrada, al pie de la escalera, y permanecí allí inmóvil, como congelada, intentando adivinar el futuro que me esperaba y convencerme de que lo que iba a hacer no sería un error, sino la única opción que tenía y lo mejor para el bebé. Subí muy despacio la escalera, esquivando los pequeños charcos de agua que había en los peldaños de madera. Al encontrarme frente a la puerta desconchada, la golpeé con el puño cerrado antes de llegar a dudar un solo segundo más.

Nunca olvidaré la cara de aquel hombre que me abrió la puerta; su nariz afilada, sus diminutos ojos negros, sus cejas finas, casi inexistentes, sus dientes amarillentos y unas mejillas descolgadas de color grisáceo. Me miró de arriba abajo y una maliciosa sonrisa se dibujó en su cara porque en seguida adivinó lo que andaba buscando. Me hizo pasar desplegando una falsa cortesía y antes de cerrar la puerta se cercioró de que nadie me había seguido, asomando la cabeza y mirando a uno y otro lado de la calle. Cruzamos muy pocas palabras, pero las suficientes para que él supiese cuál era mi propósito. Nunca podré olvidar aquellos largos dedos huesudos, sucios bajo el borde de las uñas, y el intenso deseo de salir corriendo de allí que se apoderó de mí al tener mi primera impresión de aquellas manos. Con su voz aguda y escalofriante a la vez me invitó a pasar a un cuartucho que había al final del pasillo y me hizo tumbar boca arriba en una mesa grande, cubierta de polvo, sobre las que había algunas piezas oxidadas que no se molestó en retirar. Tumbada en aquella mesa, inmóvil y aterrorizada, observé sus movimientos nerviosos por la habitación. Buscaba algo en un viejo armario manchado por la humedad del que procedía un sonido agudo, como el chillido de un ratón. Un olor repulsivo flotaba en la atmósfera. De pronto, una diminuta cabeza peluda asomó del armario. Creí que perdería la razón si continuaba un minuto más en aquel lugar. Sentí una vez más el impulso de salir corriendo de allí, pero mi cuerpo estaba paralizado por el miedo. Me sentía incapaz de mover un solo músculo. Ya era demasiado tarde. Pude ver cómo aquel tipo se acercaba a mí con un objeto punzante en la mano, metía sus sucias manos por debajo de mi vestido para desprenderme de las bragas que cubrían mi sexo y después de eso, solo recuerdo un pinchazo seguido de un dolor intenso en lo más profundo de mi ser y un escalofrío que recorrió cada milímetro de mi cuerpo. No sé qué ocurrió después. Creo que perdí el conocimiento. Ojalá no hubiese despertado nunca.

Teresa no pudo contener un minuto más aquel dolor. Las lágrimas que aguardaban en el borde de sus ojos se desbordaron sin remedio. Se tapó el rostro con las manos, avergonzada.

—No tiene que contarme más si no lo desea, Teresa. No quiero verla sufrir.

—No—prosiguió—, necesito hablar de ello, aunque me duela intensamente. Ya nada me puede causar el dolor de aquel momento; cuando desperté y vi mi vestido manchado de sangre y noté todo mi cuerpo dolorido, creí que sería incapaz de levantarme de aquella mesa. Junto a mí había varios trapos empapados en mi propia sangre. Sentí unas ganas tremendas de vomitar. Hasta mis oídos llegaba el sonido acusador del viento, que aún soplaba con fuerza, como recriminándome lo que había hecho. Ya era demasiado tarde. Mr. O'Brien permanecía de pie junto a la ventana de espaldas a mí con los brazos entrecruzados por detrás de la espalda, observando la lluvia que golpeaba con furia el cristal. Al percatarse de que había recuperado la consciencia volvió la cabeza hacia mí y, sin perder un minuto ni preocuparse por mi estado, me dijo que él ya había hecho su parte y quería que le pagase aquel servicio. Me pidió mucho dinero, un dinero que yo no tenía. Solo llevaba conmigo unas pocas libras y le rogué que me diese unos días para reunirlo, aún a sabiendas de que me sería casi imposible. En principio se negó, pero ante mi desesperación por la total imposibilidad de pagarle accedió a esperar cinco días para que reuniese el dinero con el que remunerarle aquel trabajo.

Antes de dejarme marchar me hizo jurarle que no le contaría a nadie lo sucedido aquella tarde y luego, agarrándome fuerte por el pelo y acercando su lengua a mi mejilla para lamerla sin pudor, me aseguró que, si en el plazo fijado no tenía su dinero, me buscaría y se lo cobraría por su cuenta. Cuando me soltó salí de aquel sucio cuarto encorvada y sosteniéndome el vientre, recorrí el oscuro pasillo con pasos lentos e imprecisos dado que me encontraba extremadamente débil y dolorida y tras abrir la pesada puerta bajé muy despacio la escalera y caí al suelo a pocos metros de esta. Permanecí varias horas tirada en la calle sentada en el lodo con la espalda apoyada en la pared y sintiendo la lluvia caer sobre mí, calando todos mis huesos. El dolor y el vacío que sentía me hicieron darme cuenta de la importancia de lo que había hecho con ese ser que horas atrás crecía dentro de mí. Entonces pude comprender que nunca podría apartar de mi conciencia la culpa de aquel error y lo que era peor, que tal vez la vida se encargaría de hacérmelo pagar con creces.

En los días que siguieron sufrí unas fiebres tan altas que me pusieron al borde de la muerte. Pero no temía por mi vida, es más, deseaba morir. No me sentía liberada como esperaba al verme sin tal responsabilidad, sino que por el contrario me sentía morir por dentro. Durante días la fiebre me hizo delirar y en mis escasos momentos de lucidez lo único que me preocupaba era que la dueña de la pensión, la señora Doyle, pudiera llegar a sospechar lo que había sucedido. Aquel día tan desafortunado ella se encontraba en Bantry visitando a unos parientes. Cuando al día siguiente regresó y me encontró tan enferma insistió en llamar a un médico, pero me negué en rotundo pues no quería que me examinasen y averiguasen la verdad. No quería que nadie supiera lo que había pasado, solo quería arrancar de mi mente aquel episodio de mi vida.

La fiebre obró el milagro de relegar a un rincón oculto de mi memoria tanto la existencia de Mr. O'Brien como su vil amenaza y no fue hasta que me encontré recuperada que volví a tenerle presente. Gracias a los cuidados de la buena

señora Doyle la fiebre fue cesando y me fui reponiendo poco a poco. Cuando por fin me fue posible levantarme de la cama, me vi acosada por la angustia de no saber cuántos días habían pasado desde que cayera enferma. La señora Doyle me contó que había estado en cama durante una semana y que al tercer día de mi enfermedad mi jefe se había acercado hasta la pensión para comunicarme que estaba despedida de la fábrica. La desesperación se apoderó de mí al recordar de manera repentina el plazo inexorable de cinco días que el siniestro doctor O'Brien había fijado para cobrar sus servicios. Mi plazo había expirado y era muy extraño que no hubiese tenido noticias del hombre que me había sumido en aquel estado tan deplorable.

—¿No le reclamó el dinero?—quiso saber Ángela, que había estado escuchando casi sin parpadear.

—Parecerá cosa de magia, pero mi temor al momento en que me encontrase de nuevo cara a cara con Mr. O'Brien solo duró un par de horas más. Una pequeña fotografía en blanco y negro en el arrugado periódico del día anterior me sacó de mi angustia. Allí estaba, con sus diminutos ojos y su nariz afilada, el hombre al que tanto temía encontrar. Había sido detenido con cargos muy graves, entre los que figuraban la práctica de abortos a numerosas mujeres, en su mayoría jóvenes, que seguramente se encontraban tan desesperadas como yo. Leí el artículo detenidamente dos veces, saboreando las palabras allí escritas, sintiéndome paulatinamente liberada de mi miedo. Su captura y la larga estancia en prisión que se le avecinaba suponían un golpe de suerte dentro de mi desgracia. Sabía que Mr. O'Brien no contaría lo que había sucedido la tarde en que fui a verle desesperada, pues con ello contribuiría a alargar su condena. Por otro lado, pensé que huir de Cork sería lo más apropiado para evitar poder verme involucrada de alguna forma en todo aquel asunto, así que decidí marcharme.

La señora Doyle era una buena mujer y le estoy muy agradecida porque, a pesar de que nunca supo la verdad, me cuidó y me atendió, permitiéndome quedarme aquellos días en la habitación que ocupaba a sabiendas de que yo no tenía con qué pagarle. Así, cuando me recuperé completamente decidí abandonar la pensión antes de que ella misma tuviese que pedírmelo, aunque antes de marchar me saqué del dedo mi sortija de matrimonio y se la entregué en pago por todas las molestias que le había ocasionado. Sentía como si aquella sortija, o más bien lo que representaba para mí, quemara en mi dedo y me hiriese en el corazón. No quería llevarla ni un minuto más, igual que no quería volver a ver a Brandon nunca más. Sentía odio y rechazo hacia él y hacia mí misma, porque él me arrastró consigo y yo me dejé llevar como una estúpida.

Sin embargo, antes de marcharme de Cork volví a visitarlo a la prisión. Me sorprendió encontrarlo tan ilusionado. Habían vuelto a abrir su caso y parecía bastante probable que su condena fuese finalmente mucho más corta de lo que se había establecido en un principio. Pensó que la noticia me alegraría a mí también, pero no podía ser así. Permanecí inmóvil e impasible frente a él. Mi rostro no dio muestras de alegría o alivio, solo mostraba dolor y tristeza. Entonces empezó a hablar del hijo que esperábamos, de que tal vez hubiese un poco de esperanza y si las cosas salían bien quizás estaría pronto en la calle y

aquel niño podría contar con un padre y una madre que lucharían para sacarlo adelante. Ciertamente su actitud había dado un giro de ciento ochenta grados. No era el hombre desesperado con el que mantuve aquella amarga conversación el día que acudí a la cárcel buscando un poco de apoyo y consuelo, un poco de fuerza, de valor. Sus palabras me habían golpeado salvajemente y herido entonces y ahora se clavaban como puñales en lo más profundo de mi ser. Me mantuve fuerte y me armé de valor para decirle las palabras que había ido dispuesta a decir y que se agolpaban en mi garganta, negándose a salir: «Ese hijo es solo una ilusión, ya no existe». Esas fueron las últimas palabras que escuchó de mis labios. Después salí corriendo de allí, sin mirar atrás. Nunca más volví a verle. Ese mismo día vendí el vestido que me había regalado la señora Reilly y con el poco dinero que conseguí compré un billete de tren. Una vez más solo quería huir, marcharme lejos, a un lugar donde pudiera olvidar aquella relación destructiva llena de mentiras, tantos días horribles, aquel error.

Me planté en la estación sin haberme detenido a pensar dónde iría. Cuando el chico de la ventanilla me preguntó el destino para el cual deseaba el billete recordé un pueblo del que Patrick me había hablado algunas veces y del que habíamos leído historias legendarias de comerciantes y marinos que hicieron grandes fortunas con su trabajo en la mar, Galway. Ese sería mi próximo destino.

Subí al tren sin equipaje alguno, sin compañero de viaje, sin ilusión. Me desplomé en el asiento. Una vez más solo deseaba cerrar los ojos y abandonarme al sueño, olvidarme de todo, aunque solo fuera por unos minutos. No podía pensar en lo que podría esperarme al final de aquella vía de tren; tan solo deseaba olvidar.

CAPÍTULO V

De todos los ancianos del geriátrico, era doña Julia a quien Teresa le había tomado más aprecio. Lo que más admiraba era su alma permanentemente joven. No había muerto en ella la chiquilla de hacía ochenta años. Tenía el don de sacar lo mejor de cada persona y en Teresa había logrado revivir sentimientos y recuerdos que habían permanecido dormidos durante muchos años. Con Julia Teresa volvía a sentir la alegría de vivir y comenzaba a apreciar aquella segunda oportunidad que la vida le estaba brindando, una oportunidad de la que siempre hablaba como el fin último de su vida, aunque nadie sabía realmente de qué se trataba.

Cierto día, Ángela sorprendió a las dos ancianas charlando animadamente en el jardín. Hablaban de antiguos amores de juventud. La mirada de Teresa brillaba y su sonrisa lucía como pocas veces lo había hecho. Era una sonrisa que a Ángela le fascinaba y, sin embargo, se la veía sonreír tan pocas veces… Nunca antes había visto aquel resplandor tan especial en sus ojos, una expresión que hablaba a voces de un amor que aún vivía en su corazón. El paso del tiempo no había podido borrar ese sentimiento que una vez inundó su pecho. Ángela sintió curiosidad y en todo el día ya no pudo olvidar aquella conversación que había oído por casualidad; por eso, al día siguiente aprovechó su hora libre del desayuno para ir a conversar con Teresa e indagar los motivos de tal alegría y satisfacción. Ángela se sintió conmovida al oír de los labios temblorosos de la misma Teresa que el causante de aquella luz que había visto en sus ojos durante su conversación con doña Julia era el amor, un amor de tal magnitud que no había podido olvidar y que sabía que nunca pasaría.

—Guardo el recuerdo de aquel chico entre los más felices de mi vida y, sin

embargo, todo fue tan accidentado al principio…—comenzó a relatar la anciana —. Nunca me hubiera imaginado cuando nos encontramos por primera vez que él se convertiría en el pilar de mi vida. Lo único que lamento es no haber sido totalmente sincera y honesta con él. No le mentí, pero tampoco le conté toda la verdad, y él no merecía eso.

—¿Quién era, Teresa?—preguntó Ángela, sin ocultar su creciente curiosidad.

—Fue mi único amor verdadero, ligado a una nueva etapa de mi vida…—cerró despacio los ojos y permaneció en silencio un instante, como si tratase de evocar momentos de aquella etapa de la que hablaba—. Pero esa es una larga historia.

—Que a mí me encantaría escuchar…, por favor.

Teresa dudó un momento. Aquel día se había despertado contenta y sentía ganas de salir al jardín de nuevo. Ángela empujó su silla de ruedas por el largo pasillo iluminado por los radiantes rayos de sol que se colaban a través de las enormes cristaleras. El jardín estaba precioso en primavera. Todo empezaba a florecer y el aroma de las flores nuevas impregnaba el ambiente de esencias frescas y dulces.

—Empecé mi vida de cero. Llegué sola a aquel pueblo…

—Galway, ¿verdad?

—Sí, eso es, Galway. El tren se detuvo al final de su trayecto y yo descendí de él deseando haber llegado al sitio acertado donde poder por fin encontrar un lugar para mí, para aquella chica de veintiún años sin nada en la vida más que el deseo de salir adelante en un mundo que se mostraba ante sus ojos como una jungla en la que sobrevivir era el principal objetivo.

Llegué al atardecer. Los últimos rayos del sol caían sobre las coloridas fachadas de las modestas casas, dándoles un toque dorado que se iba extinguiendo lentamente para dar paso a los oscuros matices de la noche. Vagué durante horas por las calles del pueblo, solitarias y frías, hasta llegar a un largo puente en el que me detuve. La luna llena, hermosa como siempre, se reflejaba en las sosegadas aguas del río Corrib, que fluía bajo mis pies. Desde donde me encontraba pude divisar en la distancia un pequeño arco que se erguía pegado a la orilla este del río, dejando pasar generosamente los rayos de luna. Encaminé mis pasos hacia él y cuando me encontré delante, a solo unos metros de distancia, pude comprobar que en realidad se trataba de dos grandes arcos de piedra que parecían haber sido puerta de entrada a la ciudad y punto de partida de la que en el pasado fuera una majestuosa muralla. Aquellas ruinas me resguardaron del frío aquella noche y dieron cobijo a mis sueños durante algunas más, noches y días anduve mendigando por las calles de Galway hasta que una tarde mi suerte cambió.

Me acerqué a pedir limosna a un hombre que divisé sentado en la plaza central del pueblo, Eyre Square, echándoles migajas a unas bonitas palomas grises que acudían a él como si poseyera un imán invisible. Parecía ensimismado en la tarea que le ocupaba. Al acercarme hasta él pude ver su curioso corte de pelo, que dejaba al descubierto la parte superior trasera de su cabeza. No se percató de mi presencia hasta que le extendí la mano abierta con la palma hacia

arriba pidiéndole que me diese unas monedas o solo un trozo de aquella hogaza con la que alimentaba a las palomas. Al levantar la vista hacia mí, se sujetó con ambas manos sus gruesas lentes, al tiempo que esbozaba una sonrisa compasiva. Entonces me di cuenta de que su atuendo no era nada habitual. Su holgada túnica color marrón le cubría casi hasta los tobillos, dejando al descubierto solo unos pies muy blancos y delgados enfundados en unas sandalias de cuero marrón que le quedaban demasiado grandes. Me observó unos segundos como si no supiese realmente qué hacer y luego, levantándose del banco sin decir una sola palabra, me tomó de la mano y me condujo hasta un pequeño edificio casi en ruinas que nunca se me habría ocurrido que pudiera ser un asilo para los pobres del condado. Así, aquel sacerdote franciscano, que no cruzó conmigo una sola palabra porque, como puede averiguar después, era completamente mudo, me condujo a aquel asilo en el que durante unos días tuve un techo que me resguardaba del frío y recibía una comida caliente diaria.

Allí conocí a la señora MacLoughlin, una señora mayor que fue hasta el que por unos días se había convertido en mi hogar buscando una chica que estuviera dispuesta a ayudarle en la casa, cuidar de ella y hacerle compañía a cambio de un techo y un sueldo. A la mitad de los inquilinos de aquel lugar los años les pesaban demasiado, mientras que la otra mitad se encontraban débiles, desnutridos o aquejados de diversas enfermedades que habían contraído viviendo en la miseria. La más joven y sana de todos era yo y aunque me encontraba un poco demacrada y débil por los últimos acontecimientos, decidió llevarme a su casa y darme aquella oportunidad que tanto necesitaba. Le prometí que no se arrepentiría y comencé a trabajar para ella haciendo las tareas de la casa, la compra y administrando su dinero. A pesar de su avanzada edad tenía una salud de hierro; solo se veía aquejada de una intensa hipocondría que le hacía creer que padecía todos los males del mundo. No me costó ganarme su confianza y pronto llegué a ser una pieza esencial en su vida, convirtiéndome en su mejor confidente y amiga.

Teresa detuvo sus ojos en los de Ángela, que mostraban una mirada cálida. «La historia se repite», pensó. Ángela dedicaba parte de su tiempo en sus días libres a Teresa; se había convertido en su mejor confidente. Cuando se sentaban frente a frente y Ángela la tomaba de la mano, esperando oír cada palabra que constituía el puzle de su existencia, Teresa se sentía como un espejo cuyo reflejo de sus vivencias era capaz de alcanzar una vida por tantos años ajena a la suya y que siempre esperó sentir tan cercana.

—La señora McLoughlin era italiana y portaba con orgullo el apellido de su difunto marido, fallecido a causa de una repentina enfermedad que lo arrancó de su lado sin previo aviso. La mayor parte de su vida la había pasado en Irlanda, a donde llegó con su familia con tan solo quince años y ya contaba con más de ochenta. No solo me ofreció un trabajo y su casa, sino que me abrió su corazón.

—Así que por fin la vida comenzaba a sonreírle un poco—comentó Ángela.

—Sí, así era. Intenté olvidar. Incluso me creé una nueva identidad. Cambié mi nombre real por el de Marianne y me juré no hablar nunca a nadie de mi vida pasada.

—¿Y qué fue de su marido, Brandon?—la interrumpió Ángela.

Teresa se detuvo un momento y bajó la mirada al suelo. Sin duda, lo que iba a contar le ocasionaba un gran malestar.

—Un día apareció en la sección de sucesos del periódico del domingo la foto de un hombre joven que acababa de morir el día anterior. La señora McLoughlin, que leía el periódico todos los días, me comentó el suceso sin saber que aquel hombre de la noticia era mi marido. Brandon había escapado de la cárcel y en su persecución y huida desesperada cayó al río Blackwater, cuyas aguas le arrebataron la libertad y la vida. Sentí una gran lástima y pensé en lo que podría haber sido nuestra vida juntos si él no lo hubiese estropeado todo, pero fui incapaz de dejar escapar una sola lágrima.

—Lo siento—murmuró Ángela.

—Su destino lo persiguió y lo atrapó sin remedio. No pudo escapar de él. Tras su muerte intenté buscar en el fondo de mi corazón un poco de amor por él y creí encontrarlo; aunque cuando conocí el amor verdadero, comprendí que nunca había amado realmente a Brandon, ni siquiera al Brandon atractivo y cautivador que me pidió matrimonio.

—Conoció a alguien especial, ¿no es así?

Cuando Teresa levantó la vista para fijar su mirada en Ángela, a esta le pareció ver brillar en los ojos de la anciana unos bonitos destellos color aguamarina.

—Llevaba ya dos años en Galway cuando conocí a alguien que llegó a ser muy especial. Como todos los viernes, había ido a hacer la compra y al volver a casa me encontré con él, o mejor dicho, él me encontró a mí. Caminaba tranquilamente de regreso a casa y me disponía a cruzar la calle principal cuando de repente un chico de mediana estatura, robusto y fuerte, pasó corriendo por mi lado y me arrebató de las manos el bolso. Me quedé inmóvil, perpleja, observando a aquel chico de piel morena y pelo oscuro que debía tener más o menos mi edad. Siguió corriendo al tiempo que volvía la vista atrás. Ni siquiera grité. Permanecí quieta mirando cómo se alejaba y, justo antes de volver la esquina y desaparecer de mi vista, se detuvo un segundo y me miró fijamente a los ojos. A pesar de la distancia que nos separaba pude descifrar en su actitud una disculpa por lo que estaba haciendo. Después desapareció sin más.

No le conté aquello a la buena señora McLoughlin, pues se habría llevado un disgusto y yo no quería eso. En aquel bolso tan solo llevaba unos peniques que me habían devuelto de la compra y unas fotografías. Una de ellas era de mi padre, en otra aparecíamos Brandon y yo juntos poco antes de casarnos y en una tercera estaba yo sola sonriendo divertida ante las ocurrencias del señor Reilly, que fue quien me la tomó. Lo sentí por la foto de mi padre, porque era la única que conservaba y porque era todo lo que me quedaba de él. Aparte de esto y un pañuelo blanco bordado que la señora Reilly me había regalado para mi boda, nada más había en el bolso. Ni tan siquiera pensé en denunciar robo alguno.

Después de aquel incidente, me sorprendí recordando la mirada de aquel muchacho y casi me atrevía a compadecerme de él. Le daba vueltas y más vueltas a aquel asunto en la cabeza intentando justificarlo una y otra vez, pensando qué

amargas circunstancias le habrían llevado a actuar de esa manera. Pensé que aquel chico podría haber sido yo misma si el buen sacerdote no me hubiera guiado hasta el asilo y no hubiese encontrado aquel trabajo. Intentaba justificarlo porque en su mirada había visto un «lo siento» que no podía borrar de mi mente por más que lo intentaba. Fue por esto por lo que cuando volví a encontrarme con aquellos ojos que profesaban una mirada melancólica y limpia, los reconocí enseguida. Sabía que no me equivocaba.

—¿Quiere decir que volvió a encontrarse con aquel chico?—preguntó Ángela con el entusiasmo del que es partícipe del principio de una historia de amor.

—Sí, pero esta vez lo encontré yo a él y supimos reconocernos inmediatamente. Habían pasado ya casi tres semanas. Una tarde del mes de mayo, como otras muchas tardes, fui a pasear por Claddagh, una zona que hasta mil novecientos treinta y cuatro había sido un pueblecito situado en la orilla oeste del estuario del río Corrib, que atraviesa Galway, pero que finalmente se había convertido simplemente una zona más de Galway. Me detuve en mi paseo al ver a un chico sentado en una roca de espaldas a mí, observando los cisnes que se paseaban tranquilos y majestuosos por el agua cristalina que bañaba las rocas. El sol se estaba poniendo y sus últimos rayos se reflejaban en el agua ofreciendo una hermosa imagen que hizo aflorar en mi corazón sentimientos de comunión cósmica que desconocía que formasen parte de mí. Él estaba allí inmóvil, observando y escuchando el sonido del viento en el silencio de la tarde, un viento fresco y suave que jugueteaba con sus cabellos y los despeinaba. Me acerqué a las rocas y me agaché intentando tocar con la mano el agua. No levanté la vista de esta; comencé a juguetear deslizándola entre mis dedos. Estaba observándome y yo lo sabía, pero no volví la vista hacia él. El viento jugueteaba con mi pelo largo y liso y hacía bailar mi vestido. Entonces oí unas palabras que procedían de él, que con pasos sigilosos se había ido acercando hasta que sus botas desgastadas quedaron a solo unos centímetros de mí: «Eres más bonita que en la foto». Levanté la vista y me encontré con sus grandes ojos marrones clavados en mí. Aparenté que no sabía a qué se refería, que no le había reconocido, pero era inútil, él me había reconocido tan pronto como yo a él y mi mirada me delataba. Se disculpó por haber robado mi bolso y me juró que varias veces me había visto y deseó devolvérmelo, pero no había tenido el valor necesario para hacerlo.

—¿Cómo se justificó por lo que había hecho?—quiso saber Ángela.

—Me contó que en aquellos días acababa de llegar al país. Manuel, que así se llamaba, era español y había ido hasta Irlanda con un contrato de trabajo para una fábrica metalúrgica, pero al llegar se encontró con que tal contrato, por el que había tenido que pagar todos sus ahorros, era falso y que tal fábrica no existía. Su propio amigo le había jugado una mala pasada, engañándole y poniendo fin así a una amistad de muchos años por unos asquerosos billetes. Se sintió perdido y desesperado, sin trabajo, sin dinero y solo en un país desconocido, sin hablar ni comprender el idioma. Después de unos días vagando y pidiendo limosna, sin apenas comer y creyendo que su situación no cambiaría, no vio otra salida que dedicarse a robar en la calle. Sin embargo, solo lo hizo dos o tres veces porque se sentía tan miserable tras sus hurtos que llegó a preferir

morirse de hambre antes que continuar con aquello. Su arrepentimiento tuvo recompensa, pues pocos días más tarde uno de los trabajadores del puerto se acercó hasta él mientras, ensimismado, observaba las pequeñas embarcaciones en la distancia y, viéndole fuerte y sano a pesar de su aspecto sucio y polvoriento, le ofreció un trabajo que consistía en cargar y descargar las mercancías de los barcos que llegaban y partían de Galway. Entonces comenzaron a irle bien las cosas.

Desde el día en que me robó el bolso había llevado la fotografía en la que aparecía yo sola sonriendo guardada muy cerca de su pecho. La sacó, me la mostró, la observó con ojos dulces y después volvió a guardarla en el bolsillo superior de su estrecho chaleco de pana como si le perteneciera. Yo no sabía qué decir, tan solo le dije que me alegraba de que le fueran mejor las cosas, él me sonrió y me suplicó que le aceptase un café como muestra de su arrepentimiento. Insistió tanto que no me quedó más remedio que aceptar. Charlamos animadamente durante toda la tarde y al despedirnos me prometió devolverme el bolso y su contenido solo si aceptaba ir a dar un paseo con él al día siguiente. Así pues, volvimos a vernos, esta vez bajo el cálido sol del mediodía, que fue nuestro compañero en aquel inolvidable y tranquilo paseo junto a la orilla del río. A partir de aquella tarde nuestros encuentros se hicieron frecuentes, sucediéndose día tras día.

Parecía un buen chico. No me había equivocado al leer en sus ojos oscuros, unos ojos llenos de sinceridad. Quiso saber quién era yo, de dónde venía, cómo había llegado hasta allí. Respondí a todo sin reservas, pero cuando me preguntó por el chico de la foto, Brandon, oculté la vivencia más dolorosa que me ligaba a él. Le conté cuan desgraciados habíamos sido en nuestro matrimonio y le hablé de su muerte tras su huida de la cárcel, pero nunca le hablé de aquel aborto que él mismo me había sugerido, que yo llevé a cabo y que pesaba tan amargamente sobre mí. Pensé que si se lo hubiera contado me habría rechazado desde ese mismo momento. Me sentí demasiado cobarde para hablarle de eso. Además, nunca tenía por qué enterarse ya que nadie, aparte de mí misma y el tipo que me lo practicó, sabía nada acerca de aquello. Pero Dios, o quien quiera que sea, se encargó de hacerme pagar aquel mal que no solo pesó sobre mí, sino sobre el hombre que más amé en este mundo.

—¿Manuel llegó a enterarse y la rechazó?—interrumpió Ángela.

—No, nunca tuve el valor suficiente para decírselo, pero a pesar de que nos amamos tanto, sé que aquello que callé le privó de la completa felicidad que siempre había perseguido.

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso no fueron felices juntos?

Teresa sonrió con nostalgia.

—Mucho. Aquel joven desesperado, asustado e inmaduro que había robado mi bolso se transformó en el hombre emprendedor, optimista y seguro de sí mismo que le dio un nuevo rumbo a mi vida. Junto a él recuperé las ganas de vivir, él me enseñó el significado de las cosas y me devolvió la fe y la esperanza que había perdido mucho tiempo atrás. Le abrí de par en par las puertas de mi corazón e incluso llegué a sentirme culpable por haber logrado ser tan dichosa. Llegué a

creer que yo no tenía derecho. Había sido tremendamente egoísta al deshacerme de aquel modo de la criatura que crecía en mi vientre y ahora, sin embargo, actuaba como si nada hubiera ocurrido, como si aquel ser nunca hubiese existido. Pero pensaba que debía darme una oportunidad para ser feliz. Éramos jóvenes y teníamos ganas de amar, de trabajar y salir adelante juntos. Manuel continuó trabajando en el puerto y ni siquiera cuando fue despedido debido a un reajuste de plantilla se vino abajo. Decidió abrir su propio negocio en Claddagh.

—¿Qué tipo de negocio?

—Había aprendido el oficio de carpintero de su padre cuando vivía con su familia en Galicia, concretamente en Pontevedra, así que decidió abrir una carpintería que levantó con sus escasos ahorros y su propio esfuerzo. Era muy trabajador y constante, además de una persona que se ganaba fácilmente el cariño de la gente. Yo continué trabajando para la señora McLoughlin, que aprendió a quererme como a una hija y que siempre creyó que Manuel era el chico perfecto para mí. Por eso no pudo reprimir las lágrimas el día que le enseñé este anillo que Manuel me había regalado después de tres años de noviazgo.

Teresa levantó la mano izquierda lentamente, mostrándole a Ángela el anillo de plata que adornaba su dedo anular. No era muy costoso, pero sí muy bonito. Ángela observó con detenimiento aquel pequeño corazón cubierto por una corona y sostenido por dos manos.

—¿Este fue su anillo de compromiso?

—Sí, lo llaman el anillo de Claddagh porque era el anillo de compromiso que llevaban tradicionalmente las mujeres de Claddagh, aunque esta costumbre se extendió a Galway y después su uso se extendió a todo el país, convirtiéndose en el anillo más popular de Irlanda. La corona simboliza lealtad, la lealtad que estábamos dispuestos a mostrarnos siempre el uno al otro; las manos simbolizan amistad, esa amistad que nos ofrecíamos incondicionalmente; el corazón simboliza el amor, un amor que nos profesaríamos toda la vida. En realidad, es el símbolo del amor verdadero. Cuando el corazón de la portadora está ocupado por alguien especial, el corazón del anillo debe mirar hacia adentro. Siempre lo he llevado puesto de esta manera porque mi corazón siempre ha albergado el amor que sentía por Manuel y así será hasta el día en que me despida de este mundo.

Los ojos de Teresa se tornaron tristes, pero a la vez irradiaban una paz que pocas veces antes Ángela había tenido oportunidad de contemplar. Aquella mujer continuaba enamorada y eso le daba fuerzas para seguir luchando. El amor que sentía le daba fuerzas para no rendirse.

—¿Le pidió que se casara con él al entregarle el anillo?—preguntó Ángela, mientras sostenía entre sus manos los frágiles dedos de Teresa, que parecían a punto de quebrarse de un momento a otro.

—En realidad no. Puso el anillo en mi dedo y me dijo que se debía marchar a Escocia, donde le habían ofrecido un contrato de trabajo por un año en una destilería de *whisky* de Edimburgo. Yo no entendía por qué tenía que marcharse lejos cuando en la carpintería le iba bastante bien. Tan solo me miró a los ojos sosteniendo mis manos, siempre frías, entre las suyas cálidas y llevándolas junto a su pecho me hizo jurarle que le esperaría.

Se marchó y la espera se me hizo eterna. Su ausencia me inundó de nostalgia y tristeza. Incluso la duda se abrió paso en mi corazón; no dejaba de preguntarme por qué me había abandonado si las cosas no nos iban mal. Pero mi amor por él era más fuerte que la duda y decidí mantener mi promesa y esperarle. Cada mes recibía una carta suya desde Edimburgo; aunque no era mucho me reconfortaba, pues así al menos sabía que se encontraba bien. Sin embargo, en el largo intervalo que transcurría entre carta y carta siempre me embargaba el miedo a no volver a verle nunca más. Durante tres meses después de la quinta carta no tuve noticias suyas. Fue muy duro no saber qué ocurría en todo ese tiempo, pero el día en que regresó de improviso, ocho meses después de su partida, me topé con la dura respuesta.

Ángela permanecía en silencio, tratando de imaginar el desenlace del relato.

—En el momento en que le vi con aquellas gafas oscuras supe que algo sucedía. Sus hermosos ojos marrones siempre habían mirado directamente a los míos y aquel día no solo no podía verlos, ocultos tras aquellos cristales negros, sino que estaba segura de que detrás de ellos se escondía una mirada perdida. Manuel había sufrido un serio accidente manipulando un ácido muy peligroso y se había quemado los ojos. Las graves lesiones oculares le dejaron completamente ciego. Así, le fue imposible terminar su contrato de trabajo. Durante los tres meses siguientes, ya sumido en la que se le presentaba como una espantosa oscuridad sin fondo, se debatió entre el deseo de volver a Irlanda para continuar juntos nuestras vidas y la idea de no volver nunca más. No hallaba la forma de hacer frente a la realidad y en todo aquel tiempo no encontró la manera de decirme que se había quedado ciego. Nunca se le dio bien mentir, por eso decidió no escribirme, porque no encontraba el valor para decirme la verdad, pero tampoco quería reconfortar mi larga espera con falsas palabras. Se sentía inútil y no dejaba de darle vueltas en la cabeza a la idea de que pudiese rechazarlo por su ceguera. Sin embargo, la razón más poderosa que le impulsaba a plantearse no volver nunca a mi lado era el amor que sentía por mí.

Teresa hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para lograr explicar aquella paradoja.

—Quiso actuar siguiendo aquello que le dictaba su corazón, que no era otra cosa que la generosidad sin límites. No deseaba limitar mi existencia obligándome a compartir mi vida con su minusvalía. Entonces comprendí que el verdadero amor puede mucho más que el egoísmo del ser humano. Estaba dispuesto a sacrificar su propia felicidad por la mía. Afortunadamente, después de mucho pensarlo, llegó a la conclusión de que, por mucho que nos doliese a los dos, yo tenía derecho a decidir y esa elección era algo de lo que él no debía privarme. Habría sido injusto. Fue por esto por lo que volvió a Galway.

Cuando supe lo ocurrido y vislumbré todo lo que había pasado por su cabeza, le apreté fuerte entre mis brazos y le prometí que nunca me separaría de él. Tal vez la luz se había apagado para siempre en aquellos ojos, pero el brillo y la ilusión solo estaban empañados por la incertidumbre y el miedo. Y fui yo quien eliminó esa incertidumbre y ese miedo. Yo sería sus ojos y nunca más habría de temer a la oscuridad que le había atormentado durante aquellos meses. Esa fue

mi elección, la mejor elección de mi vida, pues junto a él pasé los diez años más felices de mi existencia.

—¿Quiere decir que llegaron a casarse?—dijo Ángela entusiasmada.

—Sí, querida. Cuando se marchó a Escocia solo lo hizo porque sabía que con aquel trabajo ganaría más dinero del que podía obtener con la carpintería y así podría ahorrar, de manera que a su vuelta pudiéramos casarnos. Nunca antes me había comentado nada, pero fue ese el motivo que lo apartó de mí y que a la vez nos uniría mucho más. Cuando escuchó de mis labios que por nada del mundo renunciaría a él, me tomó las dos manos, se puso de rodillas delante de mí, buscó torpemente con sus dedos el anillo que había puesto en el mío justo antes de marcharse a Escocia, lo sacó de mi dedo anular derecho y lo sostuvo entre sus dedos temblorosos al tiempo que me preguntaba si quería casarme con él. ¿Cómo podía negarme? Le amaba con todo mi corazón. Me arrodillé frente a él con la mayor de las sonrisas y le dije el «sí» más claro y rotundo que he pronunciado en toda mi vida. Entonces él volvió a meter el anillo en mi dedo anular, esta vez en mi mano izquierda, indicando nuestro compromiso. Con mi mano izquierda llevé su mano derecha a mi mejilla y con la otra le acaricié el rostro. Después nos fundimos en un dulce beso que jamás olvidaré.

A pesar de que las circunstancias no nos eran demasiado favorables, decidimos casarnos cuanto antes. Sabía que él me necesitaba; podía sentirlo al tomar sus manos cálidas, que apretaban fuerte las mías, y al notar cómo sus lágrimas rebeldes esquivaban sus dedos en un torpe intento por esconderlas, deslizándose por debajo de sus gafas. Nuestros ahorros eran escasos y yo solo contaba con mi trabajo en casa de la señora McLoughlin, para la que me había convertido en alguien poco menos que indispensable. Él por su parte decidió retomar su trabajo en la carpintería. El mejor de sus dones era la paciencia y poco a poco fue acostumbrándose a su nueva situación y fue aprendiendo a vivir con ello. Era increíble el grado de perfección que logró alcanzar con sus manos, que parecían acariciar aquellas piezas de madera al tiempo que las transformaban a su paso.

Vivíamos sin grandes lujos, pero tranquilos y felices en nuestra pequeña casa de Claddagh, siempre impregnada por el olor a madera fresca y aserrín que me encantaba. Era la casa que había levantado con sus propias manos junto a la carpintería antes de marcharse a Edimburgo. Algunas veces nos acercábamos a las orillas del río Corrib y en silencio yo observaba los hermosos cisnes que se paseaban majestuosos mientras que Manuel se limitaba a respirar profundamente el aire fresco y puro de la tarde con mi mano siempre entre las suyas, como si se tratase de una frágil mariposa que temiese que pudiera escapar. Hubiera dado la mitad de mi vida porque Manuel hubiese podido contemplar también aquellos majestuosos animales que se deslizaban sobre el agua serenamente, paseando su gran belleza, elegancia y armonía. Sin embargo, aunque sus ojos no reflejaban ya aquella imagen, había desarrollado una sensibilidad especial. Su mente guardaba imágenes y recuerdos tan reales y tan lúcidos como cualquier reflejo de luz sobre los objetos que a su presencia se rendían. Él me enseñó a vivir. Junto a él cerraba los ojos y me sentía transportada en el espacio y el tiempo, dejando fluir las sensaciones que desbordaban todos mis sentidos. Podíamos pasar horas y horas

allí sentados, junto al río. La paz de aquel lugar se adueñaba de nosotros y podíamos hacer nuestra la armonía de aquellos cisnes blancos que se acercaban y se alejaban despacio, deslizándose muy suavemente sobre el agua.

En las agradables tardes de verano, la noche nos sorprendía, regalándonos momentos de pasión en algún lugar oculto de la orilla del río, donde nos amábamos desesperadamente, amparados por un tupido manto de estrellas tímidas y por la hermosa luna, que revestía con su magia la suave vegetación, lecho de nuestros cuerpos desnudos, abrazados, ávidos de amor y temblando de deseo. Aquellos momentos tan mágicos solo se veían enturbiados por el deseo más secreto que Manuel me confiaba en la dulce calma que sigue a los enamorados que se han amado hasta la saciedad. Rodeándome con sus fuertes brazos me confesaba lo feliz que sería si le diese un hijo. En esos instantes sentía miedo, pues él soñaba con ser padre y repetir así la experiencia de su propia familia, siempre plena con la presencia de cuatro chicos estupendos correteando por toda la casa. Sentía mucho miedo a quedarme en estado de nuevo, aunque más que miedo era angustia porque me sentía tan culpable que no podía imaginarme teniendo otros hijos cuando sabía que me había deshecho brutalmente de uno que ya había empezado a crecer dentro de mí. Nunca dije una palabra de eso a Manuel e intenté no hacer o decir nada que pudiese hacerle sospechar. Cuando hablábamos de ese tema y yo rehuía su mirada y desviaba la conversación, se imaginaba que yo no me sentía aún preparada para ser madre y me prometía ser paciente. Me quería demasiado y decidió esperar hasta que la idea de tener un hijo nos llenase a los dos por igual. Estaba seguro de que ese momento llegaría. Lástima que las cosas sucedieran de manera diferente.

—¿A qué se refiere?

Teresa calló por un momento. Bajó la vista al suelo y mantuvo la mirada fija en aquellas flores que desprendían tan grato aroma, transportado en el limpio viento de la tarde.

—Comencé a sentirme mal. Un día, mientras lavaba la ropa de la señora McLoughlin, empecé a sentir una serie de calambres en los dedos de las manos que se extendieron por los brazos y me recorrieron toda la espalda. Eran calambres que ya había sufrido en otras ocasiones, pero esta vez fueron mucho más fuertes y consiguieron alarmarme. En los días sucesivos comencé a sentirme demasiado cansada, fatigada, como si perdiese la fuerza en los músculos de brazos y piernas hasta el punto de que algunas veces me resultaba difícil mantenerme de pie. Además, comencé a sufrir unas altas fiebres que me imposibilitaron trabajar durante algunos días. Manuel le pidió al doctor que me hiciese una revisión lo más completa posible para dar con el mal que padecía. Si tan solo me hubiese imaginado lo que aquellos resultados significarían en nuestras vidas, me habría negado a tal revisión desde el primer momento.

—¿Qué descubrieron?

—Todo parecía estar bien. El doctor diagnosticó que aquellos calambres y la pérdida de fuerza muscular podían ser una respuesta física a cierto estado de ansiedad.

Durante unos instantes, Ángela percibió que la mirada de Teresa transmitía

esa ansiedad de la que le hablaba, la ansiedad ocasionada por el hecho de haber ocultado a Manuel algo tan sumamente importante, así como por su gran sentimiento de culpa y su cobardía para afrontar un nuevo embarazo.

—Sin embargo, había encontrado algo con lo que ninguno de los dos contábamos; tenía una herida profunda en el útero, este estaba muy dañado, y eso había propiciado una grave infección que a su vez había ocasionado aquella fiebre tan elevada. Me miró a los ojos, manteniendo su mirada fija en ellos durante unos segundos en completo silencio. Las palabras que oí en aquel momento me dolieron tanto que creí desfallecer allí mismo. El doctor, un católico del sur, las pronunció como si de la peor de las sentencias se tratase: nunca podría tener hijos. Fue un golpe muy duro y me alegré de que Manuel no estuviera allí para escucharlo. Solo podía pensar en él, en su ilusión por tener hijos, por crear una familia como aquella en la que él había crecido y en la que había sido tan feliz. Mi miedo y mi egoísmo le habían arrebatado esa ilusión. Rompí a llorar amargamente y le hice jurar por lo más sagrado que no le diría nada de aquello a mi marido. Guardaría silencio. No quería hacerle desgraciado y de haberle contado la verdad estaba convencida de que lo hubiera sido.

Intenté no cambiar mi actitud y continuar con nuestra vida en común como si nada ocurriese, pero me era completamente imposible. Me sentía culpable y deprimida, e incluso llegué a obsesionarme con la idea de que algún día, cuando Manuel descubriese la verdad, me repudiaría. Por el contrario, siempre se mostró tan cariñoso, paciente y comprensivo conmigo, que logró hacer germinar en mí un rayito de esperanza al que quería aferrarme como mi única tabla de salvación. Se me pasó por la cabeza la descabellada idea de que aquel médico pudiera estar equivocado y que todo fuese un error. Realmente llegué a convencerme de que tendríamos hijos y mi pesadilla terminaría, aunque la razón me gritaba que solo me estaba engañando. Sin embargo, lo que más me dolía es que le estaba engañando a él y que era yo misma la que le estaba privando del derecho a elegir que él había respetado y que en su momento nos había llevado a estar juntos.

Pero, aunque yo no lo sabía, Manuel sí había tenido la ocasión de elegir y había renunciado a su sueño por mí. Yo fui su elección. Desde el primer momento le preocupó mi comportamiento, mi actitud distante y deprimida. Él me conocía mejor que a sí mismo y, a pesar de que intentaba ocultar mi angustia por todos los medios, se imaginó que algo ocurría. Cuando sus ojos desnudos se miraban en los míos, me sentía tan vulnerable que me asaltaban unos terribles deseos de abrazarme a él llorando y contarle la verdad. Pero siempre me faltó valor. Un día decidió visitar a aquel doctor sureño que me había realizado la revisión y salir de dudas. No le quedó otra salida. Estaba muy preocupado, pero a la vez no quería presionarme ni hacerme sentir mal. Necesitaba saber y el doctor fue incapaz de guardar silencio, pues su ética le decía que mi marido tenía derecho a conocer la verdad. Así, le confesó a Manuel que yo nunca podría darle un hijo siendo estéril como lo era y, a pesar de ello, él nunca me echó en cara el que guardara silencio. Se quedó junto a mí. Quiso compartir conmigo su juventud y deseaba también vivir nuestra vejez juntos y, a pesar de que mis fantasmas y mis miedos no me dejaban ver con claridad en aquellos momentos, ahora estoy segura de que en

estos días en que me siento ya cansada y abatida, él habría seguido siendo mi compañero incondicional. Lo sé.

Comenzaba a levantarse un poco de fresco y el sol se ocultaba ya. Ángela consideró que sería mejor llevar a la anciana al interior de la casa y dejar el resto de la historia para el día siguiente. Se la veía fatigada, pero a pesar de ello nunca había visto tanta vida en sus ojos como aquella tarde. Manuel, donde fuera que estuviese, seguía viviendo en ella y su amor la hacía fuerte.

CAPÍTULO VI

Algunas veces Teresa cerraba los ojos y permanecía inmóvil en silencio durante largo rato. Ángela la había sorprendido en varias ocasiones de esta manera, pero nunca antes le había dado demasiada importancia hasta el día en que observó cómo la anciana, con los ojos cerrados y una tenue sonrisa en los labios, intentaba levantarse de su silla de ruedas sin pedir ayuda. Corrió para sostenerla, pero al llegar junto a ella Teresa ya estaba de pie. Se sostenía sobre el gran sauce llorón que había en uno de los laterales del jardín. Ese era su lugar predilecto, donde pasaba horas y horas en los días soleados evocando aquellos recuerdos que le pertenecían y que ahora contemplaba como mera espectadora de una vida que le costaba reconocer como propia. Al llegar junto a ella, la mujer se desmoronó en sus brazos. Volvió a sentarla en la silla de ruedas.

—No ha debido hacerlo—la regañó—. Debió haber pedido ayuda. ¿No se da cuenta de que podría haberse caído y lastimarse?

—Lo siento, querida. Era tan real…

—¿A qué se refiere?

—Mi mente es como una vieja cámara en la que cada fotografía tiene vida propia. Alberga imágenes hermosas que una vez despertaron en mí sensaciones que todavía recuerdo, que me hacen sentirme más fuerte y más joven y me alientan para no rendirme. Cierro los ojos y todos esos recuerdos vuelven a mí y me doy cuenta de que el mundo sigue ofreciéndome toda su belleza, toda su vida, y de que no puedo dejarme vencer. Eso sería el final y no estoy preparada para ello. No puedo resignarme a verme aquí postrada, dejando escapar cualquier pequeño hilo de esperanza. Esa es una de las cosas que aprendí de él.

Ángela la escuchaba confusa. Teresa tenía un carácter muy cambiante, con muchos altibajos. Unos días la tristeza y la angustia la embargaban por completo

y se abandonaba a ellas, olvidando toda posible ilusión por la vida, pero otros días, en cambio, se aferraba a sus ganas de vivir e incluso se mostraba optimista, con ganas de luchar. Su vida era una extraña balanza que siempre se inclinaba portentosamente hacia uno u otro de los lados y que, a pesar de ello, siempre intentaba encontrar el punto medio en el que equilibrarse.

—Al cerrar los ojos visualizo cada atardecer en la bahía, el paso sosegado de los cisnes por el estuario en Claddagh, las gaviotas que con sus alas parecían abanicar el viento, los hermosos narcisos que llenaban los días de mayo de hermosas esencias, el paso del agua calmada reflejando como un espejo el azul del cielo…

Mientras hablaba se la veía feliz. Entonces, Ángela supo que era el momento de escucharla.

—Jamás logré hacerme a la idea de que Manuel nunca podría volver a contemplar todas aquellas cosas, por eso nunca me resigné y con mi ilusión logré mantener viva también la suya. Decidimos luchar y agotar cualquier posibilidad por pequeña que fuera. Mi mayor ilusión era que recuperase la vista, pero no era cosa fácil. Las córneas de sus ojos estaban muy dañadas y solo un trasplante podía devolverle la visión. Pasó el tiempo, hasta que un buen día el doctor McLaren nos dijo que estaba dispuesto a operarle. Era una operación arriesgada, pero aun así merecía la pena intentarlo.

—¡Eso es estupendo!—exclamó Ángela entusiasmada.

—En realidad nos dio bastantes esperanzas, pero había un problema. Era una operación muy costosa y estaba completamente fuera de nuestras posibilidades. No contábamos con el dinero suficiente para pagarla y ni siquiera nos era posible reunirlo. Con todos nuestros ahorros juntos tan solo lograríamos pagar una cuarta parte del total. Era terrible ver cómo aquella oportunidad que habíamos esperado durante tanto tiempo parecía pasar de largo frente a nuestras narices. Pensamos en vender los muebles e incluso traspasar la carpintería; era todo lo que teníamos, pero nada material necesitábamos si nos teníamos el uno al otro y éramos capaces de luchar para salir adelante.

—Eran muy valientes—dijo Ángela pensando en voz alta.

—Sí, pero de nada parecía servir nuestra valentía y nuestra ilusión porque, incluso vendiéndolo todo, el dinero seguiría siendo un problema puesto que la operación seguiría estando fuera de nuestro alcance. Un día, totalmente frustrada por vernos obligados a dejar escapar aquella oportunidad, no pude más y se lo conté a la señora McLoughlin. Manuel me había prohibido hablar de aquel asunto porque no quería la lástima de nadie. No quería compasión ni limosnas, sin embargo, aquello le dio un giro enorme a las cosas. Al enterarse de nuestro problema sus ojos se llenaron de la luz y el brillo que solo produce la alegría desmedida. Yo no podía comprender tal actitud y pensé que no había comprendido nada de lo que le había explicado. Las palabras comenzaron a salirle de manera atropellada, haciéndolas casi ininteligibles, repitiéndolas una y otra vez hasta que logró darles la forma deseada. Finalmente pronunció en tono solemne una frase que jamás olvidaré, una frase con la que me brindaba los ahorros de toda su vida, que eran asombrosamente cuantiosos: «Por fin ha

llegado mi momento». Era su manera de decirme que había encontrado la manera de recompensarme de algún modo por los cuidados y, sobre todo, el cariño que había recibido de mí, que nunca supo cómo agradecerme realmente. Me autorizaría a disponer de aquellos ahorros de manera inmediata. Con una vivacidad increíble, me aseguró que no estaba dispuesta a esperar a ser pasto de los gusanos para que yo pudiese hacer uso del dinero al que, según decía con una austeridad admirable, una anciana como ella no encontraba utilidad alguna que le reconfortase el alma. Sabía que yo necesitaba su dinero en aquel mismo momento más de lo que lo pudiera llegar a necesitar nunca.

No solo me asombró la generosidad de la señora McLoughlin, sino que el hecho de saber que era poseedora de una pequeña fortuna me produjo una enorme sorpresa porque se conformaba con vivir en una casa pequeña, con humedad y sin electricidad, cuando en realidad podía permitirse vivir a cuerpo de rey. No obstante, ella aseguraba que no necesitaba nada más para ser feliz. De hecho, lo que realmente me llegó al corazón fue que aquella mujer de pelo gris siempre minuciosamente recogido en la nuca, cuya silueta no era más que el garabato de un niño, se diese por satisfecha haciendo posible traer un poco de felicidad a la vida de una muchacha a la que entregó todo el amor que guardaba para unos hijos que nunca engendró.

Era mucho dinero el que me estaba ofreciendo, un dinero con el que podríamos hacer realidad nuestro sueño. La razón me decía que no debía aceptarlo, pero el corazón me gritaba que lo tomase. La buena mujer me conocía demasiado bien, así que, viéndome confusa e indecisa, me aseguró que se daría por bien pagada si una vez que la operación hubiera pasado y Manuel estuviese recuperado la aceptábamos en nuestra casa, pues no deseaba pasar sola toda su vejez. A mí me encantó la idea y sabía que a Manuel, que la quería como a una segunda madre, también le entusiasmaría, por lo que no pude negarme. Al principio Manuel se negó en rotundo a aceptar aquel dinero, considerando que eso sería un abuso por nuestra parte. Sin embargo, la señora McLoughlin podía llegar a ser la persona más persuasiva del mundo si se lo proponía y logró convencerle con palabras llenas de cariño sincero, desinteresado, diciendo que los ahorros de toda su vida no podrían tener mejor fin que el de hacer felices a dos hijos. De esa manera nos embarcamos en aquella locura, como él lo llamó, y decidimos no rendirnos hasta ver nuestro sueño hecho realidad.

Pasé muchos días sin moverme del hospital donde mi marido fue intervenido, un hospital pequeño de oscuros pasillos con recipientes grandes y pequeños a lo largo de éstos, que recogían las gotas caídas de las numerosas goteras del techo. Fueron largas horas de angustia las de aquella operación y aún más largo y mucho más duro fue el periodo de recuperación y la horrorosa incertidumbre que lo asistía. Sentíamos un miedo espantoso a levantar aquellas vendas que cubrían sus ojos. Solo nos quedaba esperar y ver la evolución.

—¿Qué pasó? ¿Recuperó la vista?—preguntó ansiosa Ángela.

—¡Oh, sí! Sí que volvió a ver. ¡Cielos!, aquel fue el momento más feliz de mi vida, tan feliz como…—de pronto, Teresa calló. Mordió su lengua intentando así evitar decir algo que no debía. Enseguida prosiguió—. Yo había soñado muchas

veces con aquel momento, pero cuando sus vivos ojos volvieron a mirarse en los míos…, no supe qué decir y me eché a llorar en sus brazos como una tonta.

Después de aquello todo pareció volver a la normalidad. Cuando Manuel recibió el alta, lo primero que hicimos fue ir a buscar a la señora McLoughlin, que tanto había hecho por nosotros, y llevarla a vivir a nuestra casa. Continuamos viviendo en Claddagh, ajenos a los problemas del mundo; nuestro pequeño mundo nos bastaba para ser felices. Manuel continuó con su trabajo en la carpintería, que gracias a la buena anciana no nos vimos obligados a traspasar, y yo seguí cuidando de ella en casa. Ella nunca supo que yo no podría tener hijos, así que algunas veces nos alentaba de buena fe a traer al mundo una criatura que algún día la sorprendiese llamándola abuela.

El no ser padres era lo único que hubiera podido empañar nuestra dicha, pero Manuel nunca se quejó y verle bien me hacía sentir la mujer más afortunada del mundo. Nuestros ingresos eran escasos, pero en casa teníamos lo necesario para vivir y Manuel, con su trabajo, intentaba proveer por todos. Nuestro amor era un tesoro inmenso que temíamos se esfumase por los crueles avatares que la vida nos pudiese deparar. Por eso nos amábamos sin tregua, con dulzura, con pasión, siendo uno solo sumergidos en el lecho suave en el que nuestros cuerpos y nuestras almas se transformaban en una sola. Éramos uno solo, unidos por el amor, la amistad, la lealtad, caminando juntos por la vida.

Teresa levantó lentamente la mano portadora del anillo plateado de manera que podía contemplarlo fácilmente. La piel del dorso de su mano no era más que una fina lámina arrugada que había perdido todo su brillo y color. Observó durante varios segundos la que para ella era la más preciada de las joyas, hasta que un rayo de sol provocó hermosos destellos que la sacaron de su ensimismamiento.

—Fue la etapa más feliz de nuestras vidas. Unos años de auténtica dicha que queríamos a toda costa convertir en eternos.

Tras decir esto, permaneció en silencio durante un largo rato, observando una preciosa mariposa de diversos colores que acababa de posarse sobre la fina y suave manta verde de algodón que cubría sus piernas. Cuando la frágil mariposa levantó de nuevo su vuelo, con ella parecieron esfumarse también todos los recuerdos felices de la anciana, que la había estado contemplando entusiasmada. De pronto, su rostro cándido se trasformó en un retrato de aflicción, como si hubiera caído presa de una grave inquietud.

—El incendio me lo arrebató todo y me devolvió a la realidad a la que pertenecía—continuó Teresa en tono grave.

Ángela no la había oído hablar nunca de tal incendio, pero en lugar de intentar aclarar su duda decidió dejarla continuar sin interrupción alguna, pues Teresa era como un libro, que una vez abierto contiene todo lo que deseas saber y solo exige paciencia y comprensión para mostrarse en todo su esplendor.

—Aquel trágico incendio… Aquel incendio infernal que asoló nuestra casa me dejó sumida en el dolor más absoluto que jamás hubiese experimentado. Una noche de invierno cayó una terrible tormenta en el condado. Nunca olvidaré el resplandor de los relámpagos en el cielo oscuro y el espantoso sonido de los

truenos, que retumbaban en la casa. La señora McLoughlin dormía plácidamente, pues su sordera parcial la mantenía ajena al ruido de la tormenta. Pasé mucho miedo, pero allí estaba Manuel para protegerme y tranquilizarme y logró convencerme de que nada iba a pasar. Desafortunadamente no fue así. Un rayo alcanzó nuestra casa. Entró por la ventana y sin encontrar salida, recorrió los muros de piedra, de poca altura, hasta terminar en el tejado de madera recubierta de paja, culminando en una explosión que originó fuego en la parte interior del tejado y dejando un intenso olor a ácido sulfhídrico que hacía el aire irrespirable. Manuel se dirigió rápidamente a la pequeña habitación donde la señora McLoughlin descansaba y me ordenó abandonar la casa. Las llamas avanzaban y sentí miedo, pero me negué a salir dejándole a él allí. La puerta de la habitación de la anciana estaba cerrada con cerrojo por dentro, así que gritamos con todas nuestras fuerzas intentando despertarla, aunque nadie contestó a nuestros gritos. Entonces temimos que algo le hubiese pasado, pues era imposible que no hubiese despertado alarmada por el olor a ácido sulfhídrico y por el humo. Nos vimos obligados a derribar la puerta. Lo intentamos ayudándonos de un gran leño que paradójicamente guardábamos para encender el fuego de la chimenea. Empleamos todas nuestras fuerzas, que brotaban de la desesperación. Fue horrible, aquella puerta parecía que no se iba a abrir nunca. Cuando el denso humo y el fuerte olor a ácido sulfhídrico ya comenzaban a asfixiarnos, la puerta comenzó a ceder y entonces Manuel, con toda la fuerza de la que pudo hacer acopio, le propinó una fortísima patada que la hizo caer al suelo, mostrándonos una alarmante estampa. La pobre mujer estaba tendida en el suelo; se había desmayado. Junto a ella un oscuro charco de vómito. No perdimos tiempo, Manuel la cogió en brazos e intentó salir de allí lo más rápidamente posible. Nos apresuramos hacia la salida, pero…

Teresa hizo una pausa, tragó saliva como si decenas de agujas se le clavaran en la garganta y miró hacia el suelo con los ojos al borde de las lágrimas.

—Una enorme viga se desprendió y cayó sobre Manuel. Lancé un grito de terror y caí de rodillas junto a él. Parte de su cuerpo había quedado atrapado bajo las llamas. A su lado, tendida en el suelo, yacía la señora McLoughlin. Manuel me ordenó con voz firme que la sacara de allí. Me convenció de que él lograría liberarse y llegar hasta la salida, de la que apenas le separaban unos metros. Totalmente bloqueada, me limité a hacer lo que me decía y arrastré a la mujer hasta el exterior. Cuando entré de nuevo en la casa… Ya era tarde… Mi marido no había logrado salir de allí, pues tras liberarse de la viga que lo apresaba, la viga maestra había caído sobre su cabeza y su cuerpo era pasto de las llamas. Creí enloquecer al ver aquello. Corrí hasta él e intenté apagar el fuego con aquel viejo chal que él me regaló y que yo siempre llevaba puesto. Pero fue imposible, otros trozos del tejado comenzaron a caer; miré a mi alrededor; las hojas de las ventanas, las sillas de anea pegadas a la pared, la mesa redonda del centro de la estancia, la vieja mecedora de la señora McLoughlin, el enorme barreño que hacía las veces de bañera, el suelo mismo… Todo ardía sin tregua y, aunque yo deseaba rendirme y morir junto a él, de pronto comprendí que debía salvarme por él, porque él nunca me hubiera perdonado de no haberlo hecho así.

Corrí hacia la calle y allí, desde el exterior de la casa, como hipnotizada, en un tremendo estado de *shock*, observé inmóvil cómo las llamas devoraban sin piedad lo que yo más amaba en el mundo.

Cuando los vecinos acudieron ya era demasiado tarde, pues para Manuel todo había acabado. Entre todos intentaron sofocar el fuego, y luego, a la señora McLoughlin y a mí nos llevaron al hospital, donde estuvimos ingresadas unos días. Yo había sufrido graves quemaduras por todo el cuerpo, pero nada comparable al dolor tan intenso que sentía por haber perdido a Manuel. Pensé que tal vez todo aquello fuese una pesadilla de la que me despertaría en cualquier momento, como otras tantas veces había ocurrido, una pesadilla… y que al despertar encontraría a Manuel a mi lado, que me abrazaría fuerte y que todo mi miedo y angustia desaparecerían… Pero nunca más volví a tenerle junto a mí y a partir de entonces todo fue distinto. Fue demasiado duro hacerme a la idea de que él me había dejado para siempre.

Amargas lágrimas corrían por las mejillas de Teresa, que terminó sumiéndose en el más profundo de los llantos.

—El estado de la señora McLoughlin era bastante delicado, pues el fuego había consumido gran parte de la piel de sus extremidades y sus pulmones estaban muy dañados. Pero lo importante es que había salvado la vida y en esos momentos era lo único que me quedaba en el mundo. Cuando supo que Manuel había muerto, lloró amargamente. Nunca antes la había visto llorar. Entonces fue cuando realmente me di cuenta de que Manuel no volvería, de que era inútil imaginar que de un momento a otro él entraría por la puerta de la habitación del hospital para llevarnos a casa.

Nuestra casa y la carpintería habían quedado destrozadas, por lo que cuando nos dieron el alta, la señora McLoughlin y yo nos fuimos a vivir a su antigua casa, que había permanecido cerrada desde que se fuera a vivir con nosotros después de la operación de Manuel, hacía cinco años. Su estado no era el mejor, ya que con las últimas lluvias se había inundado toda la planta baja y por algunas zonas la pared se caía a pedazos, pero al menos era un lugar familiar para nosotras. Además, el poco dinero que teníamos lo necesitábamos para comprar alimentos e ir tirando hasta que yo encontrase un trabajo que no se demoró mucho en llegar.

A las dos semanas comencé a prestar mis servicios como camarera en un hostal muy cerca de la casa; aunque era un trabajo que no estaba demasiado bien pagado, tuve que tomarlo. Además de que necesitábamos el dinero, creí que eso me ayudaría a dejar de pensar tan insistentemente en la muerte de Manuel y en lo que sería mi vida sin él. Pero ni siquiera el trabajo lograba disipar de mi mente todos aquellos pensamientos y aquellos recuerdos. Creí que me volvería loca. No estaba lo suficientemente atenta, los clientes se quejaban de mí constantemente, mis descuidos eran inadmisibles y terminaron despidiéndome después de un mes. Quería pensar que aquella mala racha pasaría y que pronto las cosas empezarían a irme mejor, pero en lo más profundo de mi ser me negaba a escapar de aquella tristeza y cada vez parecía hundirme más. Sin embargo, ocurrió un milagro que pensé que cambiaría mi vida por completo. Encontré un nuevo motivo para seguir viviendo.

Los ojos de Teresa brillaron como estrellas al llegar a aquel punto de la historia. Algo realmente especial debió ocurrir en su vida para que con el solo recuerdo de aquello sus ojos desprendiesen tal brillo. La mente de Ángela intentó adelantarse a lo que la anciana tenía que contar, pero por más que intentara entrever de que podía tratarse, nunca podría haber imaginado lo que estaba a punto de oír.

—En aquellos días comencé a sentirme mal. Tenía náuseas, mareos y me sentía cansada a todas horas. Pensé que tal vez se tratase de algún desarreglo hormonal porque había tenido dos faltas de menstruación y me sentía bastante hinchada. Además, tenía una leve sensación de presión en la pelvis. No quería pensar que algo grave estuviese ocurriendo en mi cuerpo, pero comencé a sentir un poco de miedo y decidí acudir al médico. Hacía unas semanas que el doctor McLaren se había marchado de Galway para ocupar un puesto en el hospital de Limerick, así que visité al recién llegado doctor Smale, un chico joven que, después de contarle cuáles eran mis síntomas y de realizarme algunas pruebas, me aseguró con una gravedad impropia de la noticia que la acompañaba que estaba embarazada.

Ángela abrió los ojos de par en par, presa de un desmedido asombro.

—Me quedé perpleja y le repetí una y otra vez que eso no podía ser, que yo no podía tener hijos. Le informé del diagnóstico del doctor McLaren con respecto a mi esterilidad, pero él insistió en su propio diagnóstico añadiendo que, efectivamente, presentaba una anomalía catalogada como cuello de útero incompetente o insuficiencia cervical, y explicándome que se trataba de una anomalía que consistía en que el cuello uterino comenzaría a dilatarse demasiado pronto en el embarazo. Tras la exploración de mi cérvix había constatado que esta se presentaba débil y con pocas posibilidades de llevar dicho embarazo a buen término, pudiendo dar lugar a un aborto espontáneo en el segundo trimestre, la ruptura prematura de las membranas antes de que empezara el parto o un parto prematuro.

Mi embarazo era de diez semanas exactamente y marchaba bien de momento, pero me aseguró que, desde aquel momento en adelante, era estrictamente necesario que guardase reposo absoluto. No logré articular una sola palabra más. Salí de aquella habitación pellizcándome en la mano para convencerme de que aquello era real. Mi cerebro había volcado toda su atención en el hecho milagroso que me acababan de comunicar, desechando el riesgo de aborto que le acompañaba como si nunca hubiera sido mencionado. Oí una extraña voz en mi interior que me decía que si aquel milagro había tenido lugar era porque el fruto del amor que nos habíamos profesado Manuel y yo con toda seguridad vería la luz.

La señora Macloughlin se alegró inmensamente de la noticia. Siempre había deseado ver nacer y crecer a mis hijos y nunca había conocido el desafortunado diagnóstico del doctor McLaren. La buena mujer me hizo comprender que debía vivir por y para aquella criatura que crecía en mi vientre, en la que parte de Manuel viviría y, siguiendo a rajatabla las instrucciones del doctor Smale, me obligó a meterme en la cama y me prohibió terminantemente salir de ella hasta que hubiese alumbrado a mi bebé.

Los meses de gestación fueron meses muy largos. Pasaba cada minuto del día y de la noche en cama; fueron meses de ilusión, pero también de incertidumbre. Deseaba con todo mi corazón tener al bebé y en aquel momento no quise pensar en nada más. No sabía cómo haría para salir adelante, pero anhelaba tenerlo en mis brazos. La vida me ponía en bandeja una segunda oportunidad, que en lo más profundo de mi ser sabía que nunca volvería a repetirse y que esta vez no quería dejar escapar. Cuando el miedo al aborto espontáneo me atenazaba, yo me armaba de valor visualizando el rostro alegre y sereno de Manuel. Me resistía con todas mis fuerzas a que aquella terrible palabra, aborto, volviera a hacer acto de presencia para atormentarme. Entonces, como si de un mantra tranquilizador se tratara, Manuel me susurraba: «nuestro hijo nacerá». Aquel crío debía ver la luz y sentir el calor de su madre. De otro modo, sería injusto para él. Sería injusto para Manuel, que siempre lo había deseado más que a nada en el mundo. Era mi hijo, el hijo de Manuel, y deseaba con todas mis fuerzas tenerlo en mis brazos.

En cuanto a la buena señora McLoughlin, conté con todo su apoyo durante aquellos meses. Me atendió incondicionalmente en todo lo que necesité. Actuó con prontitud el día que tuve una pequeña hemorragia, en mi quinto mes de embarazo, avisando al doctor sin pérdida alguna de tiempo y me proporcionó con amor de madre todos los cuidados que precisé. Ella se percató en el tercer trimestre de gestación de que había algo, al margen del embarazo en sí, que aquejaba a mi cuerpo. Preocupada por los continuos dolores musculares y jaquecas que venía sufriendo desde el sexto mes, pidió al doctor que me hiciera un reconocimiento adicional para corroborar que todo seguía desarrollándose normalmente. Me sentía sumamente dolorida, especialmente en la zona de los brazos, la cintura, los hombros y el cuello. A veces me sorprendía una sensación de hormigueo en los dedos de las manos y de los pies; sufría una fatiga severa, fuertes dolores de cabeza nada frecuentes anteriormente en mí y tenía problemas para conciliar el sueño, todo ello ligado a dolores abdominales y gastrointestinales. No obstante, el doctor consideró que todos estos síntomas estaban dentro de la normalidad en un cuadro médico como el mío y no creyó necesario realizar ningún tipo de pruebas diagnósticas especiales aparte de las requeridas comúnmente. Le instó a no alarmarse innecesariamente y le aconsejó que me aplicará paños calientes en las zonas doloridas para aliviar la tensión.

La buena señora vivía pendiente de lo que yo pudiera necesitar en cada momento y se olvidó de sí misma para asistirme a mí. De hecho, su rostro fue lo primero que vio mi hija cuando vino al mundo.

—¡Así que fue una niña!...—exclamó Ángela sin poder reprimir una súbita alegría.

—Sí, una niña preciosa. La noche del parto la señora McLoughlin se había ido a la cama antes que de costumbre porque se sentía un poco mareada. Yo me sentía bastante bien, incluso más ligera y más relajada que en días anteriores, por lo que yo misma le obligué a meterse en la cama. Sin embargo, hacia las diez y media de la noche me desperté con leves dolores en la parte baja del vientre, contracciones cuya intensidad se fue incrementando a medida que se sucedían cada vez con mayor frecuencia. De repente, noté como si me hubiese orinado

encima. El camisón quedó empapado de cintura para abajo y las sábanas igualmente húmedas. Había roto aguas. El dolor se hacía insoportable. Era inútil llamar a la señora McLoughlin porque esta dormía como una marmota y su sordera ya era casi total. Salí de la cama y me arrastré como pude hasta la habitación de la anciana, que al despertarse por el frío tacto de mi mano sudorosa y verme sentada en el suelo de madera y sosteniéndome el vientre con la otra mano, salió de la cama lo más rápidamente que le fue posible, se agachó a mi lado, posó su mano sobre mi vientre y, mirándome a los ojos, que yo apretaba con todas mis fuerzas cuando me invadía aquel penetrante dolor, me dijo: «ya está aquí». No había tiempo de avisar al doctor; el bebé estaba a punto de nacer. Me ayudó a tumbarme en su cama y ella misma me atendió. Creo que nunca me fue posible agradecerle lo suficiente todo lo que hizo por mí y por mi hija.

Al nacer, la anciana tomó en sus brazos a mi niña y luego la puso entre los míos. Nunca en la vida volví a llorar como lo hice en aquel momento. Cada poro de mi piel desprendía una alegría desmesurada. Fue la sensación más hermosa de toda mi vida. Aquella niña era tan bonita, tan pequeña, tan frágil… Me sentí la mujer más dichosa del mundo. Sus ojos marrones brillaban en la penumbra de la habitación y su pequeño cuerpo blanco y suave se posó sobre mi pecho, como deseando no dejar nunca de formar parte de mí. El recuerdo de sus ojos mirándome fijamente, ávidos de vida y repletos de amor, reconociéndome sin vacilación, es el regalo más preciado de todos los que haya podido jamás recibir.

Teresa se detuvo en su relato y cerró los ojos, visualizando de nuevo aquella mirada que se le había quedado grabada para siempre en lo más profundo de su ser. Una dulce sonrisa asomó entonces a sus suaves labios.

—Sus ojos milagrosamente abiertos en el mismo momento en que venía al mundo anticipaban su deseo y curiosidad vitales.

Hizo de nuevo una pausa, pero esta vez posó su mirada alegre en los ojos de Ángela. Sendas sonrisas se dibujaron en los labios de ambas.

—Ya al amanecer, madre e hija descansamos. La amaba tanto… En aquellos nueve meses había aprendido a quererla más que a nada y supe que aquella nueva vida bien valía el sacrificio que fuera necesario por mi parte.

CAPÍTULO VII

De regreso a casa, Ángela pensaba en todo lo que había vivido durante el día. Se daba cuenta de cómo aquella anciana estaba llegándole al corazón de un modo extraordinario. Su historia y todo lo que parecía ocultar detrás de su mirada había despertado en ella una gran inquietud. Desde el momento en que la vio por primera vez supo que había algo diferente en aquella mujer que inspiraba cada día en Ángela mayor curiosidad e interés. Había algo que Ángela no podía explicar. Cuando se sentaba junto a ella y miraba en sus ojos, experimentaba una sensación muy extraña en lo más profundo de su ser. Sus ojos escondían algo detrás de aquella mirada huidiza que parecía acusarla de los errores del pasado. Sin saberlo, Ángela estaba ayudándole a mitigar el sentimiento de culpabilidad y angustia que le había acompañado gran parte de su vida.

Después de saber que Teresa había tenido una hija, Ángela se hizo una y otra vez las mismas preguntas: ¿dónde estaba aquella hija?, ¿por qué Teresa nunca antes le había hablado de ella?, ¿quizás había muerto y recordar su muerte le causaba demasiado dolor?, y de no ser así, ¿cómo había sido capaz de abandonar a su madre de tal forma? Eran preguntas para las cuales no tenía respuestas, pero estaba dispuesta a encontrarlas.

Pasaron varios días hasta que supo la verdad, pues se había mostrado reacia a hacer preguntas que a Teresa le pudieran hacer sentir incómoda por ser capaces de abrir viejas heridas. Quizás su hija por algún motivo no quería saber nada de ella, quizás tuvieron diferencias que las separaron para siempre o tal vez simplemente había dejado este mundo. Pero la verdad era muy diferente y sobre todo dolorosa; una verdad que ni siquiera habría llegado a imaginarse. Teresa había dado a su hija en adopción.

Cierto día, mientras regaba las flores del jardín que hacía las delicias de los

internos del centro, Ángela oyó sin querer otra de las conversaciones que mantenían Teresa y Julia, que había ingresado en el geriátrico porque se encontraba algo delicada de salud y decía que no quería ser una carga para sus hijos. Quería tener su propia vida y dejar a sus hijos vivir la suya. Sin embargo, eran numerosas las visitas de éstos a su madre, que los recibía siempre con la mayor alegría. Julia no podía evitar hablar de ellos a todas horas porque se sentía muy orgullosa de ser su madre. Teresa siempre la escuchaba con la mayor atención y le hacía mil preguntas que Julia se apresuraba a responder. Aquel día, Ángela oyó cómo Teresa le aseguraba a su compañera que ella también estaba muy orgullosa de su hija. Julia pareció sorprendida ante esa confidencia porque la anciana siempre pensó que Teresa no tenía hijos. Esa afirmación también despertó curiosidad en Ángela, que se preguntó cómo era posible que Teresa se sintiese orgullosa de alguien que en el tiempo transcurrido desde que ingresara en el centro no había dado señales de vida; no había ido a visitarla una sola vez y ni siquiera había hecho una llamada de teléfono para preguntar por su madre. Las dos mujeres continuaron hablando durante un rato, pero Ángela no pudo oír el resto de la conversación porque justo en el momento en que Teresa le estaba diciendo a Julia que su hija era una de las dos mejores cosas que le habían pasado en la vida, una de las enfermeras fue a buscar a Ángela para comunicarle que tenía una llamada de teléfono que debía atender urgentemente. Sin embargo, no dudó en aprovechar la primera ocasión que se le presentó para sacar de nuevo aquel tema. Sentía mucha curiosidad y quería saber qué había sido de aquella hija de la que Teresa parecía sentirse tan orgullosa.

Ángela entró en la habitación de Teresa, donde el sonido del televisor rompía el habitual silencio que reinaba en la estancia. La encontró sola. Se asemejaba a una pelota deshinchada abandonada en mitad de un patio de recreo. Miraba la televisión, pero no parecía demasiado entusiasmada. Ángela se acercó hasta ella, le tomó la mano con delicadeza, como si de un frágil recipiente se tratase, y le puso sobre la palma una diminuta pastilla de color rosa pálido que destacaba entre el blanco de su piel arrugada. Aquella pastilla había formado parte de su vida durante más de cuarenta años. Observó cómo se bebía el agua del vaso y mientras tanto se sentó en la silla junto a la cama. La anciana le entregó el vaso vacío y después apagó el televisor. La enfermera tomó el vaso y al depositarlo sobre la mesilla, se quedó mirándolo fijamente como con la mente distraída en otra cosa.

—¿Pasa algo, querida?—preguntó Teresa—. Te veo muy pensativa.

—Teresa—empezó Ángela—, he estado dándole vueltas en la cabeza a algo. El otro día oí por casualidad una conversación entre Julia y usted y desde entonces no he podido dejar de pensar en ello. Oí cómo usted le decía que estaba orgullosa de su hija...

Teresa desvió la mirada, como si de pronto se sintiera incómoda.

—¿Dónde está? ¿Por qué no viene a visitarla?

—Es una larga historia que no creo que quieras oír porque es demasiado triste.

—Por favor, quiero escucharla desde el principio—le rogó Ángela.

Era la hora del té para Teresa y Ángela se había acostumbrado a tomarlo con ella.

—Mi pequeña Mary era la niña más bonita que puedas imaginar. Mientras la observaba dormida con su pequeño cuerpecito sobre mi pecho, supe que nunca más volvería a tener hijos y decidí que aquella niña viviría una vida digna en este mundo. Recordé lo difícil que siempre fue para mí crecer sin la presencia de mi madre y sentí lástima de mí misma por haber sido tan infeliz. Manuel había muerto, pero allí estaba yo para darle todo el amor del mundo.

Los días siguientes al parto fueron días felices, muy felices, a pesar de sentirme débil y de tener que ser asistida en todo momento por la señora McLoughlin, que fue mis pies y mis manos. Ella se encargaba de cuidarnos a las dos. Se ocupaba de mi niña y me preparaba paños calientes para mitigar el dolor de mis músculos y mis huesos, inmóviles durante tanto tiempo. Y como los dolores musculares, el hormigueo en los dedos de pies y manos, las continuas jaquecas, la fatiga y el insomnio, en lugar de remitir habían empeorado después de dar a luz, esta vez la señora McLoughlin se plantó en la consulta del doctor Smale y le dijo que no se marcharía hasta que se comprometiese a hacerme un examen médico completo para dar con la causa de tal malestar. Al joven doctor no le quedó más remedio que realizarme ese examen y fue entonces cuando me fue diagnosticada la fibromialgia de la que vengo siendo tratada desde entonces, una enfermedad de la que no se conocía demasiado en aquel entonces. El doctor me explicó que se trataba de una enfermedad degenerativa, caracterizada por dolores musculares generalizados, que me llevaría a padecer dolor crónico en músculos, tendones y ligamentos, adueñándose poco a poco de cada uno de ellos. El dolor sería más intenso cuando estuviera más avanzada. Yo todavía no presentaba una fase muy avanzada de la que se convertiría en mi compañera de por vida, aquella extraña enfermedad de la que nunca antes había oído hablar. Con lo que me sería casi imposible lidiar fue con los problemas de ansiedad y depresión que en frecuentes periodos de mi vida la fibromialgia desencadenaba y que me llevaron a tomar decisiones totalmente erróneas.

Teresa hizo una breve pausa y bajó la vista al suelo, como compadeciéndose de sí misma.

—Fue a raíz de la muerte de la señora McLoughlin cuando empecé a ver la situación tal y como era.

—¿Cuándo murió la señora McLoughlin?

—Pocas semanas después del parto. Todo fue muy repentino. Una noche extremadamente fría la mujer subió a la planta superior de la casa buscando una manta para la pequeña; al volver a bajar se resbaló en la escalera, que estaba mojada debido a una de las goteras del techo, con tan mala suerte que bajó rodando todos los peldaños, dándose un fuerte golpe en la cabeza que le ocasionó la muerte instantánea. Alarmada por el fuerte estrépito, corrí hacia la escalera con mi niña en brazos y horrorizada encontré a la señora McLouhglin tendida al pie de esta con una herida tremenda en la cabeza y sin vida.

A partir de aquel suceso todo cambió porque al quedarme completamente sola con mi pequeña tuve demasiado tiempo para pensar y me planteé cosas que antes

no había considerado. Me llené de miedo al encontrarme sola con aquella niña tan pequeña en los brazos; me sentía sumamente débil a nivel físico y anímico y temía que la fibromialgia fuese poco a poco consumiendo mis escasas fuerzas.

Lo único que en aquellos momentos poseía era la vieja casa que nos daba cobijo, que a duras penas se mantenía en pie. Durante el tiempo transcurrido desde que dejé mi trabajo en el hostal habíamos estado viviendo del dinero que conseguimos con la venta de un pequeño terreno que la buena mujer poseía en el sur, concretamente en Killarney, pero al ver que aquel dinero estaba tocando a su fin comencé a buscar trabajo para mantener a mi hija. Al poco tiempo comencé a trabajar como dependienta en una pequeña tienda de comestibles, cerca del Puente del Mendigo. Sin embargo, mi sueldo no llegaba para alimentarnos y para comprar las cosas más básicas. Me era imposible trabajar y cuidar de mi pequeña al mismo tiempo. La llevaba conmigo al trabajo, pero el dueño de la tienda, un anciano bastante huraño y nada amigo de los niños, amenazó con despedirme si no dejaba a Mary en casa. Me vi obligada a faltar varios días al trabajo porque mi hija enfermó con una fiebre escandalosamente alta, provocada por una grave infección pulmonar de la que yo no tendría constancia hasta algunos días después. No podía contar con nadie que la cuidase mientras tanto y me quedaba en casa con ella. Entonces fui despedida. La situación empeoró cuando Mary comenzó a sufrir vómitos continuos que precisaron de su ingreso en el hospital, donde permaneció casi tres semanas. La infección pulmonar era muy severa y los vómitos la pusieron al borde de la muerte por deshidratación. Me culpé por no haber sabido reaccionar con la suficiente prontitud ante tal adversidad, sintiéndome totalmente inútil. Sentí mucho miedo a perder a mi niña y mucha impotencia ante la idea de que su vida pudiese estar a punto de finalizar cuando apenas había empezado. Me vi totalmente sobrepasada por las circunstancias.

Fueron unos días muy duros y todo aquello me hizo plantearme qué era lo que yo realmente podía ofrecerle a aquella criatura. No tardé en hallar la respuesta: no podía ofrecerle absolutamente nada. La amaba con todo mi corazón, pero no tenía nada que ofrecerle. Desde el estado depresivo en el que me estaba adentrando, me decía a mí misma que si crecía a mi lado estaría condenada a sufrir conmigo, a sufrir pobreza, a vivir de cerca mi enfermedad. No me importaba pasar hambre yo misma con tal de alimentar a mi hija, pero yo quería algo mejor para ella. Yo no podía ofrecerle las cosas más básicas. No podía ofrecerle una familia, una vivienda apropiada, la atención y cuidados necesarios, una educación adecuada… El intenso deseo que afloraba en mí, anhelando darle lo que yo no poseía, me llenaba de una creciente ansiedad. Quería para ella la infancia que yo no tuve, una vida que yo no iba a poder procurarle. Era una responsabilidad demasiado grande y no me sentía capaz de seguir adelante. Pensé que no era el momento de ser egoísta y tomé la decisión más difícil de mi vida: dar a mi hija en adopción.

En la habitación se hizo un silencio sepulcral. Teresa cerró los párpados fuertemente y tragó saliva apretando los labios, como si el paso de esta por su garganta le quemara por dentro. Ángela la observaba con los ojos empañados por las lágrimas.

—Me costó mucho tomar aquella decisión, pero una vez tomada no hubo vuelta atrás. Sabía que era lo correcto y, aunque fue muy doloroso para mí, me compensa en parte saber que mi hija ha disfrutado de una vida como la que yo soñé darle…

—¿Cómo puede saberlo? ¿Volvió a verla después de darla en adopción?— quiso saber Ángela.

Teresa titubeó, como si nunca se hubiera esperado aquella pregunta y no supiese la respuesta.

—Bueno… no… no volví a verla, pero me aseguré de que la dejaba en buenas manos. Era el mejor orfanato del condado y allí me aseguraron que buscarían el mejor hogar para mi hija. No me quedaba más alternativa que confiar en ellos. Renuncié a todos mis derechos como madre, pero no al amor que sentía por ella y que ha sido lo que me ha dado fuerzas para levantarme cada día y salir al mundo. Saber que hice lo que debía, porque era lo mejor para ella, haber sido capaz de vencer mi egoísmo, es lo que me ha alentado día tras día. Me aseguraron que cuando encontraran una buena familia para mi hija me lo harían saber, y que, si los padres adoptivos accedían, incluso podría seguir su evolución de cerca, aunque nunca le desvelaran mi verdadera identidad. Eso me consoló en aquellos momentos y ni tan siquiera quise pensar en la posibilidad de que no fuera así.

—Fue usted muy valiente, Teresa.

—Nunca antes imaginé que existiera tal fuerza dentro de mí, pero mis sentimientos de madre estaban por encima de todo lo demás, por encima de mí misma. Por una vez en la vida sabía lo que debía hacer, estaba segura de que era lo mejor. Lo vi claro y no quise pensar más por temor a hacer tambalear esa seguridad y poner en juego el bienestar de mi niña. Así, una fría mañana del mes de enero encaminé mis pasos al orfanato de Galway, en Abbeygate Street, dispuesta a dejar allí a mi pequeña Mary. La nieve cubría toda la calle, ya que había estado nevando durante toda la noche, y, tras una breve pausa, había comenzado a nevar de nuevo por la mañana. El frío calaba los huesos. Apreté fuerte a mi hija contra mi pecho, envuelta en la pequeña manta que la señora McLoughlin había tejido para ella poco antes de nacer, una bonita manta de lana de diversos colores, con sus iniciales bordadas en hilo rosa. Siempre intuyó que sería una niña y dijo que se llamaría Mary, por eso grabó en la manta las iniciales M.G., Mary Graíño. Era su regalo para ella.

Teresa se emocionó profundamente al recordar aquel día tan doloroso. Todos los detalles estaban tan nítidos en su recuerdo que parecía como si todo aquello acabase de vivirlo.

—Cuando llegué a la puerta del orfanato, me detuve y permanecí inmóvil unos minutos en el escalón de mármol gris cubierto de nieve, observando con detenimiento a mi hija. Mi mirada se detuvo en la esquina de la manta que reposaba sobre los pequeños pies de mi pequeña. Vino a mi mente la imagen del día en el que me acerqué demasiado a la chimenea con la niña en brazos y aquella esquina se prendió fuego. Recordé como la apagué rápidamente con mis propias manos. Pero el frío de la mañana me hizo escapar de mis cavilaciones y

por fin me decidí a llamar a la puerta. Nadie contestó allí dentro y entonces me alegré, porque en el fondo de mi ser no quería dar a mi niña por nada del mundo. Pensé que sería mejor volver otro día y sé que si hubiera regresado a casa con mi hija, nunca más habría vuelto a aquel lugar.

Estaba a punto de darme la vuelta y marcharme cuando de pronto oí unos pasos lentos y pesados que procedían del interior y se aproximaban hasta donde yo me encontraba. Los pasos se detuvieron detrás de la puerta y esta se abrió. Apareció una mujer de unos setenta años, de muy baja estatura y extremadamente delgada, que en el umbral de la enorme puerta de madera oscura se asemejaba a un muñeco. Era la directora del orfanato, la señora Mayer, como ella misma se presentó. Me invitó a entrar amablemente y yo la seguí hasta una pequeña habitación que hacía las veces de despacho. Se apreciaba a simple vista que el orden no era el punto fuerte de aquella mujer. Había cientos de papeles esparcidos por toda la mesa y algunos más en el suelo. Se disculpó por el desorden y procedió a buscar sus gafas debajo de todos aquellos papeles. Solo se oía el ruido de éstos siendo revueltos por las manos nerviosas de aquella mujer, que buscaba desesperadamente unas gafas que llevaba prendidas de un cordón rosado que le colgaba del cuello. Pareció avergonzada al descubrir dónde habían estado las gafas desde que comenzara su afanosa búsqueda, e intentando disimular su despiste se sentó en un gran sillón de cuero negro detrás de la enorme mesa y me invitó a tomar asiento. Su cuerpo se presentaba diminuto sentado en aquel colosal sillón que parecía estar dispuesto a engullirla de un momento a otro. Me observó detenidamente detrás de sus minúsculas gafas y detuvo la mirada en la niña que llevaba en mis brazos. Adivinando mis intenciones me preguntó por qué quería dejar allí a mi hija. Un gran nudo en la garganta me impedía hablar, miré a mi pequeña y solo pude echarme a llorar. La mujer continuó observándome en silencio hasta que fui capaz de tranquilizarme y explicarle cuáles eran mis circunstancias. No quería separarme de mi pequeña e intentaba convencerme a mí misma diciéndome para mis adentros que siempre me quedaba la opción de volver a buscarla si algún día me encontraba en condiciones de ofrecerle lo que entonces me era imposible. Asaltada por esos pensamientos, me di cuenta de que en el fondo no deseaba que otra familia la tomara en adopción.

Pero aquella pequeña mujer consiguió magistralmente disipar las dudas que me confundían. Me aseguró que solo estaba haciendo lo correcto y que algún día me agradecería a mí misma el haber tomado tal determinación. Logró silenciar la voz de mi conciencia al tiempo que me alentaba en mi dura decisión, que determinaría no solo la vida de mi hija, sino la mía propia. Lo triste es que yo era demasiado consciente de que el comienzo de una vida más apropiada para mi hija, separada de mí, significaría renunciar a una parte esencial de la existencia de la que ya nunca más me podría nutrir, dejando morir así parte de mi ser. Aquel beso de despedida fue el último que di a mi hija, y después, envuelta en la suave manta de lana de colores, la entregué a aquella mujer, dejando allí mi corazón.

Al día siguiente me sentí tan vacía que estuve a punto de ir a recoger a mi

pequeña. Poco después, las cosas cambiaron sin yo preverlo y las circunstancias me obligaron a alejarme de ella para siempre. Un día recibí una carta de España. Era muy breve, apenas cuatro o cinco líneas escritas por mi padre.

Ángela no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—No podía creerlo. No había sabido nada de él desde que me echó de su casa y siempre quise creer que nunca más volvería a verlo. No quería remover el pasado y, sin embargo, ahora ese pasado llamaba a mi puerta. En aquella carta me decía que se estaba muriendo y que necesitaba verme para pedirme perdón antes de cerrar los ojos para siempre. No sabía qué pensar. En un principio creí que podría tratarse de una broma de mal gusto, pero pude reconocer la letra de mi padre, que desesperado me pedía que acudiese a su lado en los que sabía que eran los últimos momentos de su vida.

Teresa guardó silencio un instante y abrió el cajón de la mesilla que había junto a su cama. De él sacó un papel muy viejo, doblado por la mitad y amarillento por el paso del tiempo. Lo abrió y se lo dio a Ángela. En él se podía leer con letra borrosa:

Querida hija:

Nunca me he perdonado el daño que te causé. Ese es mi dolor más grande en estos momentos, en mi lecho de muerte. Para nada quiero el poco aliento que me queda sino para que mis ojos puedan verte otra vez y para poder oír de tus labios palabras de perdón antes de mi muerte.

Tu padre

Ángela no salía de su asombro. Las palabras escritas en aquel trozo de papel parecían estar llenas de arrepentimiento y sobre todo parecían sinceras.

—No podía imaginar cómo me había encontrado y nunca logré averiguarlo. No hubo tiempo para eso. Llena de rabia pensé que aquel hombre no se merecía nada de mí, nada en absoluto. Fue su desprecio lo que me hizo tan desgraciada y en aquel momento yo tenía en mis manos la oportunidad de pagarle con la misma moneda. Pero entonces empecé a preguntarme si podría vivir el resto de mi vida con aquel peso, con el remordimiento de haber hecho oídos sordos a la última voluntad del que, me gustase o no, era mi padre. No quería enfrentarme a él de nuevo, aunque ya no le tenía miedo. Pensé que era indiferencia lo único que mi corazón guardaba para él, pero pude descubrir que esa compasión que de niña sentí hacia su persona por creerle un ser increíblemente desdichado, aún yacía intacta en el fondo de mi alma. Así que, al día siguiente y sin más equipaje que un bolso en el que llevaba tres o cuatro prendas de ropa, me marché a España. Nunca me arrepentí de hacer aquel viaje porque el reencuentro con mi padre, un padre que nunca había sentido como tal, me brindó la oportunidad de conocerle de verdad por primera vez en mi vida. Por eso nunca me pesó, pero, por otro lado, aquel viaje precipitado supuso perder para siempre a mi hija.

—No comprendo—interrumpió Ángela—. ¿No volvió usted nunca más a Irlanda?

—Sí, sí que volví, pero ya todo fue diferente. Pasé algún tiempo en Granada con mi padre, que en verdad me necesitaba. Sufría un cáncer de colon y se

encontraba en fase terminal. Estaba asustado, pero sobre todo angustiado porque no podía soportar la idea de morir sin haber recibido mi perdón. Lo encontré solo, postrado en una cama y rodeado de medicamentos que poco le aliviaban el intenso dolor que le estaba matando. Me dio mucha pena, pero fui incapaz de abrazarle al verle por primera vez después de aquellos veintisiete años sin saber nada de él. Permanecí inmóvil junto a su cama, de pie, mirándole con los ojos llenos de lágrimas. Aquel hombre era mi padre y, sin embargo, era incapaz de sentirlo como tal. Habían sido demasiados años y mi corazón estaba demasiado dolido. No le pregunté cómo me había encontrado, aunque supongo que aquel hombre que le acompañaba tuvo algo que ver. No hice una sola pregunta, solo quería oír lo que tenía que decirme y después salir corriendo de allí para no volver más. Pero me mantuve fuerte y supe escucharlo. Me tomó la mano y me pidió que le perdonase todo el sufrimiento que me había ocasionado. Cerré fuerte los ojos e intenté contener todos los reproches que luchaban por salir de mi garganta. Luego le miré a los ojos y pude ver en ellos algo que nunca antes había visto. Por primera vez vislumbraba un destello de amor hacia mí en los ojos de mi padre.

Me pedía demasiado; no me había dado nada y sin embargo ahora esperaba mucho a cambio. Mi perdón significaba demasiado. Me pedía que olvidase una infancia llena de soledad y tristeza y veintisiete años sabiéndome repudiada por él, lejos de mi hogar por una culpa que no era mía. Y, sin embargo, lo vi tan desvalido postrado en aquella cama, tan pálido y delgado, tan envejecido y demacrado, mirándome tan intensamente con sus ojos hundidos y rebosantes de lágrimas, unos ojos que pedían a gritos compasión, que cuando fui capaz de esbozar unas palabras estas fueron palabras de perdón. Nunca imaginé que aquel momento llegaría, pero en aquella situación pude comprobar que en mí existía algo más que pura indiferencia hacia mi padre; si era capaz de sentir lástima y de perdonarle, era porque aún le quería. Incluso llegué a tener esperanza de empezar una vida a su lado. Me engañé a mí misma pensando que podría mejorar, pues después de dos meses mi padre murió.

Poco le conté acerca de mi vida; solo le hablé de los tiempos felices, que se limitaban a mi matrimonio con Manuel. No le conté que había sido abuelo, pues temía volver a vislumbrar algún resquicio de aquella antigua mirada acusadora. Me limité a permanecer a su lado, cuidando de él, ayudándole a morir en paz. Nunca había vuelto a casarse, así que fui yo la única persona que tuvo a su lado, además de aquel señor anciano que decía ser un buen amigo, aunque en realidad no era más que su abogado. Este hombre había redactado el testamento de mi padre, estaba en su poder, y fue él quien me hizo saber que era yo su única heredera, heredera de aquella casa inmensa, unas fértiles tierras en la vega del Genil, y una buena cantidad de dinero. Pero no eran sus propiedades y su dinero lo que yo quería, le necesitaba a él. Todo su dinero, su casa y sus tierras eran mías, aunque nada de eso tenía ya valor para mí porque todo había llegado demasiado tarde.

Estuve al borde de renunciar a todas aquellas posesiones, con las que mi padre había intentado mitigar su culpa, pero de pronto el recuerdo de mi hija, que

había estado presente encarecidamente en cada parte de mi mente y de mi alma desde que me apartase de ella, se hizo más intenso que nunca y una loca ilusión irrumpió como un relámpago en mi mente. Una nueva esperanza se abrió ante mí al pensar que quizás entonces me fuese posible recuperar a mi niña, pues el testamento de mi padre me concedía la estupenda oportunidad de ofrecerle a mi hija el comienzo de una vida digna. Sin dilación, decidí que iría en su busca y volvería trayéndola conmigo a España, donde podríamos empezar juntas una nueva vida.

Tras el entierro de mi padre emprendí el viaje pensando que después de tanto sufrimiento por fin había llegado mi hora de ser feliz. Pocas cosas habían cambiado en Galway, pero a mí solo me interesaba una: que todo en el orfanato siguiera igual. Esperaba no encontrarme obstáculo alguno que me impidiese sacar a mi hija de allí y llevarla a vivir conmigo, con su madre. Sin embargo, supongo que eso era pedir demasiado.

Al encontrarme de nuevo frente a la inmensa puerta de madera oscura del hospicio tuve un mal presentimiento. La angustia me embargó y me apresuré a tocar el timbre. Algo dentro de mí me decía que las cosas no saldrían como yo deseaba. Una mujer de mediana edad, alta, delgada y con una impresionante melena rubia abrió la puerta. Cuando le pregunté por la directora, me respondió que la señora Mayer había dejado su puesto de trabajo en el orfanato hacía unas semanas debido a un incipiente deterioro en sus capacidades cognitivas, puesto de manifiesto en sus frecuentes pérdidas de memoria, graves en muchas ocasiones, así como en una considerable incapacidad de reacción y razonamiento, tan necesarios para abordar el trabajo al frente del centro.

Ella, Alisa Pearse, era la nueva directora. Me condujo hasta su despacho, una habitación luminosa y muy bien ordenada que nada tenía que ver con aquella oficina llena de papeles revueltos y sombría en la que dos meses antes había entrado con mi hija en brazos. Abordé de manera directa el asunto que me había llevado hasta allí. La mujer escuchaba atentamente mi historia sin conmoverse lo más mínimo y cuando terminé de hablar se levantó despacio, se dirigió a un gran armario lleno de archivos e inspeccionó con minuciosidad y detenimiento cada uno de los archivadores en los que se encontraban las fichas de todos los antiguos y actuales internos del centro, sin lograr encontrar la que pertenecía a Mary. Por más que buscó entre las numerosas carpetas y archivos no le fue posible hallar ningún papel en el que apareciese el nombre de mi hija. Y si dicho documento no se hallaba allí, eso quería decir que Mary tampoco. Después de la infructífera búsqueda, el rostro frío de la señorita Pearse adoptó el gesto inconfundible del que intenta disculparse y lavarse las manos ante algo que no considera de su competencia y mucho menos su responsabilidad. La realidad era que no había ni rastro de Mary, que parecía haber desaparecido de un plumazo, y que aquella mujer se estaba afanando por echarme del despacho sin una respuesta que aliviase mi angustia contenida. Ya en el umbral de la puerta, la señorita Pearse me comentó la posibilidad remota de que tal vez la señora Mayer pudiese ayudarme en el intento de localizar a mi hija. Me dio la dirección en la que podría encontrarla y sin perder un solo segundo encaminé mis pasos hacia allí.

Llegué a una casa enorme a las afueras de Galway. Era una casa preciosa, con un jardín lleno de narcisos y otras flores hermosas que mantenían ocupada a la señora Mayer en el momento de mi llegada. Al oír mis pasos se giró y se quedó mirándome como si nunca antes me hubiese visto. Le hablé del día en que dejé a Mary en el orfanato y de nuestra conversación aquel día, pero todo se había esfumado de su mente. Me invitó a pasar al interior de la casa. Me condujo hasta el salón, donde nos sentamos, y se dispuso a escucharme. Hablé durante unos minutos con la esperanza de hacerle recordar, si no a mí por lo menos a mi hija, pues quería saber lo que había sido de ella. La mujer me escuchaba con gesto amable, como si mis labios narrasen un cuento de hadas. De pronto, la señora Mayer detuvo su mirada fijamente en mis ojos, los cuales había esquivado desde que nos encontrásemos cara a cara de nuevo. Entonces guardé silencio, intentando averiguar el porqué de aquella mirada tan intensa. No sé lo que vio en mis ojos, creo que solo pudo ver desesperación, pero fuera lo que fuera, le hizo recordar la carita de mi niña, sus lindos ojos marrones, sus mejillas sonrosadas… y a las personas a las cuales les fue dada en adopción, un matrimonio español del que solo recordaba que planeaban volver a España en aquel tiempo después de haber pasado varios años trabajando en Clifden, muy cerca de Galway. No recordaba sus rostros, ni sus nombres, nada más aparte de aquella escasa información que parecía haberle sido revelada al azar.

Salí de allí con la esperanza de que quizá conseguiría recordar algo más en días posteriores, pero eso nunca llegó a suceder porque todos los pormenores que giraban en torno a la adopción de Mary sencillamente se habían esfumado de su memoria. Yo estaba dispuesta a esperar hasta tener una pista más fiable que poder seguir para encontrar a mi hija. Dadas las nuevas circunstancias, sabía que si alguna vez llegaba a encontrarla sería difícil, probablemente imposible, llevarla de nuevo conmigo, pero en mi desesperación pensé que me conformaría con estar cerca de ella y poder verla crecer.

A medida que los días iban pasando y todo seguía igual, un nuevo miedo se cernió sobre mí; fui abriendo los ojos y desengañándome. Mi paciencia había tocado fondo. Me engañaba a mí misma diciéndome que de un momento a otro la señora Mayer recordaría algo más, algo que realmente me pudiera ser de ayuda en la búsqueda de aquella pareja de españoles. Al cabo de un mes, durante el cual visité a diario a la antigua directora del orfanato, decidí no esperar más. Devorada por la impaciencia, me aseguré de que estaba perdiendo el tiempo y por eso me propuse volver a España, donde me dedicaría en cuerpo y alma a buscar a mi hija. Le dejé la dirección de la casa de mi padre como lugar al que poder remitirme una carta en el improbable caso de que lograra traer a su memoria algún otro detalle referido a la adopción de Mary y decidí que mi tiempo en Irlanda, aquel país que tantas cosas me había dado y que tantas otras me había arrebatado, había concluido. A mis casi treinta y ocho años pensé que era hora de regresar definitivamente al lugar de donde procedía.

CAPÍTULO VIII

Llegado el momento, Ángela había renunciado a sus vacaciones y lo había hecho porque necesitaba compartir su tiempo con Teresa. Sentía que realmente merecía la pena, pues nunca antes se había sentido tan útil en el geriátrico. A pesar de la desazón que le causaba la deteriorada salud de Teresa, Ángela era consciente de que la anciana había experimentado una asombrosa mejoría en su estado de ánimo, que era envidiable. Era difícil reconocer en ella a la anciana silenciosa y triste que había llegado a la residencia en aquella tarde de invierno. Sus ojos se habían llenado de alegría y nadie se explicaba tal cambio. Tan solo Ángela se aventuraba a adivinar el motivo, pues sabía que era una mujer que había sufrido demasiado en la vida, habiendo tenido durante muchos años como única compañera a la soledad, la angustia y la incertidumbre, y ahora estaba despertando a nuevas sensaciones. Ángela podía ver incluso ilusión en sus ojos. Era ella la única a la que, por alguna razón, Teresa estaba haciendo partícipe de su vida, de su experiencia, y Ángela sabía que no podía fallarle, que no podía traicionar esa confianza que la anciana estaba depositando en su persona. Además, necesitaba saber qué había sido de su hija.

Era curioso que, a su vez, toda aquella historia estuviera empujando a Ángela a remover su propio pasado. Cuanto mejor conocía a Teresa más deseaba que su madre biológica hubiera sido como ella. La mujer que la dio a luz la abandonó medio desnuda en plena calle con solo unas horas de vida. Al poco tiempo fue adoptada por los que para ella se convirtieron en sus únicos y verdaderos padres, Carmen y Osvaldo. En Teresa veía cualidades que admiraba. En ella veía a una mujer que, sintiéndose madre ante todo, había renunciado a lo que más amaba creyendo que eso era lo que debía hacer dadas sus circunstancias y que, sin embargo, dándose cuenta de que había actuado erróneamente presa de su miedo

y ansiedad y vislumbrando una segunda oportunidad frente a ella, se había agarrado a esta con todas sus fuerzas aun corriendo el riesgo de salir más lastimada. Estaba descubriendo en ella a una mujer de una fortaleza excepcional, una mujer que se estaba ganando un lugar en su corazón.

—Pensé que en España todo sería distinto. Estaba dispuesta a remover cielo y tierra para encontrar a mi hija; estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, aunque ello conllevase mi propia infelicidad. Día y noche soñaba con mi pequeña, deseando abrazarla, estar cerca de ella y verla crecer. No podía soportar la idea de no volver a verla nunca más, aunque si llegaba hasta ella estaba dispuesta a mantenerme en un segundo plano. No me entrometería en su vida; era demasiado consciente de que tenía una nueva familia, de la que yo no formaba parte. No puedes imaginar el sentimiento de frustración que he arrastrado durante toda mi vida. Me sentía fracasada como madre y fracasada como mujer.

Los errores que había cometido en el pasado me perseguían. Me era imposible olvidarme de ellos y empezar de cero. Me fui a vivir a Granada a la casa de mi padre. Esta continuaba siendo la misma casa enorme, oscura y fría que me había visto nacer y que me vio marchar. Después de la reconciliación con mi padre, antes de su muerte, pensé que podría llegar a convertir aquella casa en mi verdadero hogar, dejando de lado las cosas vividas allí, pero sentía como si sus paredes me culparan sin descanso, como si el antiguo espíritu acusador de mi padre aún viviese allí. Lo imaginaba una y otra vez acusándome de la muerte de mi madre, e imaginaba a mi madre llorando y compadeciéndome a la vez por haber pecado de tal cobardía, abortando aquel hijo al que nunca di la oportunidad de vivir. Mi madre había dado su vida por mí, mientras que yo me había dejado vencer por el miedo, arruinando con ello mi vida y privando a mi hijo de la suya. Por eso incluso hubo un momento en el que pensé que debía resignarme a vivir sin saber nada de Mary. Creí justo pagar ese precio por el error cometido. Tal vez así lograría sentirme en paz conmigo misma. Sin embargo, no fui capaz de imponerme tan dura penitencia y pasé dos años intentando averiguar algo, por insignificante que fuese, que me llevase hasta el paradero de mi hija.

Viajé por diversos lugares de toda España intentando dar con algún dato, pero era imposible sin una sola pista que seguir. Contraté el servicio de varios investigadores privados y recurrí a los ayuntamientos de las localidades que visitaba, pero no me fueron de gran ayuda. No conseguí nada. No conocía nada de aquel matrimonio, excepto que había mucha probabilidad de que se encontrase en España. Sentía como si estuviese buscando un grano de arena específico en el desierto. Al final me rendí, abandoné mi búsqueda e incluso consideré la posibilidad de volver a Irlanda, de donde me arrepentía de haber vuelto. Quizás era allí donde debía vivir el resto de mi vida, lejos de España, un país en el que no me sentía más que una extraña. Sin embargo, me faltaba el valor necesario para marcharme y detener para siempre la búsqueda de mi hija. Mi obsesión llego a tal punto que rozó la locura. Creía ver a Mary en cada pequeña de su edad e incluso llegué a tener problemas con la justicia.

Teresa se detuvo un instante para beber un poco de agua. Ángela la observaba

con incredulidad.

—Un día, caminando sin rumbo fijo por las calles de Granada, me encontré a una pequeña de poco más de dos años de edad que estaba perdida y la llevé a mi casa en lugar de dar parte a la policía o intentar ponerme en contacto con sus padres, que la buscaron desesperadamente durante una semana. Cuando fui descubierta con la niña en mi poder me ingresaron en prisión, donde pasé varios días hasta ser juzgada. Mi abogado alegó que había actuado de esa forma debido a un desequilibrio mental severo ocasionado por la traumática pérdida de mi propia hija, que se manifestaba en episodios psicóticos como el que había desembocado en aquel deplorable suceso y destacó el hecho de que la niña no había sufrido daño alguno. Inesperadamente, los padres de la pequeña finalmente se compadecieron de mí y el juez me dejó en libertad vigilada obligándome a ponerme en manos de un psiquiatra que me ayudara a superar mi problema.

Además de mi fijación por encontrar a Mary, el recuerdo de aquel primer hijo que nunca llegó a nacer se convirtió en una pesadilla para mí. No podía soportar la presencia de chicos jóvenes, pues se me antojaba que, de haberlo dejado vivir, mi hijo sería entonces uno de ellos, mi único y gran consuelo en aquellos tiempos de tanta soledad, tristeza y angustia. Siempre acababa llorando y me sentía el ser más despreciable de la tierra. Mi sentimiento de culpabilidad era demasiado fuerte. No dejaba de culparme día y noche y constantemente me repetía que debía resignarme a sufrir de aquella manera y aceptar mi castigo.

Mi visita al psiquiatra fue una imposición fruto de un abominable error y una terrible necesidad. El juez me derivó a unos de los mejores especialistas de la provincia, al que le unía una amistad de muchos años. Acudir a un psiquiatra era mi única salida llegado aquel punto en que en verdad mi propia obsesión me estaba llevando a enloquecer.

—Pero usted no estaba loca—interrumpió Ángela—. Tan solo necesitaba de alguien que le ayudase a comprender que no podía dejar que el pasado condicionase toda su vida, sino que tenía derecho a una segunda oportunidad.

—Sí…, quizá tengas razón—dijo Teresa en tono dubitativo—. De cualquier forma, el día que acudí a la consulta de aquel psiquiatra por primera vez pensé que por fin había dado un paso a mi favor. Al principio me ayudó mucho y le di gracias a Dios por haberme concedido la ilimitada generosidad de aquellos padres a los que les sustraje su hija y el sabio juicio de aquel juez, los cuales no solo no me llevaron a la cárcel, sino que me abocaron a ponerme en manos de aquel reconocido especialista.

El doctor Ricardo Hueso me inspiraba mucha confianza y poco a poco fui abriéndome más y más a él, hasta que dejé de ser la única dueña de aquellas vivencias que tanto me habían marcado y que se iban apoderando de mi ser. Estaba aprendiendo a superar mis miedos, mis errores, y me di cuenta de que no podía resignarme a renunciar para siempre a volver a ver a mi hija, sino que debía comenzar a buscarla de nuevo y no desistir hasta haber dado con ella. No me podía resignar a aceptar el castigo que siempre consideré enviado por Dios, un Dios al que renuncié al sentirme abandonada por él al sufrimiento y la infelicidad.

Al poco tiempo de empezar las sesiones con el doctor Ricardo Hueso, mi visión del mundo y de mí misma comenzó a cambiar. Llegué a confiar en él plenamente. Fue por esto por lo que le conté aquel secreto que nunca había contado a nadie, aquello que tanto miedo y tanto dolor me causaba recordar, pero que sabía que debía contarle porque era la única forma de deshacerme de aquella angustia. Él era mi confidente y consejero y yo confiaba en que ninguna de mis confesiones saldría de las paredes de su consulta, pues así me lo aseguró. Sus palabras me reconfortaban porque me parecían palabras llenas de razón y sobre todo porque me concedían la indulgencia que yo tanto necesitaba. Decidí dejarme guiar por él y en un primer momento no me di cuenta de sus oscuras intenciones.

Un día, al final de la consulta, me invitó a tomar un café. No me pude negar. Le estaba profundamente agradecida por todo lo que estaba haciendo por mí y no quería parecer descortés. Sin embargo, tras aquel café, sus invitaciones comenzaron a sucederse y entonces temí que creyese que yo sentía algo por él.

—¿Y era así?—quiso saber Ángela.

—¡Claro que no!—respondió la anciana, como si la pregunta la hubiera ofendido—. Era una persona a la que llegué a admirar mucho por su profesionalidad. Me había ayudado a superar en gran medida mi angustia por aquel error de mi pasado y a sobrellevar con mayor entereza el problema de mi hija, pero yo tenía muy claro que los sentimientos no debían inmiscuirse en nuestra relación como doctor y paciente. Además, es cierto que en su presencia me sentía bien, pero no estaba interesada en él como hombre. Sus sesenta y cinco años no habían pasado en balde; el transcurso del tiempo no había sido benévolo con él. Sus cabellos canosos, finos y escasos, se arremolinaban despeinados en su cabeza; su gran bigote gris le daba un toque de elegancia, aunque no lograba disimular las numerosas arrugas que se apiñaban alrededor de sus labios; las pequeñas gafas que caían sobre su gran nariz tampoco ocultaban las bolsas bajo sus ojos, que daban una expresión cansada a unos ojos que siempre miraban fijamente a los míos. Parecía una persona entrañable, pero todo cambió cuando se desprendió de la máscara y pude ver lo que se ocultaba tras ella.

—¿A qué se refiere?—preguntó Ángela extrañada.

—A que llegó el momento en que él mismo quitó la venda de mis ojos.

—No comprendo.

—Una tarde después de la consulta me invitó a cenar. Me sentí un poco incómoda porque no era ajena a unos incipientes rumores de una supuesta relación que realmente no existía. A pesar de eso, acepté la invitación tras asegurarme que solo deseaba explicarme detenidamente en qué consistía el nuevo tratamiento que debía comenzar, puesto que ya me encontraba mejor.

Así, quedamos para cenar en un pequeño restaurante en el centro de Granada, un restaurante italiano muy caro y elegante. Aquella noche me encontré con un Ricardo sorprendentemente diferente. Se comportaba de manera extraña, sin dejar de hacerme cumplidos y elogiar la gran mujer que veía en mí y la impresionante belleza de la que podía hacer alarde. Durante la cena su mirada se detenía descaradamente una y otra vez sobre el escote de mi vestido de tul negro y casi sin darme cuenta me encontré con su mano agarrando fuertemente la mía.

Liberé rápidamente mi mano de entre la suya y lo miré intensamente a los ojos con expresión de asombro. Mantuvo su mirada fija en mis ojos y luego esbozó una sonrisa. Pensé que se disculparía, pero la apología no entraba dentro de sus planes. Sus gruesos dedos hicieron prisionera mi muñeca y sin dejar de mirarme a los ojos me pidió que me casara con él. Estaba tan sorprendida que me quedé sin voz, completamente incapaz de pronunciar una sola palabra. Intenté liberarme de nuevo, pero ya me fue imposible. Me asía fuertemente mientras esperaba mi respuesta. Entonces llegó el camarero, que traía el postre, y aproveché la ocasión para liberarme de la mano que me sujetaba y levantarme de la mesa para ir al baño. Supuse que se habría temido que iba a abandonar el restaurante sola, pero volví a la mesa al cabo de unos minutos en los que había intentado razonar lo que estaba ocurriendo. Me sentí culpable pensando que tal vez sin darme cuenta le había creado falsas expectativas, por lo que decidí volver y dejar las cosas claras. No quería hacerle daño, pero tampoco haría algo que yo no deseaba. Cuando volví a la mesa no encontré a nadie. El doctor se había marchado dejando una nota encima del mantel rojo, junto a la cual había dejado una rosa blanca.

—¿Qué decía la nota?—preguntó Ángela intrigada.

—Era muy breve. Tan solo decía: «Lo siento. Por favor, ven esta noche a mi casa. Calle Duquesa, n.º 5». Pensé que estaría avergonzado por haberse precipitado de tal manera y que querría hablar en privado conmigo, sin decenas de personas alrededor, testigos de una negativa tan rotunda como la que yo iba a darle. Además, yo no podía esperar al día siguiente para aclararle mis sentimientos. Salí rápidamente del restaurante y tomé un taxi que me llevó hasta su casa.

Cuando llegué encontré la puerta entreabierta. Llamé a Ricardo con voz tímida, pero nadie contestó en el interior de la casa, así que entré y cerré la puerta tras de mí. Subí una escalera de mármol blanco acompañada de una baranda barroca. Al llegar al final de los peldaños me detuve en el descansillo de la escalera unos segundos y armándome de valor atravesé la puerta de nogal que daba entrada a un largo pasillo. Caminé a lo largo del pasillo, bien iluminado por numerosos farolillos dorados que colgaban del techo. Al fondo se veía un amplio salón. La puerta estaba abierta de par en par. Al llegar a él no encontré a nadie. Dirigí mis pasos hacia la ventana, cubierta por unas cortinas de terciopelo azul oscuro, a juego con el sofá y con la alfombra. Miré a través de la ventana. Una gran quietud inundaba la noche. La luna se escondía detrás de grandes nubes oscuras que vagaban despacio por el cielo. Permanecí allí un rato, observando el firmamento, la noche tranquila por la que dos jóvenes paseaban cogidos de la mano. Se veían muy felices. Entonces me acordé de Manuel y supe que jamás volvería a sentir lo que había sentido con él. Supe que nunca podría olvidarle, que lo que había compartido con él ya no sería lo mismo con nadie más.

No me di cuenta de que unos pasos a mi espalda se iban aproximando lentamente, hasta que se detuvieron y una mano se posó sobre mi hombro. Me di la vuelta y me encontré cara a cara de nuevo con Ricardo. Estaba tan cerca de mí que incluso podía notar su aliento. Me quedé inmóvil, deseando que se separara

de mí, pero por el contrario se acercó aún más, tomándome por la cintura. Llena de estupefacción comencé a hablar, arqueando mi espalda hacia atrás al tiempo que retiraba mi rostro del suyo cuanto me era posible. Le dije que tan solo había ido hasta allí para aclarar las cosas. Pareció asombrado por mis palabras y me preguntó qué cosas eran esas que necesitaba aclarar, pues todo estaba lo suficientemente claro. No aceptó mi negativa a casarme con él. Me aseguró que estaba muy enamorado de mí y que sabía que yo también sentía algo por él. Hizo oídos sordos a mi inequívoco lenguaje corporal, así como a cada una de mis palabras que le decían que estaba equivocado, que nunca podría haber nada entre nosotros. No lograba que me soltase de la cintura y al ver asomar una maliciosa mirada en sus ojos, a la vez que me asía más fuerte, sentí miedo. Intenté hacerle comprender que era una locura el mantener una relación siendo yo su paciente, pero eso no parecía importarle lo más mínimo. Alegó que en breve se jubilaría y eso ya no sería un impedimento. Solo quería oír un sí de mis labios. Volvió a pedirme que me casara con él y volvió a obtener un no por respuesta. Fue entonces cuando se desenmascaró. Me miró de arriba abajo y de abajo a arriba y luego, deteniendo su mirada de nuevo en mis ojos, me dijo de un modo rotundo que sí, que me casaría con él. Hablaba con toda la tranquilidad y el convencimiento del mundo, asegurándome que no tenía elección. Yo no comprendía nada. Entonces apartó sus manos de mí y dándose media vuelta se dirigió hasta un pequeño mueble bar, de donde sacó una botella de coñac. Se sirvió un poco y después, de espaldas a mí, continuó hablando con el vaso de coñac en la mano. Lo que oí me dejó fría. Nunca lo hubiera esperado de él.

—¿La insultó?

—No, ojalá solo hubiera sido eso. En ese caso habría salido de aquel salón enseguida y nunca más habría vuelto allí.

—¿Qué pasó?

—Me amenazó y me chantajeó. Entonces supe que era un hombre vil que no se detendría ante nada.

—Pero ¿cómo pudo chantajearla?

—Fue fácil para él. Conocía tantas cosas sobre mi vida como yo misma, y lo que era peor, conocía mis errores. Había confiado tanto en él y en la ayuda que podía prestarme que le había contado todo aquello que más me angustiaba. Había confiado en su palabra de que cuanto yo le contase nunca saldría de las paredes de su consulta. Me quedé de piedra cuando me amenazó con denunciarme en la misma Irlanda por haberme sometido a aquel terrible aborto. Las leyes de aquel país católico me condenarían sin lugar a duda. Además, me aseguró que no dudaría en afirmar ante el juez que me había dejado en libertad tras secuestrar a aquella niña que en realidad yo no sufría desequilibrio mental alguno, sino que había actuado estando en mi sano juicio, siendo plenamente consciente del dolor que eso les provocaría a los padres de la pequeña, y que mi único objetivo había sido el de disfrutar a toda costa de una maternidad que yo misma me había negado. Si en realidad cumplía lo que decía, de uno u otro modo me esperaba la cárcel. Por el contrario, si me casaba con él, guardaría silencio y me ofrecería una vida tranquila y libre de problemas. Sin mediar una sola palabra

con él me dirigí hacia la salida, pero antes de abandonar la casa se cercioró de dejarme suficientemente claro que quería una respuesta antes de veinticuatro horas. Salí de allí dando un fuerte portazo tras de mí y luego eché a correr en la oscuridad de la noche sin rumbo fijo.

Me sentía tan confusa que pensé que todo era una pesadilla de la que despertaría al amanecer. Cuando me alejé de la casa de Ricardo aminoré el paso. Si todo aquello era real, necesitaba pensar y encontrar una solución. Me torturé durante toda la noche intentando buscar una salida para no tener que casarme con él. Si aceptaba su propuesta de matrimonio sería infeliz toda la vida, pues yo no le amaba y nunca podría amarle. Nos separaban veinticinco años de edad y filosofías de vida completamente distintas, pero lo peor de todo es que era un ser malvado y despreciable, pues me estaba chantajeando con lo que más me dolía. Él sabía perfectamente cómo hacerme daño y yo no quería vivir con alguien así. Por otro lado, me imaginaba cómo sería mi vida si le rechazaba. Sabía perfectamente que cumpliría su amenaza y yo acabaría en la cárcel. Para mí todo se habría acabado. Intenté pensar hasta que finalmente las lágrimas acudieron a mis ojos y comencé a llorar amargamente. Intentaba encontrar una salida, pero me era imposible. De repente cruzó mi mente una alentadora idea que me hizo ver la situación desde un punto de vista totalmente diferente. Ricardo poseía una gran fortuna y sobre todo tenía muchas influencias. Pensé que gracias a eso él podría ayudarme a buscar a Mary. Entonces decidí resueltamente aceptar su propuesta de matrimonio solo con la condición de que pusiera toda su fortuna, sus influencias y contactos al servicio de aquella búsqueda. En aquellos momentos pensé que no me importaba sacrificar toda mi vida si eso me conducía hasta mi hija.

CAPÍTULO IX

Por la noche Teresa volvió a tener aquel sueño que se repetía sucesivamente. De nuevo veía sus ojos y sentía en su piel el tacto de sus manos, los ojos y las manos de Manuel. En su recuerdo y en su corazón Manuel nunca había muerto, sino que continuaba tan vivo como antaño. La miraba a los ojos, sin miedo, con aquella mirada clara, limpia, sincera, que había sido el espejo de su corazón. La acariciaba con suavidad, la abrazaba con delicadeza como si de una mariposa arropada por los pétalos de una flor se tratase, se impregnaba de su olor. Después la soltaba lentamente y, dándose media vuelta, comenzaba a alejarse despacio. Antes de alejarse demasiado, se volvía de nuevo hacia ella, la observaba por última vez buscando su mirada, le sonreía y le tendía la mano, pero en ese momento se esfumaba sin llegar a tomar las suyas, ya envejecidas, y ella despertaba en el silencio de la noche sobrecogida por la emoción.

La luz de la luna iluminaba la habitación tenuemente, posando su rayo más intenso y más bello sobre la foto en blanco y negro de aquel apuesto chico que la miraba desde la mesilla de noche. Teresa cerró los ojos de nuevo, esta vez para recordar y visualizar aquellas noches de miradas y caricias suaves, de pasión y dulzura que le habían hecho subir al cielo, cuando aún su cuerpo gozaba de cada una de las caricias de Manuel, que recorrían toda su piel y la llenaban de una intensa sensación que le hacía romper en un llanto de placer y emoción, que le hacía verter lágrimas de amor al sentir que eran un solo ser, dos almas gemelas unidas de la manera más hermosa que el ser humano pueda conocer. Tanto amor no podía ser estéril, pensaba, y por esto siempre pensó que Dios le concedió la felicidad de ver el fruto de su amor materializado en aquella pequeña criatura, aun cuando su cuerpo había quedado prácticamente estéril fruto del tremendo error que siempre la atormentaría. Si había deseado tanto aquella hija era porque

en el fondo sabía que esta sería la continuidad de aquel amor que no quería ver morir nunca.

Ángela se había quedado a cuidar a Teresa porque últimamente había tenido serios problemas de movilidad en la parte superior de su cuerpo, que hasta entonces había sido la menos afectada por la enfermedad de Paget, y su dolor se acentuaba por las noches, pero el cansancio pudo más que ella y pronto se había quedado dormida. Mientras la enfermera dormía en el sillón, Teresa la contempló con expresión dulce. A veces se quedaba contemplándola durante largo rato dándole gracias a Dios una y otra vez.

Por la mañana la anciana estaba de muy buen ánimo. Desayunó con apetito y le pidió a Ángela que la sacara al jardín para tomar un poco el sol. Una vez en el jardín, cerró los ojos e inspiró profundamente impregnándose del aroma de las flores, que siempre le traían los mejores recuerdos.

—¿Continuará hoy con su historia, Teresa?—le preguntó Ángela, sentándose junto a ella.

—Tendrás muchas cosas que hacer, querida. No quiero entretenerte.

—No se preocupe, todo está bien. Me quedaré un rato más si no le importa.—respondió Ángela, que estaba deseando saber cómo continuaba el relato de la mujer.

—Está bien—dijo la anciana esbozando una sonrisa—. Entonces permíteme que continúe por dónde lo dejé.

Teresa tenía una memoria excelente y, tras pararse un poco a recordar su relato del día anterior, continuó la historia.

—Como ya sabes, decidí casarme con Ricardo aun sabiendo que podía convertirse en mi peor verdugo. Nos casamos en una gran iglesia y a nuestra boda asistió un montón de gente que yo no conocía. Todos parecían muy felices y creían que yo también lo era, pero en el fondo de mi corazón agonizaba y le imploraba a Dios que no me abandonase y que se apiadara de mí por lo que estaba haciendo. Aquel día fue el mejor de todos los que me esperaban con él. Me trató como a una reina, como si fuera la mujer que había estado esperando toda su vida, como si aquella conversación que habíamos mantenido una semana atrás nunca hubiera existido. A los ojos de los demás todo era perfecto, sin embargo, yo sabía que todo aquello era fingido y que una vida amarga me esperaba a su lado. Aquel día, Ricardo se emborrachó hasta tal punto que unos invitados tuvieron que ayudarme a conducirlo hasta la habitación del hotel donde pasaríamos nuestra noche de bodas. Una vez estuve a solas con él recé para que se quedase dormido y no me pidiera nada.

—¿Y fue así?

—Solo en parte. Cuando nos quedamos a solas comenzó a tocarme sin pudor alguno y a besarme de manera voraz e insaciable. Se apresuró a desabrocharme el vestido, pero ante la resistencia que le opuse, finalmente desistió y, cansado, se tiró en la cama, quedándose dormido con una sorprendente rapidez. Sentí un gran alivio. Después extendí una manta doble en el suelo y allí intenté conciliar el sueño, pensando que tal vez había sido demasiado confiada creyendo en su palabra de que, una vez casados, nunca me obligaría a hacer nada que yo no

desease, y por supuesto, consumar el matrimonio no entraba dentro de mis planes.

Ese era solo el comienzo de una larga etapa de desdicha, pues aquella noche fue tranquila, pero se avecinaban otras que no lo serían tanto. Al día siguiente, Ricardo se despertó con un fuerte dolor de cabeza y al no encontrarme a su lado, sino durmiendo en el suelo, arropada con mi propio vestido de novia, me despertó de manera ruda, rozando la violencia, exigiéndome que me echase en la cama y me desprendiera del vestido. No me quedó más remedio que obedecerle porque temí que se atreviese a hacerme daño. Una vez en la cama y desnuda, se abalanzó sobre mí y comenzó a besarme con unas ansias que me asustaron. Intenté resistirme por todos los medios, pero tenía una fuerza increíble a pesar de su edad y la usaba sin escrúpulos para inmovilizarme y adueñarse de mi cuerpo a su antojo. Su cuerpo me aplastaba, impidiéndome respirar, al tiempo que se apretaba cada vez más contra mí en rápidos y cortos movimientos; su respiración era agitada, y su mirada estaba llena de lujuria. Comencé a suplicarle que por favor me dejara, que no podía hacerlo, pero él hizo oídos sordos a mis súplicas y continuó forzándome sin piedad, hasta adentrarse en mi sexo y saciar en él su apetito animal.

—Ese cerdo la violó…

—Me juré que nunca más volvería a suceder. Cuando todo terminó se echó a dormir y yo corrí a la ducha. Me sentía sucia y deseaba morirme. Cuando salí de la ducha y le vi allí tendido en la cama, durmiendo plácidamente como si nada hubiera pasado, me sentí la mujer más desgraciada del mundo. Pensé que ya nada podía ser peor, miré a mi alrededor por toda la habitación y mi mirada se posó sobre el tocador, donde reposaba el enorme cuchillo de plata con el que habíamos cortado la tarta nupcial y que había sido un regalo del salón de bodas. Era un cuchillo de enormes dimensiones, alargado, óptimamente afilado y terminado en una punta perfecta; en su puño habían grabado nuestros nombres con elegantes letras doradas y la fecha de nuestro enlace. En ese momento una idea aterradora me pasó por la cabeza y sin pensarlo dos veces empuñé el cuchillo y me dirigí silenciosamente hacia mi marido. Todo mi cuerpo comenzó a temblar, en especial la mano que se aferraba al cuchillo. El corazón me latía desbocado y mi respiración quedó contenida como si hubiera llegado mi hora final. Creí que iba a desmayarme. Justo cuando me iba a abalanzar sobre él para clavarle el cuchillo en la espalda, tropecé con un pequeño taburete de raso blanco que había junto a la cama y el cuchillo cayó al suelo, debajo de esta. Con el ruido Ricardo se despertó y al verme allí tan cerca de él con el rostro desencajado, los ojos desorbitados, sin aliento, petrificada, me miró desconcertado, sin lograr imaginarse lo que había pasado; se levantó, me cogió de la mano y me sentó en un sillón que había en una esquina de la habitación. Rompí a llorar como si me fuera la vida en ello. El aire volvió a entrar y salir de mis pulmones, con unas ansias incontrolables, en inconclusas respiraciones rápidas y entrecortadas que me iban sumiendo en un estado de aturdimiento y angustia insoportable. Entonces llamó por teléfono a la recepción del hotel y pidió que me subieran un somnífero y una tila para mitigar mi incipiente crisis de ansiedad. Me los hizo

tomar y dormí durante unas horas tras las cuales desperté para encontrarme sola en la habitación. Entonces comencé a darle vueltas en la cabeza a lo que había sucedido y decidí que debía pensar algo pronto.

De repente, el relato de Teresa se vio interrumpido por Lucía, una de las enfermeras que trabajaban en el geriátrico. La joven saludó cordialmente a Ángela y a Teresa con su habitual buen ánimo, se sacó una pequeña pastilla del bolsillo de su uniforme y se la puso en la palma de la mano a Teresa, entregándole después a Ángela un vaso con agua para que la ayudase a tomarla. Luego se marchó para atender a otros ancianos sin preocuparse demasiado por Teresa porque sabía que Ángela se la haría tomar y que con ella estaba en las mejores manos.

—Estas pequeñas son las que me salvaron.—dijo la anciana, sosteniendo la pequeña pastilla roja con dos dedos y mirándola fijamente.

Ángela la miró extrañada. Entonces, Teresa levantó la mirada y la fijó en los ojos de Ángela, dándose cuenta de que la observaba sin comprender.

—Las pastillas, querida. Ellas fueron mis aliadas para ayudarme a soportar aquellos años horribles con Ricardo.

Ángela temió que Teresa hubiera podido desarrollar cierta dependencia a los somníferos, tranquilizantes, antidepresivos y demás, pero no era así. La anciana creyó adivinar los pensamientos de Ángela y sonrió.

—No te equivoques, querida. Fueron mis aliadas, nada más. Todo comenzó al día siguiente de la boda. Ricardo había quedado para almorzar con Roberto y Paula, un matrimonio amigo suyo que no había podido asistir a la ceremonia ni al banquete. En verdad, eran una pareja muy peculiar y me sentí reflejada en ellos. Roberto tenía sesenta y cinco años y su esposa era cuarenta años más joven que él. La chica irradiaba vitalidad, mientras que su marido parecía un hombre cansado y marchito. Roberto poseía una fortuna envidiable y hacía alarde de su prestigiosa posición social, que compartía con su jovencísima esposa. Se les veía muy enamorados, pero todo era pura fachada, o al menos por parte de la chica, como pude comprobar poco después.

Cuando Paula y yo nos fuimos a dar un paseo después del almuerzo por los jardines de aquel bonito lugar mientras nuestros maridos se fumaban un puro y charlaban animadamente en la terraza del restaurante, descubrí que ella tan solo estaba fingiendo algo que no sentía. Al quedarnos a solas, quiso saber por qué me había casado con Ricardo si no le amaba. Para ella era obvio que yo no lo quería, pues me era imposible disimular la aversión que sentía hacia él. Al obtener tan solo silencio por respuesta, comenzó a hablarme de la relación con su marido. Me dijo que se había casado con él por su dinero, pero que era muy feliz porque llevaba una vida llena de lujos y comodidades y siempre hacía lo que quería. Estuve a punto de contarle lo que había sucedido en nuestra suite nupcial tan solo unas horas antes, porque me sentía desesperada ante la idea de tener que soportar lo mismo una sola vez más, pero no hizo falta porque ella misma sacó el tema a colación. Me confesó que nunca se había sentido atraída por Roberto y que por eso se había visto obligada a idear «algo» para no tener que consumar su matrimonio. Yo la escuchaba llena de asombro por la naturalidad con la que me

contaba todo y fue ella la que me asesoró para vivir sin tanta angustia.

—¿Qué le contó exactamente?

—Bueno, Paula había estudiado farmacia y conocía las propiedades de muchos medicamentos y sus efectos sobre el organismo humano. Eso fue lo que la salvó de situaciones como la que yo había vivido recientemente. Desde el primer día, desde la misma noche de bodas, había ido administrando a su marido un medicamento que tenía la propiedad de disminuir el apetito sexual y que, tomado con regularidad, podía llegar a anularlo por completo. En los dos primeros meses se lo había administrado junto con un poderoso somnífero, hasta asegurarse de que el primero hubiera comenzado a surtir verdadero efecto. Haciéndole tomar el primero de estos fármacos en grandes dosis, su marido llegó a ser impotente en esos dos meses, a la par que se sentía avergonzado por no poder satisfacer a su joven esposa puesto que sus erecciones habían desaparecido por completo. Él asumió que era cosa de la edad y ella adoptó el papel de esposa abnegada, comprensiva y amorosa, capaz de renunciar al sexo con tal de estar a su lado, compartiendo su vida con él.

Me quedé estupefacta, pues aquella chica no se avergonzaba de nada e incluso llevaba una doble vida que incluía flirteos y aventuras amorosas con un sinfín de amantes que saciaban sus deseos de amar. Entonces comprendí que si ella, estando en esa situación por voluntad propia, había recurrido a tal ardid, era totalmente lícito que yo, que me encontraba desesperada, recurriese a algo similar.

Aunque al principio me pareciera una chica frívola y cínica en su manera de actuar, no puedo negar que ella fue mi tabla de salvación en aquellos momentos. Me comprendió mejor que nadie y aquel mismo día, después del paseo, nos invitó a Ricardo y a mí a tomar una copa en su casa, donde me proporcionó un buen número de aquellas pequeñas pastillas milagrosas, junto con otro buen puñado de somníferos.

Ricardo era un tipo de costumbres, así que, conociéndolas, no me resultó difícil lograr que tomase la medicación que Paula me había aconsejado. Aquella misma noche, en la cena, comencé a administrarle a Ricardo tales fármacos disueltos en la taza de infusión de *rooibos* que tenía la extraña costumbre de beber acompañando la cena. Cuando terminamos de cenar dijo sentirse un poco mareado y algo cansado. Se retiró al dormitorio y se acostó vestido, quedándose dormido de inmediato sobre la lujosa colcha de croché azulado con la que me había obligado a vestir la cama de matrimonio para la ocasión. Respiré aliviada, esperé un momento y después me fui a la cama. Me metí en ella procurando evitar cualquier contacto de nuestros cuerpos, separados por la colcha azulada y una fina sábana de seda blanca.

Ángela también respiró aliviada, como si ella misma fuese la que estaba viviendo aquella historia.

—Días más tarde fui a visitar a Paula para pedirle que me consiguiese más de aquellas pequeñas pastillas. Según ella me había explicado, el tratamiento no podía ser interrumpido si quería que surtiera el debido efecto. Debía seguir administrándoselo a Ricardo si no quería que volviera a experimentar deseo

sexual alguno.

Al principio mostró ciertas reservas, pensando únicamente en su hermano, que era el que se las había ido suministrando desde el principio. Era dueño de un laboratorio, del cual se las facilitaba puntualmente desde que se casara con Roberto. Sin embargo, no quería ponerlo en la tesitura de aventurarse a ser cómplice en la castración química de una persona a la que ni siquiera conocía, con un medicamento que no estaba aún listo para ser comercializado, sino en periodo de experimentación. Me quedé de piedra al conocer que era completamente ilegal y que se desconocían al completo los posibles efectos secundarios, que hasta la fecha parecían ser numerosos y bastante serios, entre ellos fallos cardiovasculares y respiratorios.

Viendo que no tenía opción, decidí contarle lo que había ocurrido la mañana siguiente a mi noche de bodas. Entonces, las dudas de Paula desaparecieron. La ruindad de Ricardo, que no había cumplido su palabra de no forzarme a hacer nada que yo no quisiera, y la aberración a la que me había visto sometida pareció causarle una fuerte indignación. Fue solo entonces cuando me prometió que su hermano y ella me ayudarían, pues no podía permitir que algo así volviera a suceder si estaba en su mano evitarlo.

—Así que le proporcionó más de aquellas pastillas.

—Sí, se comprometió a suministrármelas discreta, pero puntualmente. Cogiéndome de las manos me prometió que desde aquel día en adelante no tendría que volver a preocuparme, y efectivamente, durante un buen tiempo Ricardo fue completamente dócil y no volví a tener que soportar su acoso. No se imaginaba que el té que bebía en el desayuno y la infusión de *rooibos* con la que acompañaba la cena eran algo más, o al menos yo creía que no llegaría a imaginárselo.

Teresa calló durante unos segundos, al tiempo que la expresión de su cara se tornaba alarmantemente seria. Ángela centró su atención en las últimas palabras que Teresa había pronunciado y dedujo que algo no había salido como ella esperaba.

—Ya habían pasado unas cinco semanas desde que comenzara a medicar a Ricardo cuando una noche él llegó a casa antes de lo que acostumbraba. Se lo veía preocupado. En realidad, hacía dos días que estaba bastante extraño, muy pensativo, como ausente, y algunas veces me observaba fijamente, como desconfiando de mí. Esa noche me había cogido desprevenida y no había diluido aún las pastillas en la infusión de *rooibos* que bebería acompañando la comida, aunque la cena estaba casi lista. Le pregunté qué le sucedía, pero no obtuve respuesta, tan solo una mirada malhumorada y un gesto de desprecio. Al ver que aún no había terminado de preparar la cena, salió de la cocina, se dirigió a la puerta de salida y oí un fuerte portazo. Yo seguí preparando la comida sin comprender su actitud y cuando hube terminado busqué el fármaco, que guardaba cuidadosamente en uno de los cacharros de la cocina, completamente fuera de su vista, y lo eché en la infusión. En el momento en que estaba removiéndola con una cucharilla Ricardo entró en la cocina enfurecido, como una bestia fuera de control, y tiró la taza al suelo golpeándola fuertemente con el

revés de su gigantesca mano. No se había marchado, como me había hecho creer, sino que tras abrir y cerrar la puerta de la entrada con un sonoro portazo había vuelto sigilosamente junto a la puerta de la cocina, desde dónde me había estado observando, al acecho, esperando el momento preciso para hacerme pagar mi traición. Lo miré aterrada al ver que me había descubierto y sobre todo sentí miedo cuando me agarró fuerte por las muñecas y comenzó a gritarme diciendo que iba a pagar con mi propia vida mi miserable y torpe intento de deshacerme de él.

—Creyó que había intentado asesinarlo envenenándolo…

—Sí… Y su violencia desbordada me ratificó que sería capaz de llevar a cabo sus palabras. Comenzó a darme bofetadas y una de ellas fue tan fuerte que me tiró de espaldas al suelo. Después se abalanzó sobre mí y cogiéndome la cabeza con ambas manos comenzó a golpeármela contra el suelo. Estuve a punto de perder el conocimiento; ojalá lo hubiese perdido, porque así me habría librado de la peor parte de su venganza. Yo le gritaba desesperadamente que por favor me dejase, que no era lo que él creía, que yo nunca había pretendido matarle y que se lo explicaría todo, pero no tuvo compasión; no me dejaría escapar sin recibir antes lo que él creía que era justo por lo que había hecho. No satisfecho con los golpes que me había propinado, me cargó sobre su hombro y, saliendo de la cocina, se dirigió conmigo hacia la escalera de mármol blanco que conducía desde aquella primera planta de la casa hasta la entrada, en la planta baja. No sabía qué se proponía y ni siquiera tuve tiempo de reaccionar cuando me di cuenta de que lo que de verdad pretendía era acabar con mi vida arrojándome por las escaleras. Una vez que estuvo situado en el peldaño más alto, me dijo un adiós que me sonó a sentencia de muerte y acto seguido me arrojó por la escalera con todas sus fuerzas.

Horrorizada, Ángela intentaba retener las lágrimas de impotencia que comenzaron a asomar a sus ojos durante la última parte del cruel relato. Teresa se detuvo y le tomó la mano. Luego continuó.

—Ya ves, querida. Hierba mala nunca muere, o al menos eso dicen. Logré salir de aquella. Supongo que fue un milagro, porque después de eso me desperté en la fría cama de un hospital. No sabía si me encontraba en el cielo, en el infierno, o viva aún, pero al abrir los ojos y descubrir a mi lado al que había sido mi verdugo, supe al instante que estaba en mi propio infierno. Ricardo dormía plácidamente en un sillón mientras que yo yacía en aquella cama más muerta que viva. Al poco rato de despertarme entró una enfermera que al comprobar que acababa de despertar hizo un gesto de gran asombro y, tras despertar rápidamente a Ricardo, salió de la habitación apresuradamente en busca del doctor. Ricardo me miraba incrédulo desde el sillón.

Cuando el doctor llegó, se acercó a mi cama y con una gran sonrisa me dijo: «Bienvenida a la vida, señora Hueso». Ricardo me cogió al instante de la mano, fingiendo sentirse extremadamente preocupado por mí, por haber estado al borde de la muerte, y dichoso por no haberme perdido. Suponiendo que en mi estado yo no sería capaz de recordar lo que había pasado, el doctor me explicó pausadamente que me había caído por las escaleras y las consecuencias habían

sido muy graves, pues había sufrido varios golpes en la cabeza, uno de los cuales me había causado una grave hemorragia interna. Además, tenía dos costillas y cuatro vértebras rotas. Había estado a punto de quedarme paralítica y me habían tenido que realizar varias operaciones de las que salí airosa. De ningún modo aquel doctor sospechó que mi marido había contado una versión completamente diferente a la realidad. Le había asegurado que desde hacía algún tiempo yo venía padeciendo un trastorno depresivo que últimamente me había empujado a llevar a cabo repetidos intentos de suicidio y que, aprovechando su ausencia, me había lanzado por las escaleras para acabar con mi propia existencia. No salía de mi asombro ante las palabras del doctor, que relataba lo sucedido con mucha sutileza en su intento por no causarme una fuerte impresión después de haber estado tantos días en coma.

Ricardo había representado con gran maestría su papel de marido perfecto, burlándose así de todo el mundo; desde el momento en que hizo su dramática aparición en la Unidad de Urgencias del hospital conmigo en brazos completamente inconsciente, no se había separado de mí más que durante las intervenciones quirúrgicas. Era un tipo muy listo y supo bien cómo actuar y comportarse para no levantar ningún tipo de sospecha. Cuánto me duele decir que logró su objetivo.

—¿No le denunció?

—No, ¿para qué? Sería su palabra contra la mía y él, uno de los psiquiatras más prestigiosos de la provincia, había dado a entender que yo estaba poco menos que loca. Había adornado mi supuesta depresión con frecuentes episodios psicóticos que presuntamente llenaban mi mente de falsas creencias y ficticias percepciones, como voces en mi cabeza que me instaban a hacerme daño. Había aducido la misma razón que tiempo atrás alegara mi abogado para conseguir librarme de la cárcel después de que yo secuestrase a aquella niña. Además, el asunto de los fármacos era demasiado delicado y yo no quería involucrar a Paula en un asunto tan sucio. Por otro lado, si le hubiera denunciado, posiblemente tendría que haber expuesto en el juicio pertinente todos los motivos que me habían llevado a mi matrimonio con él, pero yo no podía hacer eso. Al menos estaba viva y eso era lo importante. Mientras el doctor hablaba con mi marido, yo cerré los ojos y le di gracias a Dios por haberme permitido vivir para así poder seguir buscando a mi hija, aunque en aquel mismo momento decidí que lo haría por mis propios medios, lejos de aquel monstruo.

El sol de la mañana comenzó a hacerse más intenso y la anciana comenzaba a sentirse cansada. Aquel relato había despertado en ella recuerdos demasiado dolorosos que hablaban de una vida desgraciada. No solo había sufrido como madre, había sufrido mucho como mujer. Ángela, que había aprendido a conocer los pensamientos de Teresa como si se tratase de los suyos propios, se levantó de su silla y empujó suavemente la silla de ruedas de la mujer hacia el interior del edificio. La llevó hasta el salón, donde doña Julia y otros ancianos jugaban animadamente una partida de cartas. Teresa se unió a la reunión, aunque solo en calidad de espectadora, y Ángela se despidió de ella hasta más tarde con un cariñoso beso en la mejilla.

Mientras conducía a casa, Ángela no dejaba de pensar en todo lo que había escuchado de labios de Teresa. Sentía una extraña impotencia, como si hubiese sido ella misma la que hubiera tenido que sufrir aquella situación sin poder hacer nada. Era lamentable que cosas como esa sucedieran y que los responsables quedasen impunes, pero desgraciadamente era así. Pensaba en cuán mal repartida está la vida, deparándoles tanta felicidad a unos mientras que otros son tan desdichados. Por eso Ángela había apoyado incondicionalmente a su madre cuando esta decidió abrir el geriátrico; por esa razón tomó la admirable determinación de dedicarse en cuerpo y alma a aquellos ancianos que en su mayoría se sentían desgraciados en su vejez, brindándoles un poquito de la felicidad que la vida le había ofrecido sin ninguna razón para merecerla más que ellos.

CAPÍTULO X

Ángela escribía un diario desde el día en que Teresa llegó al geriátrico. Las referencias a la anciana en este se hacían cada vez más extensas y Ángela se esforzaba por reproducir casi íntegra la historia de su vida tal y como Teresa la contaba. Pretendía con esto que algún día aquellas páginas que ahora escribía pudieran arrojar luz sobre las verdaderas vivencias de aquella mujer y servir así para ganar el corazón de la hija que Teresa tanto amaba, si es que podía existir una remota posibilidad de llegar a conocerla. Era lo mínimo que podía hacer por ella.

Cada día Teresa descubría y hacía partícipe a Ángela de antiguas vivencias, aunque se cuidaba bien de no revelar más de lo que deseaba. A Ángela estaba dispuesta a contárselo todo, pero a su debido tiempo.

Pasaban los días y Teresa no recibía una sola visita. A Ángela le partía el corazón ver a la anciana pasar las horas en soledad e incluso la había visto llorar en más de una ocasión cuando creía que nadie se percataba de ello. En otras ocasiones la había visto apretar con ambas manos contra su pecho la foto de Manuel, que conservaba como si del más valioso de los tesoros se tratase y que siempre tenía sobre la mesilla de noche, en un bonito portarretratos de madera tallada, mirando hacia su cama. Un día le pidió a Ángela una foto suya para ponerla junto a la de Manuel en la mesilla. Fue entonces cuando la enfermera se dio cuenta de que tal vez la anciana estaba encontrando en ella el cariño del que tan falta se hallaba y que había comenzado a verla como una hija, aunque sabía que nunca podría ocupar el lugar de aquella hija que quizás ni siquiera supiese de su existencia.

Al término de la mañana Ángela le acercó el almuerzo a Teresa esperando tener un poco de suerte y conseguir que comiese algo, porque llevaba dos días

negándose a comer casi por completo. A la anciana se le iluminó la cara al ver la sombra de Ángela aproximándose a la habitación, pero cuando esta hizo su aparición con la enorme bandeja de la comida en la mano, su gesto se ensombreció como si una nube impertinente hubiese tapado el sol en un cielo despejado.

—Buenas tardes, querida. Pensé que hoy no pasarías a verme.

—¿Cómo puede pensar eso?—dijo Ángela con una amplia sonrisa mientras se disponía a colocar la bandeja en la mesilla—. No sé cuál es el motivo, pero se me ha informado de que lleva dos días comiendo como un pajarito, así que he decidido ocuparme yo de sus comidas, si le parece bien…

Teresa no tenía apetito, pero no dijo nada porque no quería disgustar a Ángela. Algunos de los internos solo la obedecían porque además de una magnífica enfermera era la directora, pero a Teresa eso no le importaba, solo la obedecía para satisfacerla. Ángela se sentó junto a su cama y comenzó a darle la sopa, que Teresa detestaba. Hubo silencio durante la comida, pero al término de esta, mientras la anciana se limpiaba torpemente los labios tras haber degustado unas natillas con galletas y canela, Ángela, muerta de curiosidad, le pidió que le contase qué sucedió después del tiempo que había pasado en el hospital a causa de la agresión de Ricardo.

—Pasé tres meses más en el hospital. Durante aquel tiempo me sentí muy sola, aunque prefería estar sola antes que acompañada por Ricardo. Como iba mejorando, él volvió a su trabajo y yo pasaba las horas tendida en la cama del hospital pensado qué hacer con mi vida, porque no podía seguir así. Vivir con él había sido muy duro para mí porque, después de haber dispuesto de mi cuerpo a su antojo en la mañana siguiente a nuestra noche de bodas, no podía más que sentir repugnancia y odio hacia él. Además, al haber sido descubierta, mi única arma para combatirle se había esfumado y eso me dejaba desamparada frente a sus deseos. La convivencia con él se me antojaba un callejón sin salida que había desembocado en aquel intento de asesinato y yo no me sentía con fuerzas para seguir con aquello.

—¿Qué hizo entonces? ¿Lo abandonó y continuó la búsqueda de su hija por su cuenta?

Teresa soltó una risita sarcástica.

—Si al menos hubiera cumplido su palabra en lo que a la búsqueda de mi hija concernía… Pero él no había movido un solo dedo para averiguar algo sobre su paradero. Me había engañado, pues no parecía tener intención alguna de ayudarme a buscarla.

Ángela esperaba intrigada el desenlace de aquella angustiosa situación, conteniendo casi sin darse cuenta la respiración a la espera de que de los labios de Teresa salieran palabras reconfortantes.

—Paula me dio la solución una vez más. Iba con bastante frecuencia a visitarme al hospital, aunque no me atrevía a contarle lo que en realidad había pasado porque yo le tenía mucho miedo a Ricardo. Sin embargo, durante una de sus visitas, estando ya muy próxima la hora en que me darían el alta, me vine abajo y rompí a llorar pensando en lo que me esperaba en casa. Paula se dio

cuenta de que algo extraño sucedía porque no era normal una actitud tan sumamente desesperada en mis circunstancias, habiendo logrado recuperarme de un accidente que bien podría haberme costado la vida. Me derrumbé ante ella, pero nunca me arrepentiré, porque aquel momento de debilidad me abrió las puertas para poder al menos vivir sin ser presa del miedo.

—Entonces…, ¿le contó la verdad?

—Sí, se lo conté todo. Paula quedó desconcertada ante tan terrible confidencia, aunque sé que no dudó de mí porque enseguida se mostró dispuesta a ayudarme a escapar de él y me dijo que estaría conmigo hasta el final. No comprendía cómo podría ayudarme ella, pero decidí aceptar su ayuda.

El día que me dieron el alta, a primera hora de la mañana, allí estaba Paula con una sonrisa de oreja a oreja, guapísima como siempre, con sus zapatos de tacón de aguja de charol amarillos y su graciosa pamela verde a juego con un vestido veraniego que caía graciosamente sobre unos hombros perfectos, luciendo una piel ligeramente bronceada. El vestido de vuelo verde y blanco dejaba al descubierto el filo de encaje de su cancán y sus estilizadas piernas desde las rodillas hasta sus finos tobillos. Iba dispuesta a llevarme a casa en su flamante deportivo nuevo. Yo no entendía por qué había ido ella a recogerme en lugar de Ricardo, como me había temido. Me explicó que Ricardo tenía demasiado trabajo en la consulta aquella mañana, que le había dado la llave de casa y le había pedido que fuese a recogerme, imaginando que la mera presencia de alguien tan positivo como ella me subiría un poco el ánimo.

Me ayudó a vestirme y después salimos del hospital y nos dirigimos al coche. Al entrar en el coche pude ver que en el asiento trasero había una gran maleta de piel negra que me pertenecía y que parecía estar llena con mi ropa, ya que un trozo de mi vestido de raso naranja asomaba por entre la cremallera. Dándose cuenta de mi extrañeza al encontrar mi maleta en su deportivo, Paula me explicó con gran naturalidad, como era habitual en ella, que se había tomado la libertad de pasar por la casa de Ricardo y coger algunas prendas de vestir que yo iba a necesitar. No entendí nada, pues suponía que nos dirigíamos a la casa de Ricardo, aunque en realidad no era así. Para mi asombro, tomamos justo el camino contrario y llegamos a la zona norte de la ciudad. Nos detuvimos delante de un bloque de apartamentos de siete plantas y Paula sacó la maleta para, acto seguido, ayudarme a salir del coche y dirigirnos al interior del edificio. Yo estaba completamente desconcertada. Subimos en el ascensor hasta la séptima planta y al salir de este nos dirigimos hacia la puerta que quedaba justo al fondo del pasillo, cubierto con una fina moqueta gris perla. Era un apartamento pequeño pero muy bonito y acogedor. Pertenecía a Paula, pero su marido no sabía de su existencia, ya que era el lugar donde ella se encontraba con sus amantes y que ahora me ofrecía para esconderme de mi marido. Era el lugar perfecto para ocultarme de Ricardo; él nunca sospecharía que pudiera existir tal lugar, puesto que eso sería poner en duda el honor de Paula.

Nadie excepto nosotras y los esporádicos amantes de Paula conocía aquel apartamento y, generalmente, ellos eran discretos; la discreción era una de las virtudes que mi amiga más valoraba. Ricardo nunca daría conmigo si las dos

actuábamos con la suficiente cautela. El plan de Paula me parecía bueno, pero temí que ella pudiera verse metida en problemas por mi culpa y por eso en un primer momento me negué a seguir con él. Sin embargo, Paula se mostraba muy optimista. Le juraría a Roberto que ella me había ido a recoger al hospital, me había dejado en casa y que después no había vuelto a saber de mí. Aquel hombre profundamente enamorado jamás pondría en tela de juicio la lealtad de su fidedigna mujer.

—Hay algo que no comprendo. ¿Por qué Paula decidió pasar por casa de Ricardo para recoger sus cosas antes de ir a recogerla al hospital? Aunque hubiera pasado usted misma a recoger sus pertenencias no se habría encontrado con él, puesto que estaba trabajando en su consulta.

—Paula temía que me faltase valor para abandonar a Ricardo y por eso tomó la decisión por mí. Pensó que si me dejaba elegir no me atrevería a coger mis cosas yo misma y marcharme para siempre.

Ángela quedó maravillada ante el coraje mostrado por Paula. De pronto sintió deseos de saber más acerca de aquella mujer a la que ella misma había catalogado como frívola y que realmente le estaba sorprendiendo mucho, pero Teresa comenzó a hablar de nuevo sobre Ricardo, que parecía no haberse tomado demasiado bien la desaparición de su esposa.

—Cuando Ricardo volvió a casa la encontró vacía y eso no le gustó nada. Me buscó por todas las habitaciones y al entrar en nuestro dormitorio y descubrir la cama cubierta de ropa y el armario casi vacío, comenzaron sus sospechas. Llamó por teléfono a casa de Roberto para cerciorarse de que su mujer había ido a recogerme al hospital y me había llevado a casa. Paula misma atendió la llamada y le confirmó que me había dejado en casa y después se había marchado apresuradamente porque tenía muchas compras que hacer. Me contó la conversación telefónica que había mantenido con Ricardo con todo lujo de detalles. Me parecía asombrosa la naturalidad con la que Paula me narraba cómo le había mentido a mi marido. Creí en su palabra cuando me dijo que no había dado las más mínimas muestras de nerviosismo y que nadie hubiera ni siquiera imaginado que era ella la que me estaba ocultando. Simulando sentirse preocupada por lo que parecía mi desaparición, le preguntó si sucedía algo y él, tartamudeando, le contestó que solo se había preocupado un poco porque al llegar del trabajo no me había encontrado en casa, pero que seguramente habría ido a dar un paseo para estirar un poco las piernas. Cuando colgó el teléfono Paula comenzó a reírse con ganas por haberle resultado tan fácil burlar a Ricardo.

En aquellos momentos mi despechado marido no le dijo a nadie que yo me había ido de casa; aquello era humillante para él y estaba convencido de que volvería, pero viendo que no era así, a los pocos días contrató a un detective al que le encomendó la ardua tarea de encontrarme. Era un hombre joven con poca experiencia, pero supo desde el principio encaminar bien sus pasos y empezó a seguir a Paula sin que ella se percatara en ningún momento de su presencia.

—Comenzó a seguir a Paula y a través de ella llegó hasta usted, ¿no es así?— quiso saber Ángela.

—No fue del todo así. Paula se propuso ser muy discreta; dejó de usar su apartamento como nido de amor. Cuando quedaba con algún chico se iban a un hotel. Pero Andrés, que así se llamaba nuestro joven detective, estaba convencido de que Paula sabía algo más, puesto que, según la información que Ricardo le había proporcionado, ella era mi única persona de confianza. Así, el joven no desistió en su empeñó y se fue acercando sigilosamente a Paula. En una ocasión la siguió hasta una fiesta que tenía lugar en el salón de baile «Edén», uno de los más frecuentados por la gente adinerada del lugar, y se sorprendió admirando la gran belleza que Paula desprendía aquella noche. Luciendo un largo vestido de seda púrpura que se ceñía a cada curva de su esbelta figura y una gargantilla de diamantes adornando su piel suavemente dorada, Paula se veía simplemente deslumbrante. Su pelo elegantemente recogido, con unos mechones ondulados enmarcando su rostro, le otorgaba un aire sumamente sensual. El deseo se adueñó de él y ya su objetivo no fue otro que el de tratar de llevársela a la cama.

Fue mientras tomaba una copa sin compañía cuando Paula se dio cuenta de que un atractivo chico la observaba insistentemente. Era llamativamente apuesto, alto, fuerte, de pelo castaño cuidadosamente despeinado y con unos electrizantes ojos verdes ocultos tras unas gafas de montura plateada. Vestía un ajustado pantalón azul amarino informal sujeto por un cinturón ancho y una camisa de color blanco informalmente desabrochada por el cuello y con las mangas dobladas de forma casual en tres cuartos, mostrando su bronceada piel. Después de entrecruzar sus miradas de forma seductora, él se dirigió hacia ella, cogió con su permiso la copa que sostenía, la dejó sobre la barra y la sacó a bailar sin contemplar la posibilidad de una negativa por respuesta. No sé si llamar química, pasión, engaño o simplemente atracción lo que surgió entre ambos aquella noche, pero fuera lo que fuese Paula se dejó llevar, se emborrachó y terminaron juntos en su apartamento. De madrugada oí un tintineo de llaves, seguido del sonido de unos tacones de aguja en el suelo de mármol del vestíbulo. Cuando escuché la voz clara de Paula, que reía y canturreaba, acompañada por una voz masculina que también reía con ella, me imaginé lo que sucedía y decidí no salir de mi habitación hasta que aquel hombre, quienquiera que fuese, se hubiera ido.

Teresa se detuvo un momento y esbozó una sonrisa, como si algo le hiciese mucha gracia.

—Paula era muy joven y yo envidiaba la vitalidad que tenía. Ella era feliz; los hombres la hacían feliz. No me atrevía a juzgarla porque yo no era quién para hacerlo y, además, podía comprender las ganas de amar y ser amada que sentía y que aquella noche saciaba en los brazos de Andrés. No logré conciliar el sueño hasta poco antes del amanecer y cuando desperté varias horas después, ya bien avanzada la mañana, me encontraba sola de nuevo en el apartamento y ajena a lo que en realidad había pasado.

Andrés había aprovechado mientras Paula dormía plácidamente por la mañana, exhausta tras una noche de pasión, para revisar las habitaciones del apartamento en busca de alguna prueba que le condujese hasta mí, alguna postal, alguna carta, algún telegrama, un diario o algo por el estilo imagino. Sin embargo, lo que encontró fue mucho mejor, pues al abrir la puerta de mi

habitación me descubrió allí dormida, ajena por completo a su presencia. Me reconoció gracias a una foto que Ricardo le había facilitado y entonces no tuvo dudas de que su trabajo había terminado.

Ese mismo día, a la caída de la tarde, alguien llamó a la puerta. Pensando que sería Paula, que habría olvidado la llave del apartamento al abandonarlo por la mañana, abrí sin preguntar quién era. Nunca me hubiera esperado encontrarme allí a Ricardo, pero era él, y me miraba con una sonrisa triunfal dibujada en su cara. Entró sin esperar a ser invitado a pasar y se sentó en el mullido sofá de color rojo a la vez que observaba de aquella forma descarada que yo tanto odiaba el moderno apartamento en el que me alojaba. Me quedé de piedra, sin saber qué decir ni qué hacer. Me había descubierto y ahora tendría que plantarle cara o volver con él.

Me dijo que no venía a reprocharme nada, que se había propuesto perdonar y olvidar lo que había pasado y que estaba dispuesto a darme una segunda oportunidad. Le escuchaba con asombro, pues hablaba como si él fuera la única víctima de todo aquello y un ser de generoso corazón. Saqué fuerzas de dónde pude y le intenté hacer comprender que yo ya no quería nada de él. Le exigí que me dejara en paz. Entonces comenzó a reírse como si mis palabras fueran un chiste gracioso y me dijo que cuando supiera lo que había venido a decirme cambiaría de opinión. Tenía información que me interesaría mucho, información sobre mi hija. Me quedé en silencio, no sabía qué pensar, pero mi primera reacción fue dudar de sus palabras. Me dijo que era libre de pensar lo que quisiera, pero que tenía una pista sobre mi hija y que tan solo me contaría de qué se trataba si volvía con él. Me negué en rotundo porque seguía sin creerle, pero me aseguró que si dejaba escapar aquella oportunidad me arrepentiría toda mi vida.

—¿Y qué hizo?—preguntó Ángela, temiéndose lo peor.

—Volví con él. Al fin y al cabo, yo vivía por y para encontrar a mi hija y mi existencia sin ella no tenía sentido. Decidí creer en su palabra aun corriendo el riesgo de equivocarme y hundirme de nuevo. Gracias a un psiquiatra gallego al que le unía una amistad de muchos años, Ricardo había averiguado que los padres adoptivos de Mary habían vivido en Galicia desde que dejasen Irlanda, concretamente en Lugo. Su madre adoptiva había sido una de sus pacientes más asiduas. Seis meses después de su regreso a España, sufrió una grave depresión a raíz de la muerte de su marido, cuyo repentino fallecimiento al ser atropellado por un conductor que se dio a la fuga fue demasiado para la pobre mujer, que no lograba hacerse a la idea de que su compañero de camino la había abandonado para siempre. Creyó volverse loca al quedarse completamente sola, sin más familia que su pequeña hija, condenada una vez más a crecer sin un padre. Ricardo supo por su colega que la mujer, sintiéndose completamente anulada en el terrible pozo de oscuridad en el que cayó, se planteó incluso la posibilidad de devolver a la pequeña al orfanato de donde la había sacado, pero sabía que yo, que era su madre biológica y la quería, me la llevaría conmigo si me era posible y entonces ya nunca más volvería a verla. La señora Mayer lo había comprendido el día en que le dejé a mi pequeña; supo leer con una profunda intuición en mis

ojos desencajados por el dolor y se lo hizo entender a aquella mujer cuando vio que se había prendado de mi Mary. Sin embargo, nada la hizo desistir. Desde que la tomara en sus brazos notó una conexión mística. Aprendió a querer a aquella niña como si se hubiera gestado en su propio vientre y ya no concebía la vida sin ella. Poco a poco la mujer fue superando la depresión y encontrando las fuerzas necesarias para sacar adelante a su hija.

Ángela empezaba a sentir compasión por aquella niña que tan mala suerte había tenido al principio de su vida. Si lo que Ricardo le había contado era la única pista que poseía, Teresa lo habría tenido bastante difícil para averiguar más, aunque eso era más que nada.

—¿Qué hizo una vez que supo que su hija podía estar en Galicia?—quiso saber Ángela, imaginándose la respuesta.

—Nada, Ricardo me prohibió viajar hasta allí. Decía que era necesario averiguar algo más, alguna pista más fiable y más reciente, pues aquello había sucedido hacía casi dos años. Sin embargo, temiendo que yo misma desoyendo sus órdenes me fuese a Galicia en busca de mi hija, decidió continuar la investigación valiéndose de Andrés.

Teresa hizo un alto en su relato y le indicó a Ángela que le acercase a los labios el vaso de agua que había en la mesilla. Bebió despacio e hizo un gesto de dolor al tiempo que tragaba el agua, como si cientos de agujas se estuviesen clavando en su garganta. Ángela pensó que sería mejor dejarla descansar un poco, pero después de dejar de nuevo el vaso sobre la mesilla la anciana continuó de nuevo.

—Debo reconocer que Andrés era un buen detective. Viajó a Lugo y allí comenzó sus averiguaciones. La verdad es que él no daba mucha cuenta de estas. Se limitaba a trabajar y a contrastar cada una de las pistas que iba consiguiendo, y no nos informaba de nada hasta que estaba totalmente seguro de que la información obtenida era totalmente cierta. Pasaron tres semanas desde su partida y al cabo de ese tiempo regresó sin buenas noticias. Logró averiguar que mi hija y su madre adoptiva habían pasado un año más en Lugo desde la muerte de su marido, donde la mujer había vivido en una casa alquilada que pagaba con el sueldo que ganaba trabajando como empleada del hogar. Andrés se entrevistó personalmente con el psiquiatra que le había proporcionado la primera pista a Ricardo, y este le habló de la completa recuperación de aquella señora y su resolución firme de marcharse de Lugo para comenzar una nueva vida lejos del triste recuerdo de su difunto marido.

—¿Y a dónde fue?—quiso saber Ángela.

—Andrés no lo sabía, o al menos eso le hizo creer a Ricardo.

—¿Qué quiere decir?

—Que Andrés le ocultó parte de sus averiguaciones a mi marido. Le hizo creer que no sabía más cuando en realidad sí que conocía el posterior destino de mi hija.

Ángela no llegaba a comprender el motivo que pudo llevar a Andrés a hacer tal cosa.

—¿Cómo supo usted que Andrés mentía?

—Me lo confesó él mismo. Unos días después de su regreso, Andrés se presentó en la casa de Ricardo aprovechando que él estaba en su consulta y me aseguró que creía haber descubierto el paradero de mi pequeña. Yo no salía de mi asombro ante esta confesión, aunque en el fondo de mi corazón albergaba una pequeña esperanza de que algo como eso ocurriese. Sin embargo, no me imaginaba la causa por la que Andrés había podido llegar a ocultar una cosa así. Se estaba jugando su reputación, su trabajo, pero él me hizo comprender que lo que había en juego era mucho más que eso. Yo no lograba comprender a qué se refería. Entonces me dijo que con él no tenía que fingir, pues sabía cuán desgraciada era mi existencia al lado de Ricardo, un hombre sin escrúpulos tratando de retenerme a su lado a toda costa aun cuando no me merecía.

Teresa esbozó una leve sonrisa y Ángela contuvo la respiración unos segundos sin darse cuenta.

—Nunca olvidaré la chispa de aquellos ojos que me proponían escapar de mi marido e ir en busca de mi hija. Andrés incluso se ofreció a acompañarme a Viella.

—¿Su hija se encontraba allí?

—Era muy posible. Cuando Mary y su madre—Teresa pronunció por primera vez y con gesto de dolor esta palabra para referirse a la mujer que había adoptado a su pequeña— se marcharon de Lugo, la dueña de la casa en la que habían vivido quiso saber a dónde irían. Les había tomado cariño y deseaba mantener el contacto, aunque se encontrasen lejos, así que insistió en conocer su próximo destino. Viella era ese destino, un pequeño pueblo en los Pirineos donde había trabajado como costurera para una tienda muchos años atrás, cuando era tan solo una jovencita. No sabía qué pensar, pues no entendía por qué aquel hombre me ofrecía ahora su ayuda cuando había sido gracias a él precisamente que Ricardo había logrado encontrarme.

Ángela tampoco podía comprenderlo.

—Entonces me di cuenta de que realmente era un buen hombre. Comprendí que tan solo intentaba reparar el dolor que me había causado por haber contribuido de una manera notable a mi vuelta con el hombre que había estado a punto de matarme. Supo la verdad sobre mi caída por las escaleras el día en que Paula se presentó en su oficina hecha una furia para echarle en cara la ruindad con la que había actuado. Mi comportamiento y mis continuos desaires a Ricardo le llevaron a confirmar la historia de Paula. Quería compensarme de algún modo aquel sufrimiento con un poco de esperanza. En principio esto fue lo que lo llevó a ocultarle a Ricardo lo que sabía y a ofrecerme su ayuda para huir y viajar hasta Viella. Tuve mis dudas, sobre todo porque le tenía auténtico pánico a Ricardo y sabía que si había logrado encontrarme una vez no le sería imposible encontrarme una segunda, y que quizás esta vez las consecuencias de mi huida fueran mucho peores para mí. Por eso tardé unos días en decidirme, angustiada al pensar que el tiempo pasaba y que no debía perderlo.

Por otro lado, la convivencia con mi marido era insostenible. Le odiaba tanto que no podía soportar tenerle cerca a pesar de que él hasta se esforzaba por agradarme e intentaba tratarme con gentileza. Así, un día cogí una maleta y me

dirigí a casa de Andrés, le dije que estaba dispuesta a marcharme en busca de Mary y le pedí que me acompañara. En pocas horas estábamos de camino a los Pirineos, sin saber con lo que nos íbamos a encontrar. Yo temía que todo fuese solo una ilusión y que al llegar a aquel pueblo no encontrásemos nada.

El viaje fue agotador, pues viajamos durante más de doce horas sin detenernos más que lo estrictamente necesario. Allá en el norte nos esperaban las majestuosas montañas cubiertas de vegetación y una lluvia fina que caía incesantemente acompañada de un viento fresco y húmedo. Aquel lugar era maravilloso, como de cuento de hadas, y no pude más que evocar el país en el que había pasado tantos años. Viella era como un pedacito de Irlanda, pues ofrecía un paisaje y una calma difíciles de equiparar con los de cualquier otro lugar del mundo. A nuestro paso dejábamos casas preciosas de tejados empinados y puntiagudos, y allá en las montañas se dejaban ver los enormes canales por los que discurría el agua de la lluvia. Lo primero que hicimos fue buscar un lugar donde alojarnos. Después de buscar mucho, lo único que encontramos fue un acogedor hotel que se encontraba a las afueras del pueblo, donde decidimos alojarnos hasta que lográramos averiguar algo sobre mi hija. Andrés y yo acordamos cambiar nuestros nombres y hacernos pasar por un matrimonio bien avenido para no levantar sospechas y así evitar el que Ricardo pudiera seguir nuestra pista. A Andrés no le fue difícil falsificar nuestros documentos de identidad. La situación era un poco embarazosa; apenas conocía al hombre que se hacía pasar por mi marido y aun así sentía que tenía que confiar en él.

—¿Usted y Andrés compartieron…?

—Solo habitación—la interrumpió Teresa rudamente—. Él dormía en el sillón y yo en la cama. No obstante, nuestra estancia allí tuvo que alargarse más de lo previsto y al final terminamos durmiendo los dos en la cama, aunque yo dormía entre las sábanas y él encima de la colcha.

—¿Por qué tuvieron que alargar su estancia en Viella?

—Puesto que Viella era un pueblecito pequeño, pensamos que sería fácil saber si Mary y su madre en verdad habían estado o estaban allí y si así era, averiguar dónde se encontraban exactamente. Sin embargo, la tarea fue complicada porque la gente era muy reservada y al ser extraños en aquel lugar tendían a evitarnos. Pasamos allí una semana sin lograr averiguar nada, pero después de esa semana todo cambió.

—¿Qué pasó?

—El señor Flaubert, que era el dueño del hotel, al que no habíamos tenido ocasión de conocer hasta entonces, regresó a Viella después de haber pasado dos semanas en su pueblo natal, Payerne, en Suiza. Era un hombre regordete, calvo, llevaba unas gruesas lentes y solía vestir un traje que le quedaba algo ajustado. Desprendía un olor dulzón que resultaba francamente agradable. Con su talante simpático, bonachón y abierto nos concedió la confianza que hasta entonces nos había sido negada y cuando al día siguiente de su llegada se dirigió personalmente a nuestra habitación para conocernos y ofrecernos su ayuda en cualquier cosa que necesitáramos, no dudamos en comentarle el asunto que nos había llevado hasta allí, aunque maquillando la verdad, por supuesto.

Ángela sonrió divertida. A Teresa no le gustaba mencionar la palabra «mentira».

—Le dijimos que habíamos viajado desde muy lejos para visitar a una prima mía que hacía años que no veía, pero que desconocíamos dónde vivía y nos era imposible ponernos en contacto con ella. El señor Flaubert no dudó en ningún momento de nuestras intenciones y se mostró dispuesto a facilitarnos toda la información que estuviera a su alcance para que pudiésemos reencontrarnos con ella. Así, le contamos todo lo que sabíamos: que se llamaba Luisa, que había venido desde Lugo, que tenía unos treinta años, que era viuda y que tenía una hija pequeña. Aunque el señor Flaubert no la conocía personalmente, nos habló de alguien que sí la conocía: su hermana Lorianne. Nos contó que Luisa pagaba un alquiler a Lorianne por una vivienda de su propiedad, pero no sabía si en la actualidad ella seguía siendo su inquilina o si por el contrario el contrato de alquiler había llegado a su fin. Su hermana tenía varias viviendas para alquilar y generalmente las ocupaban personas que iban de paso y no se quedaban mucho tiempo en aquel pequeño pueblo tan alejado de toda civilización. Muy amablemente nos dio la dirección de Lorianne para que fuésemos a visitarla, pero nos advirtió que su hermana se encontraba en Payerne, ya que había ido a pasar allí un mes con sus padres, y tardaría un par de días en regresar. Él también había disfrutado de un par de semanas con todos ellos, en familia, pero había decidido volver un poco antes que Lorianne para seguir atendiendo personalmente su pequeño hotel. Así, Andrés y yo decidimos esperar a que volviera para hablar personalmente con ella y que nos dijera si Luisa continuaba viviendo de alquiler en uno de sus inmuebles. Aquel día, después de la conversación con el señor Flaubert, yo comencé a albergar verdaderas esperanzas; me sentía pletórica, pues quizás solo dos días me separaban del instante que tanto había soñado. Y nunca olvidaré aquel día, con su noche, porque aquella exaltación que sentía me hizo cometer una locura de la que siempre me arrepentí.

Teresa agachó la cabeza, mostrando su vergüenza por lo que iba a contar. Sus mejillas se ruborizaron.

—Aquella noche Andrés y yo fuimos a dar un largo paseo y después me sorprendió llevándome a cenar a un restaurante que había al otro lado del pueblo. Era un sitio pequeño pero acogedor y la cena fue exquisita. Sabíamos que podíamos estar muy cerca de lo que había sido nuestro objetivo desde que habíamos llegado a Viella, pero en lugar de encontrar a Andrés contento por ello, lo notaba triste y muy pensativo, como si hubiera algo que lo atormentase. Después de la cena, y por primera vez desde nuestra llegada, Andrés me invitó a bailar a una sala próxima a nuestro hotel que abría tan solo los sábados por la noche. Sentí un poco de vergüenza porque Andrés era veinte años más joven que yo, pero aun así pensé que sería un poco descortés por mi parte rechazar su invitación cuando me estaba ayudando tanto y tan desinteresadamente.

La verdad es que me divertí como hacía años que no lo había hecho, logrando olvidarme de todas mis preocupaciones. Andrés por fin pareció olvidar aquello que lo había inquietado durante la cena y que no quiso compartir conmigo. Era

un excelente bailarín junto al que me parecía flotar, ligera como una pluma. Fue divertido hasta que comencé a beber sin mesura. No sé por qué lo hice, supongo que me dejé llevar por Andrés y por la euforia del momento. Entre baile y baile no dejamos de beber y, aunque al principio me sentía muy bien, después de la quinta copa comencé a notarme abrumadoramente mareada. Entonces salimos de la sala a tomar un poco el aire y una vez fuera Andrés sugirió volver al hotel. Yo no tenía ganas de volver, quería seguir divirtiéndome si el mareo se mitigaba, pero no dije nada y nos encaminamos hasta allí. Mientras caminábamos en completo silencio, comenzó a llover fuertemente. Corrimos bajo la lluvia hasta adentrarnos en los tupidos jardines del hotel. Pedimos nuestra llave y subimos a la habitación. Me sentía cansada, pero a la vez eufórica, y, aunque seguía bastante mareada, no tenía ganas de dormir. Me tiré en la cama, observando cómo daba vueltas el techo de la habitación. Entonces, cerré los ojos unos segundos. Cuando los abrí, me encontré a Andrés a mi lado, tendido junto a mí y acariciando suavemente la piel de mi rostro con su dedo índice. Su mirada era muy sensual y se paseaba con osadía por mi cuerpo mojado, que se dibujaba insinuante bajo el vestido rojo empapado. Entonces comenzó a acariciar la piel de mi cuello, fue bajando hasta mi escote y después despojó mis hombros del vestido. Acercó su rostro hasta ellos y comenzó a besarlos. Sus labios fueron besando poco a poco cada centímetro de mi cuerpo, que quedó desnudo frente a él. Desabroché su camisa hasta poder contemplar su torso desnudo, tan perfecto, tan varonil, sus brazos fuertes; sus manos grandes, suaves, me envolvieron; nos abrazamos con ardiente intensidad, besándonos con desesperación; presos del deseo hicimos el amor hasta que la luz del alba lanzó los primeros destellos al amanecer.

Se hizo un largo silencio en la habitación. Ángela nunca se habría esperado aquel encuentro tan… fogoso entre Andrés y Teresa. La anciana lo relataba con pesar, como si estuviera confesando un gran pecado que empañara un dulce recuerdo, el recuerdo del que fue su único amor verdadero, Manuel.

—Cuando desperté y nos descubrí a los dos desnudos y abrazados, con nuestros cuerpos entrelazados impúdicamente, me sentí inmersa en una pesadilla, pues no amaba a aquel hombre al que había entregado mi cuerpo y mis sentidos. Me sentí ruin. Había tirado por el suelo mis propios principios y, lo que era peor, pensé que ahora él albergaría esperanzas conmigo.

No me equivocaba, pues cuando se despertó me dio los buenos días con un efusivo y cálido beso en los labios, el cual yo no correspondí. Extrañado, se incorporó en la cama y me preguntó qué me sucedía, a qué se debía mi frialdad tras una noche tan apasionada. Reparé por primera vez en el brillo especial que asomaba en su mirada cuando me miraba. Hasta entonces no había reconocido sus verdaderos sentimientos hacia mí. Incapaz de mantenerle la mirada y tirando de la sábana para cubrir mi desnudez le dije que había sido un error, que nunca debería haberme comportado de tal manera. Sonrió jovialmente, apartándose el travieso flequillo de los ojos, respondiéndome que no había sido ningún error, que jamás se arrepentiría de lo que había pasado porque él estaba enamorado de mí y había tocado el cielo sintiéndose correspondido. Me levanté deprisa de la

cama y me metí en el baño, donde comencé a llorar amargamente, dejando a Andrés desconcertado en la cama desnuda.

Andrés se comportó como un caballero, pues vino tras de mí y, mirándose en mis ojos, buscando en lo más profundo de mi alma, pudo ver que aunque mi cuerpo había respondido a sus ardientes caricias con una pasión desmedida, mi corazón no albergaba el amor que él tanto anhelaba. Limpiándome las lágrimas, me eximió de la culpa que sentía por haberle dado falsas esperanzas, asegurándome que una mujer madura y hermosa como yo no tenía que avergonzarse por haber dado rienda suelta a una pasión que él se sentía afortunado por haber despertado y que comprendía que esa pasión no hubiera sido portadora del amor que él tanto deseaba. Comprendió que yo no sintiera lo mismo por él y me juró que no me iba a exigir nada. No obstante, tuvo la nobleza de sincerarse completamente conmigo, confesándome que desde el primer momento en que me vio, dulcemente dormida en el apartamento de Paula, me deseó y abrigó la esperanza de poder llegar hasta mi corazón. Esbozando una tierna sonrisa mientras me miraba con nostalgia, me dijo que tomaría el recuerdo de nuestra ardiente noche de deseo como un destello de luz en su vida en lugar de como la sombra de una desilusión.

Una largamente acallada melancolía afloraba en las palabras de Teresa, que en lo más profundo de su corazón consideraba aquella noche con Andrés como una traición al amor que había sentido y que aún sentía por Manuel. Solo esperaba que el que lo había sido todo para ella durante aquellos años en Irlanda y que era el padre de su hija, desde donde fuera que estuviese, supiera concederle el perdón que ella tanto necesitaba.

—Ojalá todo hubiera terminado ahí, pero el peor trago estaba aún por llegar. En medio de la intimidad de aquel momento en que Andrés y yo estábamos en el baño, llamaron a la puerta de la habitación. Andrés se puso su bata de seda y fue a abrir mientras yo me ceñía una toalla. Desde el baño me percaté de que se había hecho un extraño silencio al abrir la puerta; no se oía el tintineo del carrito con las bandejas del desayuno como era habitual cuando el servicio de habitaciones nos subía la comida de la mañana y, alertada por dicha situación, salí del baño para comprobar qué sucedía.

Me hubiera esperado cualquier cosa menos lo que me encontré. Frente a Andrés, apuntándole con un revólver se encontraba el mismísimo Ricardo, inmóvil, mudo, vestido con su mejor traje oscuro, con una espantosa expresión de cólera en sus ojos. Nada más verme dirigió su revólver hacia mí, recorriendo con la mirada mi cuerpo de arriba abajo, cubierto solo por una toalla blanca; cerró la puerta tras de sí, dio unos pasos hacia adelante y nos obligó a Andrés y a mí a caminar hasta la cama sin girarnos. Nos sentamos en el borde de esta, uno al lado del otro, frente a Ricardo, que permanecía de pie apuntando su arma hacia nosotros con arrogancia. Hablando con el mayor desprecio del que pudo hacer acopio, me dijo que la noche anterior se había deleitado maquinando su venganza mientras escuchaba desde su habitación, justo encima de la nuestra, mis gemidos de mujerzuela barata. Después comenzó a hablar lenta y pausadamente, como saboreando cada una de sus palabras, saboreando el que

creía había sido su gran triunfo. Regodeándose, nos explicó cómo un tipo amigo suyo que trabajaba para la policía le ayudó a intervenir el teléfono de Roberto, con su consentimiento, por supuesto, con el fin de escuchar mis posibles conversaciones con Paula si me llegaba a poner en contacto con ella. Una vez hecho el trabajo, el tipo se desentendió del asunto porque conocía demasiado bien a Ricardo y sabía que su interés por encontrarme no era otro que el de vengarse de mí por haberlo abandonado como a un perro. No quería verse inmiscuido en los turbios asuntos de Ricardo, pero no se atrevió a negarse porque le debía aquel favor. El tipo no quería saber cuál era mi paradero, aquello solo podía traerle problemas con la justicia o con el mismo Ricardo. Cuanto menos supiera, mejor. Desde su casa, solo completamente, Ricardo escuchaba con detenimiento todas las llamadas que Paula recibía, hasta que escuchó una breve conversación, la única que habíamos mantenido Paula y yo desde mi huida, que fue suficiente para hacerle creer que Andrés y yo nos habíamos fugado juntos como amantes.

Lo que para mí era una auténtica odisea, para él no era más que una aventura amorosa a la que estaba dispuesto a poner fin con un disparo. No sé qué pasó por la cabeza de Andrés en aquel momento, aunque recuerdo que yo deseé con todas mis fuerzas pedirle perdón por haberle abocado a semejante situación. En lo que a mí respecta, cerré los ojos y le pedí a Dios que se apiadase de mí, y que si aquel era mi último instante de vida lo aceptaría con resignación, pero con el dolor inmenso de no haber logrado ver a mi hija una sola vez más antes de morir. Oí el gatillo del revólver desplazándose lentamente y un silencio sepulcral que presagiaba lo que se avecinaba. En aquel momento, Andrés me abrazó fuerte y me confesó de nuevo su amor, todo ello ante la mirada desencajada de Ricardo, que estaba rozando la frontera que separa la ira de la locura. Para nuestro asombro, el que era mi marido bajó de pronto el arma, nos observó como si nos hubiera dado el temido tiro de gracia y me amenazó asegurándome que se iba a encargar personalmente de que diese con mis huesos en la cárcel. Nada ni nadie se lo impediría. Después se dio media vuelta, dirigió sus pasos hacia la puerta y, sin mediar una sola palabra más, desapareció. Estaba dispuesto a hundirme y yo sabía mejor que nadie que cumpliría su amenaza.

Fue necesaria una pausa para que la anciana se recuperase del desgaste emocional que le suponía relatar aquellos acontecimientos tan intensos sin obviar ningún detalle.

—Esa fue la última vez que lo vimos con vida porque ese mismo día Ricardo apareció muerto en su habitación. Una camarera de piso lo encontró tendido sobre la gran alfombra beige que cubría el parqué oscuro, con un gran charco de sangre debajo de su cabeza y un disparo en la sien. Junto a su mano derecha, el revólver de bolsillo con el que nos había apuntado durante su intimidatoria visita. Todo apuntaba a que se había suicidado. La puerta de su habitación no había sido forzada, nadie había llegado al hotel preguntando por él, nadie lo había visitado aquel día ni el día anterior, que fue el de su llegada, y no conocía a nadie en el lugar excepto a nosotros, algo que nadie allí sabía ni, por supuesto, confesamos en el interrogatorio que la policía llevó a cabo entre los huéspedes y

el personal del hotel. En el arma solo aparecían sus huellas. De hecho, no se encontraron más huellas que las suyas en la habitación. La única documentación que llevaba consigo era un DNI en el que figuraba un nombre que Andrés y yo sabíamos que era falso, pero no dijimos nada porque temimos que nos involucraran en su muerte, lo cual habría sido bastante fácil.

El caso se dio por cerrado en solo dos días. No habiendo pistas que seguir, la policía dictaminó que por alguna razón que desconocían, y que tampoco tenían intención de molestarse en averiguar, Ricardo simplemente había decidido acabar con su vida. No parecía ser más que un pobre diablo que, hastiado de una vida vacía, sin nadie a su lado, como demostró el hecho de que ningún familiar reclamara su cadáver, había huido al lugar más apartado posible para ponerle fin a su existencia sin tener que sufrir ante sus congéneres la vergüenza de su cobardía por lo que iba a hacer. Sus huellas determinaron que había falsificado su nombre y que en realidad era Ricardo Hueso. El hecho de tal falsificación lo achacaron al más que probable deseo del difunto de no dejar rastro alguno a través del cual pudiera ser rastreado, encontrado y disuadido de su irrevocable decisión, en el caso de que hubiese comentado con alguien de su entorno sus deseos de morir. Ni siquiera pudieron llegar a imaginar que en verdad él había planeado fríamente asesinarnos y con una identidad falsa pretendía no dejar pistas de su crimen. Sin embargo, no era más que un cobarde. Después de tantos años rodeado de lunáticos, él mismo se convirtió en uno de ellos al tomar plena consciencia de que carecía del valor suficiente para acabar con mi vida y con la de mi amante y al analizar detenidamente la opción de mandarme a la cárcel dándose cuenta de que eso no borraría la profunda herida en su hombría, causada por mi abandono e infidelidad. Seguramente pensó que solo la muerte podría limpiar aquella afrenta y ante su cobardía para matarme, prefirió morir él antes que vivir a la sombra de la soledad y el deshonor.

Ángela, atónita, escuchaba cómo Teresa narraba este capítulo de su vida con una frialdad impropia de ella.

—Desde luego, Ricardo no lograba despertar ni tan siquiera la compasión de aquellos que no le conocían. Así lo confirmé al oír por casualidad a la joven camarera de piso que había descubierto el cuerpo sin vida de Ricardo contándole en susurros a una compañera cómo había encontrado en el suelo de la habitación del difunto un pequeño pendiente dorado con una bonita esmeralda y varias amatistas engarzadas alrededor. Luego abrió ligeramente el bolsillo de su delantal para que la otra chica pudiera contemplarlo, fuera del alcance de cualquier mirada indeseable. Consideraba aquel hallazgo simplemente un golpe de suerte, pues con su venta conseguiría un poco de dinero extra que la ayudaría a cubrir algunos gastos.

Sin detenerse en su relato, Teresa continuó con el mismo tono frío y distante, mostrando su completa ausencia de sentimientos hacia Ricardo.

—Contemplé la posibilidad de regresar a Granada para que no me pudiesen relacionar con la muerte de Ricardo en Viella, pero después de pensarlo bien, decidí que no sería necesario. En realidad, no tenía nada que temer; yo allí era la señora Adriana Vázquez Sigüenza y nadie, a excepción de Andrés, podía

identificarme como la esposa del difunto. El propio Ricardo había emprendido el viaje sin contarle ni tan siquiera a Roberto su maravilloso hallazgo gracias a la escucha telefónica, así que tampoco él sabía de mi estancia allí con Andrés. Solo Paula estaba al tanto de mi paradero, y ella nunca me traicionaría.

Al cabo de tres días de extraña ausencia, la secretaria de Ricardo denunció su desaparición. Poco después, el cadáver de Ricardo llegó a Granada. Todo el mundo murmuró sobre la desafortunada muerte de un doctor tan prestigioso, lamentando el triste suceso de su suicidio, que atribuyeron a la desesperación y tristeza a las que lo había llevado la desaparición de su mujer. Pensaron que la vergüenza que le causaba lo que se disponía a hacer, poner fin a su propia vida, le había llevado a huir lejos, donde nadie lo conociera y le pudiera recriminar un acto que iba en contra de los preceptos de Dios.

Con Ricardo muerto, legalmente todas sus posesiones y dinero pasaban a ser de mi exclusiva propiedad. No tenía parientes, ni tan siquiera parientes lejanos. Ricardo había sido un hombre muy rico y tras su muerte todo me pertenecía a mí, que era su esposa. Sin embargo, en aquellos momentos no quise aquella riqueza, que al fin y al cabo procedía del ser que más había detestado en mi vida. Si bien es cierto que en aquel entonces no la solicité, tampoco renuncié a ella. Simplemente no regresé a reclamar lo que me pertenecía por ley. Digamos que no encontraría un uso lícito para aquella fortuna hasta muchos años más tarde. Puesto que el mismo destino que caprichosamente había puesto a Ricardo en mi camino, ahora lo había sacado de él para siempre; yo decidí cerrar por completo aquel episodio de mi vida.

CAPÍTULO XI

Lorianne era una mujer de edad media, baja estatura, regordeta como su hermano, media melena rubia rizada y piel muy clara, alegremente coloreada en las mejillas. Parecía muy risueña y sobre todo muy coqueta. Nos recibió con la mejor de sus sonrisas e intentó hacernos sentir a gusto en aquella que era nuestra primera y también sería nuestra última visita. Le contamos la misma historia que a su hermano y por supuesto, también creyó que éramos un matrimonio que había ido hasta allí con la intención de visitar a un familiar. Cuando le dijimos de quién se trataba, su rostro se ensombreció por un instante porque supo que no nos sería de gran ayuda. La mujer a la que nosotros buscábamos ya no se encontraba en su casa.

—¿A dónde había ido?—preguntó Ángela, intrigada.

—A Suiza. Lorianne se enteró por medio de sus padres de que en Payerne acababan de abrir una fábrica de relojes y que estaban buscando personal urgentemente al que retribuirían de manera generosa. Como el dinero que Luisa ganaba en su humilde trabajo como costurera en Viella apenas le llegaba para el pago del alquiler y la manutención de su pequeña, se planteó la posibilidad de viajar a Payerne para solicitar trabajo en aquella fábrica. Así, cuando Lorianne le contó que tenía previsto viajar inminentemente a Payerne para pasar un mes con sus padres y le propuso que fuese con ella, Luisa no se lo pensó dos veces y decidió acompañarla, llevándose consigo a Mary y sus escasas pertenencias. Como logró conseguir un contrato por un año en aquella fábrica de relojes, se quedó en Payerne junto a su pequeña.

La expresión de mi cara cambió súbitamente al enterarme de la marcha de Luisa y con ella la de mi hija. Lorianne debió notarlo porque de pronto enmudeció y, tras observarme en silencio, me preguntó si me encontraba bien. No quise levantar sospechas y, haciendo un gran esfuerzo, levanté la mirada y le

dirigí una sonrisa diciéndole que no se preocupase, que a veces me bajaba un poco la tensión y sufría leves mareos, pero que enseguida se me pasaría. La mujer se levantó y se dirigió a la cocina, donde me preparó un café muy cargado con la firme intención de ayudarme a sentirme bien de nuevo. Después charlamos un rato mientras nos tomábamos el café y unas pastas y, cuando le pedimos el nombre y dirección de la fábrica donde Luisa había empezado a trabajar, Lorianne nos lo proporcionó encantada pensando que no dudaríamos en ir a visitarla a Suiza.

—Su próximo destino sería Suiza, ¿no es así?—se le adelantó Ángela.

—Ese fue mi siguiente destino, tienes razón, pero esta vez me fui sola.

—¿Qué pasó con Andrés?

—Quiso acompañarme, pero yo no se lo permití. Me resultaba embarazoso saber que estaba enamorado de mí y no poder corresponderle, máxime después de lo que había pasado entre nosotros. Me sentía avergonzada y no quería seguir creándole falsas expectativas para al final acabar haciéndole más daño. Allí en Viella nos despedimos, no sin antes anotarme su número de teléfono en un pañuelo blanco que guardaba en el bolsillo de su americana, insistiendo en que no dudara en llamarle si alguna vez le necesitaba. Intentó ocultar su tristeza, pero esta se desbordaba en su mirada, al igual que asomaba a sus ojos un destello de la pequeña esperanza que albergaba su corazón. En su interior esperaba que, quizá en la distancia, llegaría a echarle de menos y me daría cuenta de que en realidad yo también le quería. A pesar de que nos separaban veinte años, era un chico muy maduro, el chico que cualquier madre hubiese deseado para su hija.

—Entonces…, se marchó sola.

—Sí, compré un billete de tren para Berna y al día siguiente de nuestra conversación con Lorianne partí hacia la capital suiza. Desde Berna poco más de cuarenta minutos me separaban de mi destino, Payerne, al que me dirigía abrigando una nueva sensación: la certeza de que mis pasos por fin iban en la dirección correcta.

Ángela estaba maravillada ante el tesón que Teresa demostraba, sin dejarse detener por nada ni nadie, sin perder nunca de vista su objetivo, sin olvidar su meta, la consecución de lo que para ella era una ilusión que se resistía a hacerse realidad.

—La misma tarde que llegué a Payerne me dirigí a la fábrica de relojes de la que Lorianne me había hablado. Mi prioridad, antes que buscar un lugar donde pasar la noche, era encontrar aquella fábrica y pedir trabajo allí. Además de poder estar cerca de Luisa, mi trabajo me garantizaría el sustento durante el largo tiempo que esperaba pasar en Suiza. Aunque yo no hablaba una sola palabra de francés, no me fue difícil encontrar la fábrica puesto que el pueblo era pequeño y no me vi obligada a pedir indicaciones; pude llegar sin ayuda. No era una fábrica de gran envergadura, pero como prácticamente estaba empezando su trayectoria, podía ofrecer trabajo a un buen número de personas, a las que se les pagaba bien; entre ellas se encontraba un número considerable de extranjeros. No tuve dificultad para comunicarme con el director, que, aunque no hablaba español, sí hablaba inglés, un idioma que yo hablaba de forma fluida gracias a mis años en

Irlanda. Así pues, en esta ocasión no tuve problemas para encontrar trabajo, precisamente el que yo necesitaba para llevar a cabo mi propósito.

—¿Encontró a Luisa?—la interrumpió Ángela, impaciente.

—Por supuesto. No sé cómo, pero la reconocí en cuanto la vi. Algo en mi interior me decía que era ella, y el corazón me dio un vuelco cuando nuestro jefe, el señor Giussepe, nos presentó. Era una mujer un poco más joven que yo, de estatura media, bastante delgada, de ojos marrones, pelo castaño, corto y rizado, y expresión melancólica. Me saludó con una breve sonrisa y después siguió trabajando en la pequeña esfera de reloj que la ocupaba. Se la veía un poco demacrada y cansada, aunque nunca la oí quejarse y su trabajo era siempre rápido y eficiente. Como yo desempeñaba mi trabajo en otra sección, solo coincidíamos a la hora de almorzar. Pasaron días sin que me atreviese a hablar con ella de lo que realmente me preocupaba y por lo que había ido hasta allí: mi hija.

Luisa se mostraba bastante reservada conmigo y al principio nuestras conversaciones giraban en torno a cosas triviales como el tiempo atmosférico, los horarios, nuestro jefe…, pero poco a poco comenzamos a comentar nuestra situación como inmigrantes, las dificultades que se presentan en un país extranjero, y cosas como esas. Así, hablamos de nuestra experiencia en Irlanda y progresivamente fuimos estando cada vez más unidas. No quise precipitarme con preguntas que pudieran incomodarla y hacerle dudar de mí, así que esperé a que fuera ella misma la que me contase la historia de la adopción de Mary y cómo había transcurrido la vida de ambas desde entonces. No puedo explicar con palabras lo que sentí el día en que por primera vez me mostró una foto de mi pequeña Mary. Con sus casi tres añitos era una niña con unos ojos muy expresivos, como lo habían sido los de Manuel, y con una dulce sonrisa que la hacía parecer un ángel. Su pelo fino caía en forma de alegres tirabuzones sobre su frente y junto a sus graciosas mejillas con simpáticos hoyuelos. Mi emoción contenida fue tan grande que no supe qué decir, no encontraba las palabras, mi mente se quedó en blanco y solo podía escuchar a mi corazón, que me decía que tan solo aquel momento en que por primera vez estaba viendo la carita de mi niña bien valía todo lo que había tenido que sufrir hasta entonces para conseguirlo.

Teresa hizo una pausa y se giró hacia la mesilla, abrió con esfuerzo uno de los cajones y de este sacó una pequeña fotografía en blanco y negro, muy desgastada y envejecida por el paso de los años. Después extendió su brazo hasta alcanzar la mano de Ángela, que cogió la foto y la observó con detenimiento. En ella se podía ver a una niña pequeña, de unos tres años, que sonreía mientras miraba tímidamente al objetivo. Llevaba puesto un bonito vestido de croché que le llegaba a la altura de la rodilla y unos graciosos lazos le adornaban el pelo. Era una pena que la fotografía estuviese tan borrosa porque los rasgos del rostro de la niña no se apreciaban con claridad, aunque no cabía duda de que aquella había sido una niña muy bonita.

—¿Cómo tiene usted esta foto?—preguntó con asombro la enfermera.

Teresa bajó la cabeza, avergonzada.

—Digamos que la tomé prestada. Fue lo único que pude conseguir, que sin duda es poco para lo que yo había soñado: poder verla y estrecharla entre mis brazos. Un día Luisa comentó en la fábrica que había perdido su cartera. Debió caérsele en un descuido mientras trabajaba o mientras almorzaba. La cuestión es que la encontré yo y al abrirla vi la foto que días atrás me había enseñado. No pude resistirme a la tentación de quedármela. Sin embargo, no podía devolverle la cartera sin la fotografía, pues Luisa sospecharía de mí y yo estaba intentando ganarme su confianza a toda costa antes de decirle quién era realmente. Así, me quedé la cartera y su contenido, que se reducía a unos cuantos francos.

Teresa levantó la mirada para detenerla en los ojos de Ángela, dejando entrever una disculpa callada por aquella acción que sabía que había estado mal. Sin embargo, Ángela no se atrevió a juzgarla y le devolvió una mirada compasiva al lograr vislumbrar la desgarradora desesperación que hubo de sentir como madre intentando contentarse con mirar la cara de su hija en una simple foto al revelársele en su interior que nunca podría tenerla frente a ella.

—Luisa nunca supo que yo me quedé su cartera, ni esta foto, y día a día me fui ganando su confianza, hasta que por fin sentí que había llegado el momento, estaba preparada, y debía contarle quién era en realidad. Sentía miedo al modo en el que Luisa pudiera reaccionar, pero no podía esperar más tiempo porque cuanto más miraba la carita de mi niña, más deseos sentía de conocerla y poder al menos estar cerca de ella. Así pues, un día a la salida del trabajo me armé de valor y le dije que tenía que hablar con ella sobre un asunto muy importante. Nos fuimos caminando despacio hasta la cantina de la fábrica. Una vez allí, pedimos unos emparedados de jamón y queso y dos tazas de té y nos dispusimos a hablar. Sospecho que ni siquiera se imaginó de lo que podía tratarse porque cuando le revelé que yo era la madre biológica de Mary, su rostro se tornó lívido y su mirada quedó como perdida en un profundo abismo. No logró articular palabra alguna. Nunca olvidaré aquella expresión de angustia que se dibujó en su cara y el movimiento incesante de su cabeza de un lado a otro intentando negar la verdad que vertían mis labios.

Afanándome por encontrar las palabras adecuadas, le resumí lo que había sido mi vida desde que dejé a Mary en el orfanato, el sufrimiento que me había supuesto dejarme guiar por el ansia desesperada de encontrar a mi hija, aunque solo fuera para poder verla crecer, comprendiendo dolorosamente que me estaba negado para siempre el derecho a revelarle que yo era su madre. Paulatinamente, el color fue volviendo a las mejillas de Luisa y sus ojos fueron recuperando su expresión. Cuando terminé de hablar pude ver cómo unas lágrimas, que se apresuró a limpiarse disimuladamente, se deslizaban por sus mejillas. Después, sin decir más que un «lo siento», se marchó. Aquella disculpa encerraba un amargo significado porque fue el anticipo a una decisión que ella sabía que me dejaría desolada, pero que creyó necesaria para protegerse a sí misma, cuando bien sabe Dios que mis intenciones no eran las que Luisa creía.

Ángela no acertaba a comprender demasiado bien a qué se refería Teresa.

—¿Hizo algo que la perjudicó?—preguntó intrigada.

—Alejó de mí la meta que creía ya casi alcanzada. Al día siguiente Luisa no

apareció por la fábrica y no volvió nunca más. Nadie sabía nada de ella. Una compañera de trabajo me facilitó su dirección y decidí ir a la casa donde vivía, pero cuando llegué me encontré una desagradable sorpresa. Una señora muy mayor que vestía una toca negra de lana y un pañuelo de seda marrón en la cabeza, a juego con un delantal de cuadritos del mismo color, me abrió la puerta y me dijo que Luisa ya no vivía allí, que se había marchado del país. Le insistí para que me dijese dónde había ido, pero no supo o no quiso decirme más, cerró la puerta con muy malos modos y yo me quedé allí en la calle, sola y desesperada de nuevo al darme cuenta de que había perdido algo que ya consideraba prácticamente ganado. Mi sueño se había esfumado.

Probablemente Luisa había temido que yo intentara arrancar a Mary de su lado y había actuado presa del miedo, miedo a que una vez que yo conociera a Mary, no me bastara con mantenerme al margen como mera espectadora de su vida, sino que me atreviera a reclamar y ocupar la posición que me correspondía como su madre biológica. O quizá había sentido miedo a que, en un futuro no muy lejano, tras un contacto continuado conmigo, Mary me eligiese a mí. A pesar de que en nuestra conversación yo le había asegurado que me conformaría con poder verla crecer, jugando el papel que Luisa decidiera, y nunca usurpando su lugar, su instinto de madre le advirtió contra mí. Simplemente no me creyó; a su juicio, ningún contacto entre mi hija y yo debía llegar a tener lugar y no encontró más salida que huir.

Un gesto de profunda decepción se dibujó en el rostro de Ángela, que no era más que un reflejo del de la anciana que tenía delante. Teresa, por su parte, se apresuró a ocultar su desilusión tras una suave y melancólica sonrisa.

—En aquel momento todas mis esperanzas se derrumbaron, no vi más salida que volver de nuevo a España. Debía aceptar que había perdido mi batalla particular y ya nada me quedaba que hacer allí en Suiza. En Granada me esperaba la casa de mi padre y allí volvería en cuanto terminase mi contrato. No me sentía con fuerzas para continuar persiguiendo una ilusión.

Cuando Teresa cerró los ojos y se recostó sobre la almohada, Ángela se apresuró a ahuecarla. Después se dirigió a la ventana y bajó lentamente la persiana, dejando la habitación en penumbra a fin de facilitarle a la anciana una siesta tranquila y reparadora. Se encaminó hacia la puerta, deteniéndose al pasar junto a la cama de Teresa para taparla con la sábana, y salió después sin hacer ruido. Teresa la observó alejarse con los ojos entornados, con aquella leve sonrisa aún en sus labios.

Aquel día, a la salida del trabajo, mientras conducía hacía su casa, Ángela no paraba de darle vueltas a la última parte de la historia de Teresa. Abatida tras conocer que Luisa se había llevado a Mary lejos de su madre, no podía evitar sentir rabia a la par que dolor. Sus peores presagios se habían cumplido. Aquella mujer no tenía en la vida nada más que sus recuerdos.

—Regresé a mi lugar de origen, la casa de mi padre, una casa que siempre había estado llena de fantasmas para mí y que ahora se convertiría en mi verdadero hogar. Allí pasaría muchos años, años felices al verme rodeada de personas con corazón, aunque también años duros en los que tendría como fieles

compañeras a la enfermedad, la nostalgia, y, finalmente, la soledad, pero en cualquier caso años de descanso para mi alma, porque me quedaba el consuelo de saber que mi hija recibía en su vida todo el cariño que a mí se me había negado en el mismo momento en que nací. Luisa era una mujer admirable, que mereció todo mi respeto y a la que le estoy infinitamente agradecida por haber cuidado, educado y amado a mi hija sin tener en cuenta que nació de otro vientre.

Ángela no sabía qué pensar. Teresa hablaba de la madre adoptiva de Mary como si realmente hubiera tenido la oportunidad de reencontrarse con ella y saber de esta después de sus días en Suiza. Sin embargo, eso debía de estar lejos de la realidad. Quizá tan solo era su amor de madre el que la empujaba a hablar así.

—No fue fácil para mí comenzar una nueva vida lejos de los fantasmas de mi padre, de Brandon, de Ricardo… Fue el ángel de Manuel el que me ayudó a forjar esa nueva existencia que tanto necesitaba. Saqué fuerzas de flaqueza y arreglé con esmero el que había de ser mi hogar. Convertí la casa de mi padre en la casa más elegante y preciosa de la ciudad. Cubrí sus paredes de colores alegres, como las casas que tanto me fascinaron en Galway, cerca de Claddagh, junto al estuario del río Corrib. Sembré margaritas, rosas, claveles, geranios, petunias, alhelíes, gardenias, fresias, jacintos, azucenas y toda clase de flores olorosas en el gran jardín delantero y en los jardines laterales, en los que hice construir pequeñas estatuas de duendes, hadas y animales varios. Justo en el centro del jardín delantero mandé construir una magnífica fuente de mármol rosado que representaba un unicornio alado. Mientras tanto, en el jardín trasero planté árboles frutales dispuestos ordenadamente, separados por estrechos senderos, que en primavera y verano aportaban un colorido espectacular a la parte de atrás de la casa, embelleciendo así el estanque de agua cristalina que ocupaba el lugar central. La caída de hojas en otoño y sus ramas desnudas en invierno, evocaban un nuevo espacio en mi mente y en mi alma, que adquirían la libertad y la renovación que solo pueden surgir del vacío y el silencio.

Mi casa comenzó a ser frecuentada por niños, jóvenes y adultos a los que yo, humildemente, les enseñaba a hablar un inglés aceptable. Mis años en Irlanda habían dejado en mí un buen acento y un amor por el idioma y la cultura de aquel país que decidí transmitir a niños y adultos. Así, comencé a ganarme la vida realizando un trabajo que realmente me satisfacía y me ayudaba a realizarme como persona. Volqué todo el amor que llevaba dentro en mis propios alumnos, que para mí eran mucho más que eso: eran almas libres, con sueños, deseos, ilusiones propias que poder hacer realidad en la larga vida que tenían por delante. Muchos de ellos querían aprender el idioma para viajar y conocer mundo, algunos deseaban labrarse un buen futuro, abrirse todas las puertas posibles, los más mayores pretendían buscar trabajo en el extranjero, a otros les encantaba alardear de fluidez en un idioma diferente al suyo, pues eso les daba mucho prestigio en aquellos tiempos, y los más ociosos simplemente disfrutaban de los ratos agradables que pasaban en compañía de aquellos que compartían sus mismas o similares inquietudes. Además de todo esto, decidí desempolvar los cientos de libros que habían sido mero adorno durante demasiados años en las

estanterías de la biblioteca de mi padre y los puse al servicio de las gentes de Granada, que acudían a mi casa para pedirme alguno de los numerosos ejemplares que conformaban la magistral biblioteca. Fueron aquellos buenos tiempos, me sentía útil, llena de vida, querida por aquellos que me visitaban. Me convertí en una mujer respetada de la que en realidad poco se sabía en mi ciudad natal, a excepción de que era la viuda del doctor Ricardo Hueso, la mujer por la que aquel había perdido la razón y cuya desaparición le dolió tanto que lo llevó al suicidio.

—Si no me equivoco, usted dijo que años más tarde tomó posesión del dinero de Ricardo y lo empleó en algo que usted consideraba lícito.

Teresa sonrió.

—Tienes razón, querida. Pero ¿a quién le interesa eso ahora? Lo hecho, hecho está, y te aseguro que fue una estupenda inversión.

La anciana se recostó y cerró los ojos, con la sonrisa de la gratitud y satisfacción aún en los labios. Ángela supo que no debía preguntar más porque tenía la certeza de que Teresa le contaría a su debido tiempo todo aquello de lo cual considerase que debía hacerla partícipe. La conocía demasiado bien y sabía que tenía que darle la libertad que necesitaba para expresarse al igual que para poder callar lo que considerara que debía quedar flanqueado únicamente por sus sentimientos, preservado en el baúl de sus recuerdos. Así pues, decidió dejarla descansar. Esperaría a que Teresa sintiera deseos de compartir con ella aquella vivencia como la magistral narradora de su vida en la que se había convertido. Ángela sabía ser paciente.

CAPÍTULO XII

El sótano de la casa parecía una morada de fantasmas. Toda clase de artículos extraños que nadie habría acertado a decir exactamente qué eran se apilaban en el suelo y contra las paredes, por todas partes. El polvo cubría majestuosamente cada rincón como si de un velo invisible se tratase; las arañas habían tejido pacientemente un finísimo manto en su intento de proteger aquello de lo que ya se creían únicas dueñas y señoras. La oscuridad les daba cobijo día y noche y era su fiel compañera en medio de aquel ambiente donde solo el olor intenso a humedad sacaba al intruso del efecto hipnótico que el lugar ejercía sobre él.

En una de las esquinas, debajo de unos enormes cajones de madera de roble, asomaba tímida una caja de cartón arrugado y manchado, herméticamente cerrada, sellada con cinta adhesiva de color marrón chocolate. Esa era la caja que Ángela había estado buscando desde la muerte de su madre, donde sabía que Carmen guardaba sus pertenencias más personales e intransferibles: desde las fotos de toda una vida hasta entrañables cartas de amor del que un día fuera un apuesto pretendiente, convertido finalmente en el compañero que la muerte se llevó en el mejor momento de sus vidas; o las cartas que su hija le había escrito durante el tiempo que pasó trabajando como voluntaria en la ONG internacional Medicus Mundi, en Nigeria. La nostalgia y el recuerdo se abrían ahora paso tras la pérdida y el dolor; Ángela había dejado atrás el dolor y solo deseaba evocar la memoria de su madre, desempolvar recuerdos de antaño, acercarse por unos instantes al ángel protector que sabía que la acompañaba siempre. Tomó aquella caja como si se tratase del cofre de un tesoro de incalculable valor y, arrodillándose en el suelo, procedió a despegar la cinta adhesiva que la envolvía. La clara luz de la mañana se colaba a través del pequeño cristal de la única ventana, iluminando a Ángela arrodillada en medio de la semioscuridad del

sótano, creando así una bella estampa mística. Al examinar despacio el preciado contenido de aquella caja, cuidadosamente ordenado, deleitándose con las sensaciones que experimentaba con cada cosa que iba encontrando, algo llamó poderosamente la atención de Ángela. En el fondo, debajo de todo lo demás, Carmen había depositado un pequeño diario con una sencilla cubierta color índigo. Desconocía que su madre hubiera escrito alguna vez un diario y se preguntaba por qué se lo habría ocultado. Su curiosidad aumentó al comprobar que el diario guardaba en su interior una foto en blanco y negro que había sido cortada por la mitad. En ella aparecía su madre vestida con una bata de media longitud y gran austeridad, portadora en la parte superior izquierda, a la altura del pecho, de una pequeña tarjeta prendida con un imperdible. Por debajo de la bata asomaba una falda casual y el cuello de una blusa clara. Se la veía muy sonriente junto a dos mujeres que mostraban aproximadamente su misma edad. En la mitad de la fotografía que faltaba se adivinaba que debía de haber una mujer junto a Carmen, pues aparecía una mano frágil, femenina, agarrada al brazo de su madre. Aquella foto había sido cortada premeditadamente y Ángela se preguntaba si lo habría hecho Carmen, desechando rápidamente la idea al no ser capaz de concebir que su madre pudiese guardar cualquier tipo de rencor o miedo hacia la persona que había sido eliminada de la escena. No creía que su madre la hubiese conservado en el hipotético caso de que le trajese algún mal recuerdo. Quizá simplemente se había deteriorado, mojado, quemado, arrugado o algo por el estilo, y ella había considerado que aquella parte en concreto no era demasiado importante como para conservarla estropeada. No le gustaba conservar objetos deteriorados porque decía que traían mala suerte y no dejaban espacio para las cosas nuevas que estaban por venir.

Ángela se levantó del suelo, con la caja abierta aún en las manos, y subió a la sala de estar, donde volvió a sacar el diario de su madre y comenzó a inspeccionarlo con más detenimiento. No le habría interesado tanto de no ser porque pudo comprobar que lo había iniciado durante el año que Ángela había estado en Nigeria, desarrollando su labor como voluntaria. Un año de su vida, el único tiempo que había pasado separada de Carmen. Las primeras vivencias que en él se narraban pertenecían exclusivamente a ese año. Seguramente se había sentido sola y la melancolía le había llevado a poner por escrito todas aquellas cosas que no podía compartir con su hija. Seguramente lo escribió no solo con la intención de expresar sus sentimientos en lugar de reprimirlos en su corazón, sino con el propósito de que Ángela pudiese conocer de forma fidedigna los momentos más relevantes que había vivido durante aquel año para así hacerla partícipe de su vida de alguna manera, aun habiendo estado a tantos kilómetros la una de la otra. Quizá simplemente lo olvidó al tener de nuevo a su hija de vuelta y no sintió la necesidad de mostrárselo entonces. Comenzó a leerlo desde el principio con interés y emoción. Eran las emociones y pensamientos más íntimos de su madre, y ella formaba parte prácticamente de cada una de las entradas. Ciertamente, su relación con Carmen era tan estrecha e intensa que leyó página tras página sin descubrir nada realmente nuevo para ella. Pero todo cambió al llegar a las páginas centrales, en las que Carmen contaba de manera breve pero

precisa algo que Ángela desconocía por completo.

4 de septiembre de 1987

Hoy ha sido sin duda un día fascinante. Todavía estoy bastante desconcertada. Lo último que hubiese esperado era la visita de ese hombre tan apuesto, ese abogado de Granada que ha recorrido tantos kilómetros hasta Alcalá de Henares para hablar conmigo. Ciertamente el motivo de su visita me ha sorprendido muchísimo. Pensaba que esto solo sucedía en los libros o en las películas. No puedo creer que, como me ha comunicado, haya una persona—su cliente— a la que él se ha referido como mi «benefactor», que esté decidida a ofrecerme toda una fortuna pidiéndome tan poco a cambio. Esa persona tan solo me exige que el dinero que pone a mi disposición lo invierta en levantar un geriátrico en uno de los pueblos de la vega de Granada, uno con un nombre especialmente raro…—Huétor-Tájar creo que se llama—, en el cual sea posible atender a los ancianos solos o enfermos de este y otros pueblos de los alrededores. No me ha explicado por qué he sido yo la elegida, ni por qué razón ha de ser en ese lugar, y lo que más me sorprende es que me haya escogido precisamente a mí, que no soy más que una humilde costurera que no tiene ni idea de medicina ni de cuidados a ancianos. Suerte que tengo a mi hija. Ángela podría desarrollar una gran labor en ese centro, de llegar a ponerse en marcha tal proyecto. Por otra parte, podría así ver cumplida la ilusión de toda su vida, ejerciendo la profesión para la que se ha preparado durante estos últimos años con tanto esmero y pasión. Si bien es cierto que siento un poco de vértigo ante la sola idea de hacer frente a un proyecto de tal magnitud, también es cierto que no pienso anteponer mi miedo e incertidumbre a la felicidad de mi hija, así que no pienso hacer más preguntas y aceptaré el presente que se me está ofreciendo. Y aunque me resulte una ardua tarea el mantener en secreto todo esto, tal y como ese caballero me ha exigido como ineludible condición para poder recibir el dinero, juro que no romperé la promesa que hoy le he hecho y nadie conocerá nunca el verdadero origen de tal magnificente suma de dinero.

En ese momento Ángela evocó el rostro calmado de su madre, sonriente como siempre, con su mirada limpia clavada en sus ojos, sosteniendo fuertemente sus manos entre las de ella aquel día en que volvió de Nigeria, comunicándole que había recibido una gran suma de dinero de un pariente lejano fallecido hacía unos meses. Recordó el gozo que sintió en su interior cuando oyó de labios de su madre que aquel dinero lo emplearía en edificar y poner en marcha un geriátrico en el que Ángela podría comenzar a trazar su carrera laboral al servicio de aquellos que más lo necesitaban. No hizo demasiadas preguntas, nunca dudó de la palabra de su madre. Ángela verdaderamente creía en los milagros.

Un año después, cuando todo estuvo listo, vendieron su casa en Alcalá de Henares y compraron una mucho más bonita en Granada, a los pies de la Alhambra, que se alzaba majestuosa contemplando con orgullo aquella tierra que tanta sangre había visto verter por su causa. Tan solo media hora de camino en coche las separaba de su nuevo lugar de trabajo. Carmen se pondría al frente de

la dirección del centro, haciéndose cargo de toda la burocracia, mantenimiento, contratación de personal y demás—rodeándose de las personas adecuadas para ayudarle, por supuesto—, y dejaría a Ángela a cargo de todo lo demás: la dedicación en cuerpo y alma a los internos sin ninguna otra preocupación. Y sería así durante veinte años, hasta el momento del fallecimiento de su madre, momento en que tomaría el relevo como directora del centro, pero continuaría ejerciendo igualmente su profesión como enfermera como hasta entonces lo había hecho tan eficientemente.

Un fuerte golpe la sacó del estado de ensimismamiento en el que se encontraba. Algo se había caído en la planta de arriba de la casa. Cerró el diario y, llevándolo consigo, subió las escaleras a toda prisa. No era más que un florero enorme de barro cocido que se había volcado debido a una ráfaga de viento que se había colado por el cristal entreabierto. Era el jarrón favorito de Carmen, el primer regalo que recibió de Ángela en la casa donde empezaron su nueva vida. Recogió todos los trozos, que habían quedado esparcidos por el suelo, y después, atraída por el diario que había dejado a medio leer encima de la mesita redonda, justo donde hasta unos minutos antes había estado el jarrón, procedió a sentarse en la mecedora junto a la ventana para continuar con la lectura de aquellas páginas que todavía no habían sido abiertas. Sin embargo, el teléfono comenzó a sonar insistentemente, con un timbre agudo e irritante. Soltó el diario de nuevo sobre la mesita y se dispuso a coger el teléfono. Era una llamada urgente del geriátrico, tan urgente que, a pesar de saber que Ángela se encontraba disfrutando de sus merecidas horas de descanso, no dudaron en avisarla. Era evidente la predilección que Ángela sentía por Teresa, así que Beatriz, al mando del centro en ausencia de la directora, estaba segura de que Ángela no le perdonaría el no haber sido debidamente informada. Una enorme mancha de sangre se había extendido por las sábanas de Teresa. Había sufrido una grave hemorragia vaginal. Se encontraba muy débil cuando Beatriz la encontró en su cama bañada en su propia sangre, con los ojos cerrados, como inerte. Corrió a avisar a Carlos, el conductor de la ambulancia, y a los celadores necesarios para trasladar a la anciana al hospital sin perder tiempo alguno.

Ángela salió corriendo hacia su coche y, sin perder un solo segundo, se dirigió al hospital Clínico San Cecilio. Esperó ansiosamente, dando paseos cortos de un lado a otro en el recibidor de urgencias durante un interminable cuarto de hora que tardó en llegar la ambulancia que transportaba a Teresa.Después de ocuparse de los trámites pertinentes para realizar el ingreso de la anciana, se dirigió a la sala de espera, de donde no se movió hasta que la llamaron para comunicarle su estado.

—¿Es usted familiar de la paciente?—le preguntó el doctor Martínez.

Ángela se quedó pensativa, como si aquella pregunta pudiese tener más de una respuesta.

—No… No. Dirijo el geriátrico donde estaba ingresada.

Ángela le tendió la mano al doctor. Este la estrechó cordialmente.

—En ese caso hablaré claro, señora. Teresa está muy grave. Ha sufrido una

abundante hemorragia que le ha hecho perder mucha sangre. Ha sido causada por un tumor que hemos detectado en su cuello uterino, un tumor… que está muy extendido.

Ángela no podía creer lo que estaba oyendo. Intentó recordar algún posible síntoma que le pudiera haber pasado inadvertido: quizá su acusado cansancio y el frecuente dolor de espalda y pélvico, pero ambos fueron siempre atribuidos a la enfermedad que la había acompañado durante tantos años—la enfermedad de Paget, que la había llevado a perder la movilidad del sesenta por ciento de su cuerpo— y la fibromialgia con la que convivía desde hacía más de cuatro décadas. Estaba demasiado nerviosa para poder pensar con claridad. Solo quería ver a Teresa, estar a su lado en aquellos momentos.

Cuando el doctor la hizo pasar a la habitación en la que Teresa descansaba en la unidad de cuidados intensivos, se sintió desfallecer. La encontró tendida en la cama, con un montón de finas agujas clavadas en los brazos—unos brazos de piel tan fina, traslúcida, que casi dejaba ver la sangre corriendo por sus venas— y pequeños tubos transparentes insertados en su nariz. Su corazón, queriendo negar la realidad que ante ella se mostraba, buscaba desesperadamente a la Teresa fuerte y luchadora, la mujer que había vuelto a sonreír gracias a su cariño, pero sus ojos y su razón solo le mostraban un cuerpo del que se escapaba la vida. Era como un muñeco de trapo, inerte, que pareciese no querer volver a vivir nunca más.

Manuel estaba a su lado con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Era una noche espléndida, de luna llena, en la que el firmamento se había vestido con sus mejores galas para contemplarlos felices desde allá arriba. El agua clara del río se asemejaba a un cristal en el que ellos sumergían sus cuerpos desnudos, cogidos de la mano. Se adentraban en el agua, despacio, notando la frescura del agua en cada poro de su piel, lentamente, pero sin detenerse. Eran jóvenes, muy jóvenes, y deseaban amarse, lo deseaban con todas sus fuerzas. Él la estrechaba entre sus brazos. Sus labios se buscaron y sus miradas se encontraron. Los ojos de Manuel estaban llenos de luz. La miraban de forma ardiente y tierna a la vez, y veían simultáneamente el corazón de aquella mujer a la que amaba con todas sus fuerzas. Se fundieron en el más cálido y dulce de los besos… Se amaron sin reservas, sumergidos en las aguas del río…, hasta llegar al cielo juntos.

Cuando Teresa abrió los ojos, Manuel ya no estaba allí. Solo había oscuridad y silencio, un silencio interrumpido persistentemente por un sonido agudo y breve que parecía provenir de algún tipo de máquina que ella no lograba ver. De pronto, un poco de luz se abrió paso ante sus ojos y pudo contemplar al otro lado de un cristal enorme un rostro que le era tan familiar como el de su amado Manuel. Él no estaba allí, pero allí estaba Mary…, su Mary.

Ángela se apresuró a llamar al doctor Martínez, que se mostró sorprendido ante lo que consideró prácticamente un milagro. Teresa acababa de despertar del coma en el que había estado sumida durante tres días. Ángela se sentía dichosa de tener a Teresa de vuelta y de que sus ojos, que irradiaban una inexplicable felicidad, la contemplasen de nuevo. Ángela tomó entre las suyas una de las

manos de la anciana, como solía hacerlo ella a menudo cuando la hacía partícipe de la historia de su vida. No se dijeron nada, tan solo se dedicaron mutuamente la mejor de sus sonrisas. Después, Teresa volvió a cerrar los ojos; estaba cansada, extremadamente cansada. Después de concederles ese instante de intimidad, el doctor Martínez ordenó que llevaran a la paciente a la primera planta para realizarle unas pruebas.

Ángela se sentía feliz. Necesitaba bajar a la capilla para dar gracias a Dios por haberle concedido a Teresa más tiempo de vida. El silencio de la capilla le recordó aquel episodio de la vida de Teresa al poco tiempo de llegar a Galway, cuando conoció a aquel extraño hombre en la iglesia, aquel hombre del que ella logró alejarse casándose con Brandon y trasladándose a Cork. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. En aquel momento, Ángela se sintió como si ella también fuese un trozo de la vida de Teresa. Uno de aquellos personajes que había visto desde fuera, pero que sabía que habían sido tan reales como la vida misma, y supo que, de alguna manera, gracias a Teresa, había una conexión entre todos ellos y ella misma. Sentía como si la energía de un rayo fulminante la hubiese alcanzado. Se apresuró a levantarse del banco en el que había estado rezando sus oraciones y sin perder tiempo salió de la capilla. Corrió hacia la salida del hospital y se dirigió rápidamente a su coche. Teresa no la necesitaría durante unas horas—en las que le estarían realizando las pruebas pertinentes tras su inesperada salida del coma— y ella tenía algo que hacer que no admitía espera alguna.

Al llegar a su domicilio, aparcó el coche, salió de él, corrió por el estrecho sendero que llevaba hasta el porche y, una vez dentro de la casa, subió al que había sido el dormitorio de su madre, donde días antes se había quebrado su florero favorito. En el lugar de este, sobre la mesita redonda cubierta con unas enagüillas celestes de raso, ahora se encontraba el diario de Carmen, que Ángela había dejado allí tres días atrás, justo antes de que Teresa fuera ingresada en el hospital. Ángela lo tomó entre sus manos, se sentó junto a la ventana en la mecedora de madera de bambú en la que Carmen pasaba sus horas de ocio entusiasmada en la lectura de algún buen libro, y retomó la lectura desde donde se había visto obligada a dejarlo. Leyó detenidamente todas sus páginas, una a una, desde aquella en la que Carmen relataba el intrigante episodio de la inesperada visita del abogado de Granada. Esperaba encontrar algo que la sorprendiera de nuevo, pero no sabía exactamente qué. Solo presentía—tenía una corazonada— que encontraría algo relacionado con Teresa. Sus ojos se abrieron con gran asombro al llegar a la entrada del 26 de abril de 1997.

26 de abril de 1997

No puedo creer que después de treinta años hayamos vuelto a encontrarnos— mejor dicho, que me haya buscado hasta dar conmigo—. Estoy desconcertada. Esa condenada mujer es verdaderamente obstinada. No puedo entender qué pretende con esto, se escapa a mi razón. Se ha presentado en mi casa, en mi casa nada más y nada menos. Suerte que Ángela estaba en su trabajo, como de costumbre. No tiene por qué enterarse de su visita. No señor, no se enterará. Viene de nuevo hasta mí buscando un acercamiento a la que dice que es su hija,

cuando bien sabe Dios que Ángela no ha tenido más madre que yo, que lo he dado todo por ella. Ella la dejó en un orfanato, desamparada. No seré yo quien se atreva a juzgarla—eso solo le corresponde a Dios—, pero perdió todo el derecho sobre ella cuando la abandonó. Debe de estar loca si cree que a estas alturas de mi vida me arriesgaré a que Ángela pueda tan siquiera sospechar la verdad. Me ha jurado que solo desea poder permanecer cerca de ella formando parte de su vida, aunque solo sea como una mera conocida, nada más; pero no la creo. No puedo creerla. No le bastará con eso. Lo sé. Ángela es una persona muy afable y ella sabrá ganarse su confianza. Una vez que tenga contacto directo con ella y se gane su cariño, ya no podrá resistir la tentación de desvelarle su verdadera identidad. No me arriesgaré.

Ciertamente me asombra saber que, durante estos últimos diez años,—quizás desde mucho antes—, ella se ha mantenido en la sombra. Valiéndose de ese tal Andrés, el mismo que se hizo pasar ante mí por un respetable abogado de Granada, logró averiguar lo que Ángela más deseaba en la vida y me cedió aquella enorme suma de dinero únicamente para que mi hija pudiera ver su sueño cumplido. Se hizo pasar por nuestra benefactora sin pedir nada a cambio, sin desvelar su identidad hasta el día de hoy. En el fondo siento lástima por ella. Me ha asegurado que solo deseaba hacer feliz a su hija y poder estar cerca de ella. Me ha jurado que nunca le contará nada, que ahora ya tiene demasiado miedo a ser rechazada por… ¿Cómo la llama ella?... No importa… Por Ángela. Sería su palabra contra la mía, y Dios sabe que me mantendré firme en mi versión de la historia.

Ángela estaba atónita. Todo su cuerpo temblaba y un sudor frío le recorría la espalda. Aquella era la última página del diario de Carmen. Lo cerró con un golpe seco y, acto seguido, se levantó de la mecedora, se encaminó rápidamente a las escaleras, bajó corriendo hasta el sótano y, una vez allí, se dirigió a la esquina en la que aún se encontraban los enormes cajones de madera de roble de debajo de los cuales había sacado la caja en la que encontró el diario de Carmen. Comenzó a abrir todos los cajones con desesperación, buscando algo, aunque de nuevo no sabía exactamente qué. De ellos salieron artículos de lo más diversos: un vestido de gasa color rosa pastel que había sido agujereado por las polillas, un par de zapatos rojos de charol a los cuales les faltaba un tacón, un libro de poemas con unas bonitas tapas color turquesa, varias revistas de moda, figuritas de porcelana, flores secas, una colección de mariposas disecadas, un transistor antiguo, y muchas cosas más. Nada encontró que pareciese tener algo que ver con toda aquella historia, hasta que abrió el último cajón de madera, uno de color amarillo mostaza, bastante deteriorado por la carcoma y que pesaba relativamente poco. Necesitó una palanca para abrirlo, pues la madera se había hinchado debido a la humedad y estaba herméticamente cerrado. Al levantar la tapa pudo comprobar que estaba casi vacío. En su interior tan solo había algo envuelto en papel de estraza, algo que estaba blandito, como si de una prenda de ropa se tratase. Ángela lo tomó entre sus manos y lo sacó del cajón, después lo desenvolvió con cuidado, pensando que encontraría un jersey o algo por el estilo, pero cuál no sería su sorpresa cuando al dejar caer el envoltorio al suelo y extender por

completo la prenda que este había contenido en su interior, comprobó que se trataba de algo que de algún modo ya conocía. Era una pequeña manta de cuna, una bonita manta de lana de diversos colores, con unas iniciales bordadas en hilo rosa: M.G.; Su mente asoció rápidamente aquellas letras a dos palabras que parecían darles sentido: Mary Graíño. El corazón de Ángela latía a doscientos por hora, como si intentara escapar de su pecho. Las lágrimas comenzaron a desbordarse de sus ojos al notar al tacto que una de las esquinas de la manta estaba áspera, porque estaba quemada. Poco pudo imaginarse la pobre señora McLoughlin que aquella manta que tejió para ella poco antes de nacer sería la que le confirmase su verdadera identidad. *Ángela*, aquel nombre que ahora no le decía nada, no había sido más que una gran mentira, al igual que lo había sido *Carmen*, el de su madre adoptiva. Las ideas comenzaron a agolparse en su cabeza de manera desordenada; su mente se llenaba de nombres que se entrecruzaban: Luísa, Osvaldo, Manuel, Marianne, Andrés, Teresa, Mary…, ella misma. Apretó la pequeña manta sobre su pecho y, dejando todos los cajones abiertos y todo lo que éstos contenían por el suelo, se incorporó y se dirigió corriendo hacia las escaleras, dispuesta a partir de nuevo hacia el hospital en el que Teresa se encontraba. No había tiempo que perder.

No podía saber que alguien en el hospital estaba velando el descanso de Teresa. Allí frente al cristal que separaba a la anciana del mundo real, sentado en una de las pocas butacas que había en el pasillo de cuidados intensivos, con los codos apoyados sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, las piernas separadas la una de la otra, había un hombre con una elegante americana color beige y unos pantalones chinos oscuros. Su pelo, canoso pero brillante y perfectamente ordenado, le daba un aire muy distinguido. Al notar la presencia de Ángela, se levantó rápidamente de la butaca que ocupaba.

—¡Alfredo!—exclamó sorprendida—. ¿Qué haces tú aquí?

Era la última persona que hubiera esperado ver allí. Alfredo era el director del periódico local de Alcalá de Henares, al que había conocido por casualidad en un parque un día en que él leía un libro tranquilamente sentado en un banco de madera, ajeno a la gente que se movía a su alrededor. Ángela fue a sentarse a aquel mismo banco porque llevaba todo el día buscando trabajo sin obtener resultado alguno y los pies la estaban matando. Al notar su presencia, Alfredo levantó la vista de las hojas del libro para posar su mirada sobre ella y algo debió llamar poderosamente su atención, porque comenzó a observarla con insistencia, lo cual la hizo sentir especialmente incómoda. Así, Ángela se dispuso a levantarse del banco y continuar su camino. Entonces Alfredo, avergonzado, se disculpó por haberla incomodado y justificó su descortesía diciendo que no todos los días se encontraba uno con una cara que le resultaba tan familiar. Le preguntó de dónde era, si tenía familia por allí cerca, comenzaron a charlar y terminaron tomando un capuchino en una cafetería cercana.

Era un hombre que aparentaba tener unos quince años más que ella—en realidad, nunca le había confesado su edad—, muy agradable y galante, extremadamente apuesto, con una fascinante mirada y una sonrisa de esas que

logran embriagar todos los sentidos. Entablaron una estrecha amistad que derivó en una aventura amorosa que la condujo a desear más de él, a desearlo en su vida no únicamente como amigo y amante, sino como compañero. Sin embargo, cuando ella se aventuró a revelarle sus verdaderos sentimientos, descubrió que el corazón de él estaba cerrado al verdadero amor por alguna razón que a ella no le fue posible averiguar.

Desilusionada por la negativa de Alfredo, Ángela decidió alejarse. Habiendo terminado su carrera de enfermería y no habiendo logrado conseguir un puesto de trabajo estable, consideró una buena opción marcharse a Nigeria, donde permaneció un año ayudando como voluntaria en Medicus Mundi. Habían pasado más de veinte años de todo aquello, durante los cuales no se habían vuelto a ver ni a saber el uno del otro, pero cuando se encontraron de nuevo, se reconocieron en seguida.

—Supongo que lo mismo podría preguntarte yo a ti—dijo el hombre, con una amplia sonrisa, sin intentar ocultar la alegría que le causaba verla.

Se abrazaron durante unos segundos.

—Mi hermana Amelia sufrió un accidente de coche la semana pasada. Ha estado en la unidad de cuidados intensivos desde entonces. No me ha sido posible venir antes. Llegué esta mañana a Granada y me dirigí aquí para acompañarla, pero el doctor me comunicó hace un rato que hoy mismo la van a trasladar a planta porque ya está fuera de peligro. Estoy esperando a que vengan los celadores que la llevarán a una habitación en la tercera planta y me quedaré con ella unos días, puesto que su marido debe volver al trabajo ahora que ella ya está recuperándose.

Ángela no recordaba que Alfredo tuviese ninguna hermana. Sin duda, el paso de los años había borrado muchas cosas; sin embargo, otras permanecían a flor de piel—pensó mientras sentía cómo se ruborizaba.

—Me alegro. Yo estoy aquí por mi…—Se le hacía difícil materializar en palabras la verdad que había quedado al descubierto— … por Teresa—dijo finalmente, volviendo la vista hacia la cama en la que la anciana descansaba.

Alfredo volvió la vista hacia el cristal y observó a Teresa, que estaba sumida en el más profundo de los sueños. Ángela observó cuidadosamente aquella mirada en los ojos de Alfredo, que le pareció extraña. Era una mirada de aflicción, de dolor, como si Alfredo en realidad conociera a Teresa, como si en realidad se encontrase allí por ella.

—Se le ve muy débil, pero ten fe… Se recuperará. Es fuerte.

Diciendo esto, miró con impaciencia el reloj blanco circular que colgaba de la pared y luego su Rolex plateado, besó a Ángela en la mejilla y se despidió de ella, diciéndole mientras se alejaba apresuradamente por el pasillo que le gustaría tomar un café con ella y charlar con más calma antes de volver a Alcalá. Sin duda alguna, se alegraba de aquel reencuentro, pero las circunstancias en las que ambos se hallaban inmersos no les habían permitido saborearlo como era debido.

Ángela supuso que Alfredo se habría cansado de esperar a los celadores sanitarios y habría decidido súbitamente ir a preguntar en el punto de información los pormenores concernientes al traslado de su hermana a planta. Lo

recordaba como un hombre bastante impaciente e impulsivo. Quizá pensó que habría habido algún malentendido y a lo mejor la habían llevado a una habitación en algún momento en el que él pudiera haberse ausentado. Aunque había tratado de ocultar su inquietud y preocupación, no lo había conseguido. Ella lo conocía bastante bien. Después reparó en las últimas palabras que Alfredo había dicho—«es fuerte»—, las había pronunciado con determinación y seguridad, como si en realidad conociera bien a Teresa. Entonces comenzó a darle vueltas en la cabeza a la posibilidad de que él y Teresa se hubieran conocido en algún momento de su pasado. Él ni siquiera le había preguntado qué relación le unía a ella. Parpadeó varias veces, como intentando sacarse cualquier tipo de intriga de la cabeza. Sin duda, los últimos acontecimientos la estaban trastornando. Alfredo siempre había hecho alarde de una convincente seguridad en su modo de hablar. Probablemente, esa era su peculiar manera de alentarla en aquellos momentos que él había adivinado que eran bastante duros para ella. Simplemente no habría querido parecer indiscreto, inmiscuyéndose en un dolor que no le correspondía. Fuera como fuese, el encuentro con Alfredo había hecho a su corazón latir al son de una sensación que había creído extinguida.

Ángela apoyó las palmas de sus manos en el cristal, que estaba frío como el hielo. Deseaba poder tocar las manos de Teresa, anhelaba oír su voz aterciopelada, ansiaba contarle lo que había descubierto y que Teresa no se había atrevido a decirle abiertamente. Era su madre y se había conformado con mantenerse en un segundo plano. Se había conformado con contarle lo que había sido su vida: su vida con y sin Manuel, su padre; su vida sin ella y a la vez siempre tras ella. Su valentía y su tesón eran dignos de elogio; su humildad y su resignación eran dignos de admiración; su alma y su espíritu infatigable eran dignos de su amor. Ángela no pudo reprimir las lágrimas. Sin darse cuenta había aprendido a amar a la mujer que estaba muriendo en aquella cama y sabía que el tiempo que se les había concedido estaba tocando a su fin. Dirigió la mirada a su enorme bolso de croché blanco—que había dejado caer sobre la butaca en la que Alfredo estaba sentado cuando ella llegó—, del cual sobresalía la esquina quemada de la pequeña manta de lana que había dejado de ser tan solo uno de los fantasmas de Teresa para pasar a formar parte de su propia historia. Deseaba mostrársela cuanto antes a la que era su madre biológica para así poner fin a toda aquella farsa.

CAPÍTULO XIII

Hacía un día precioso y Ángela se encontraba una vez más de camino al hospital. Se había detenido un momento a la salida del trabajo para comprar un ramo de flores para Teresa. «Un ramo de rosas blancas rodeadas por un ancho lazo de raso rojo sería perfecto», pensó. Tal vez se estaba precipitando, pero no podía esperar un solo momento más para decirle a Teresa todo lo que sabía, todo lo que sentía. Solo esperaba encontrarla despierta, lúcida. Necesitaba hablar con ella, o tal vez ni tan siquiera eso, sabía que todas las palabras sobrarían. Se había pasado toda la noche tratando de imaginar cómo sería aquel momento, el momento en que al mirar los ojos de su madre pudiera ver tras ellos, como si de un cristal se tratase, desaparecer la angustia de toda una vida.

La habitación a la que habían subido a Teresa después de pasar cinco largos días en la unidad de cuidados intensivos tenía mucha luz. Ella era su única ocupante. Estaba despierta, pero inmóvil, pensativa, con la mirada fija en la ventana. Su largo pelo blanco yacía suelto sobre sus hombros, cayéndole sobre los pechos, casi imperceptibles bajo el holgado camisón azulado. Se la veía cansada, muy débil, dispuesta a rendirse a la enfermedad, que sentía que no la perdonaría en esta ocasión. Su sexto sentido le decía que el tiempo se le acababa. No necesitaba preguntar a los doctores; consideraba innecesaria cualquier explicación. Estaba preparada para morir, pero le hubiera gustado hacerlo en paz, sin dejar ningún asunto pendiente, y ahora eso ya sería imposible. Se resignó a la idea de que su hija nunca conocería la verdad. Había esperado demasiado.

La visita de Ángela le cambió por completo la cara, que se le iluminó al verla asomar por la puerta con su acostumbrada sonrisa, tratando en vano de ocultar tras su espalda un enorme ramo de rosas blancas, las favoritas de Teresa.

—Son para ti. Espero que te gusten—dijo Ángela sacando de detrás de su

espalda el brazo izquierdo, portador del precioso ramo de rosas, y extendiéndolo en dirección a la anciana.

Teresa se incorporó en la cama con la ayuda de Ángela y lo tomó entre sus brazos con la misma ilusión que alguien que recoge un Óscar de Hollywood.

—Has de buscar algo entre las flores—dijo Ángela con una expresión traviesa.

Los ojos de la anciana, que se tornaron vivarachos en cuestión de segundos, comenzaron la búsqueda, ayudándose hábilmente por sus delgados dedos, sin rendirse hasta que dieron con su objetivo: una pequeña tarjeta blanca adornada con bonitos ramilletes de flores en las esquinas, que asomaba por debajo del ancho lazo de raso rojo. Las manos le temblaban, la sonrisa le iba y le venía, las palabras se ausentaron durante unos instantes que ella quería convertir en eternos.

Ha merecido la pena tu esfuerzo y sacrificio de toda una vida. Estoy muy orgullosa de ti, mamá.

Te quiere, tu hija.
Mary

Al leer la tarjeta, Teresa sintió como si mil rayos la alcanzaran y descargaran dentro de ella toda la energía contenida en el universo. Una oleada de intenso júbilo le inundó el cuerpo y sació su alma. Buscó la mirada de Ángela intentando confirmar que aquellas palabras escritas sobre aquella tarjeta eran reales. Buscó con sus ojos muy abiertos y sus labios totalmente mudos una explicación, pero en realidad era innecesaria. Su hija estaba allí sentada frente a ella y sabía toda la verdad. ¿Qué más daba que fuera en un hospital donde aquello tenía lugar, o que ella tuviese ochenta y tres años? En aquellos momentos se sentía rejuvenecer, se sentía aquella mujer de Galway que lo único que anhelaba en la vida era ser feliz. Intentó pronunciar algunas palabras, palabras vacías de contenido, de sentido, porque lo único que tenía sentido en aquellos momentos era lo que sentía su corazón. Ángela se acercó más a ella para poder estrecharla entre sus brazos. El frágil cuerpo de Teresa había adquirido la vitalidad de un niño y se abrazaba a Ángela con ansia, como dispuesta a no separarse de «su Mary» nunca más.

En el transcurso de la tarde, que se esfumó con rapidez, las dos mujeres charlaron e hicieron planes para un futuro próximo. Ángela le prometió a Teresa que tan pronto como se encontrara mejor, la llevaría con ella a su casa de Granada, donde podrían recuperar parte del tiempo perdido. A Teresa se la veía completamente feliz, envuelta en un halo de calma, serenidad, gratitud y amor, que le otorgaba una belleza mística difícil de explicar. Cuando Ángela se marchó, las lágrimas comenzaron a recorrer las mejillas de Teresa. Algo en su interior le decía que su historia había llegado a su punto más alto, y que a partir de ahí, ya no debía esperar nada más. Todo se había cumplido y era hora de descansar.

En el transcurso de los veinte días posteriores, pese a que su salud siguió empeorando, Teresa se sintió dichosa. Se sentía feliz con las visitas de su hija y las visitas de Andrés—el hombre al que Ángela había conocido como *Alfredo* en Alcalá de Henares—. Entre Teresa y Andrés le contaron a Ángela toda la historia. Por el modo en que Andrés sostenía la mano de Teresa y la miraba tan dulcemente mientras ella hablaba, Ángela comprendió que nunca había dejado

de amarla y había aceptado ser su más fiel aliado sin perder la esperanza de ganarse su corazón, aun a sabiendas de que el de ella parecía cerrado al amor.

Unos diez años después de volver de Suiza, Teresa volvió a ponerse en contacto con Andrés. A pesar de que en Granada su vida era aparentemente bastante feliz, siempre rodeada de gente que la apreciaba, personas que deseaban ser partícipes de su conocimiento, niños, jóvenes, adultos o incluso ancianos, a los que enseñaba inglés, contaba historias, entretenía y alentaba en la aventura de la vida, su forzosa renuncia a Mary le hacía vivir en un estado de continua inquietud. Se había decantado por el lado de la razón, que le decía que no tenía ningún derecho sobre aquella niña y que por el propio bien de esta no debía interponerse más en el camino de la que a todos los efectos era su madre. Creyó que lograría reponerse a la pérdida de su hija, que el tiempo curaría esa tremenda herida, pero no fue así, y cada día anhelaba más volver a saber de ella. Así pues, con la profunda culpa de haberse dado por vencida, interponiendo tantos años entre su hija y ella, finalmente se decantó por escuchar a su corazón, decidiendo que reanudaría la búsqueda de Mary, que no descansaría hasta llegar a ella y que nunca más renunciaría a ella, costase lo que le costase. Fue entonces cuando volvió a ponerse en contacto con Andrés para pedirle su ayuda y él no dudó un instante en concedérsela. Él, fiel a su espíritu de detective intrépido de las novelas de Chandler, investigó durante nueve años. Las últimas pistas le llevaron hasta Alcalá de Henares. Y un día, de manera casual, Mary lo encontró a él leyendo un libro en un banco del parque. El primer encuentro fue fortuito, pero cuando la vio sentada en aquel banco junto a él supo que era ella. Se hizo pasar por el director del periódico local y se ganó totalmente la confianza de Ángela, que le contó con detalles cómo había sido su vida y cómo era en aquellos momentos. Andrés hacía partícipe a Teresa de todo lo que—de primera mano—averiguaba sobre su hija, pero Ángela se percató de que en realidad él no le había hablado nunca a Teresa de la atracción que había surgido entre ellos. No entraba dentro de sus planes el que ella se enamorase de él, pero la relación se le escapó de las manos y ya no hubo vuelta atrás. Teresa nunca supo que la partida de Ángela a África como voluntaria en realidad estuvo motivada por el desengaño que sufrió al no verse correspondida por Andrés. Simplemente pensó que era su deseo de ejercer de alguna forma su profesión el que la llevó a África, alejándola de nuevo de ella.

Durante la ausencia de Ángela, Teresa, que se había trasladado a Alcalá temporalmente al saber que su hija se encontraba allí, regresó a Granada. Andrés, por su parte, cumpliendo órdenes de Teresa, visitó a Luisa haciéndose pasar por un abogado de Granada—su acento lo delataba siempre—. Cuando Luisa aceptó la cuantiosa suma de dinero que «su benefactor» le ofrecía—el dinero que había heredado como viuda de Ricardo y que había incrementado con la venta de algunas de sus propiedades—, Andrés pasó a ocuparse personalmente de realizar todas las gestiones necesarias para poner en marcha el proyecto del centro geriátrico y después regresó a Granada definitivamente para supervisar también su construcción.

Cuando Ángela se trasladó con Luisa a Granada, creyó estar en un sueño:

viviendo a los pies de la Alhambra y trabajando en lo que más le gustaba. Trabajar en aquel geriátrico proporcionando atención médica, cuidados y el calor de una gran familia a tantos ancianos la llenaba de satisfacción y la hacía sentirse plena. Estaba tan ocupada atendiendo a los internos que al principio no reparó en una mujer rubia, con los ojos siempre ocultos tras unas enormes gafas de sol y la cabeza cubierta con un sombrero descuidadamente inclinado hacia delante. La sombra de este ocultaba parte de su rostro, que debía de ser hermoso, como sugerían sus carnosos labios pintados en color rojo carmín. Pasaba horas y horas leyendo sentada en uno de los bancos de la plaza que había frente al geriátrico, a la sombra de un árbol. Cierto día, desde la ventana de su despacho, Ángela se percató al fin de su presencia. La mujer no estaba entonces ocupada en la lectura del libro que tenía abierto en su regazo, sino que parecía estar observándola desde la distancia, desde aquel banco que proporcionaba una vista completa del despacho de la enfermera jefe. Le mantuvo un momento la mirada, detrás de aquellas gafas oscuras, y después volvió a sumergirse en las páginas de su libro.

La reiterada presencia de aquella mujer, siempre sentada en el mismo banco, le causó a Ángela gran curiosidad. Pensó que era una señora bastante elegante y seguramente disponía de mucho tiempo libre. Todo lo que pudo averiguar sobre ella—por medio de una de las enfermeras del centro que residía en el pueblo—fue que era una mujer inglesa que se había venido a vivir a España a disfrutar de su jubilación. Había comprado una casa de campo a orillas del río Genil, en medio de unas tierras muy fértiles, donde vivía sola. El hecho de que apenas hablase español supuso una barrera para conocerla personalmente: muy a su pesar, Ángela se sentía completamente incapaz de comunicarse en inglés. Además, cuando la mujer percibía que Ángela se aproximaba con lo que consideraba que podría ser la intención de entablar conversación con ella—en alguno de los momentos en los que llevaba a algunos de los internos a pasear por la plaza o cuando los acompañaba sentada a la sombra de alguno de los árboles —, siempre cerraba su libro, se levantaba y se marchaba, o se ponía a pasear y se alejaba. Así, a Ángela le quedó claro que era una de esas personas solitarias, bohemia quizá, que no deseaba el contacto con otras personas, en aquella plaza al menos. Seguramente su mundo interior era magnificente y con él le bastaba para conseguir la plena armonía que irradiaba su persona. Por lo tanto, decidió simplemente observarla de lejos, y pudo hacerlo durante casi diez años, en los que la mujer acudía fiel a su cita en la plaza, siempre en el mismo banco, acompañada únicamente de un libro y en ocasiones de una taza de café. Lo que Ángela no sabía es que aquella mujer, ocultando su verdadera identidad tras unas gafas, un sombrero y una peluca, también la observaba a ella.

Al poco tiempo de que Teresa fuese a hablar con Luisa para decirle que quería formar parte de alguna forma de la vida de su hija, aquella mujer que ya se había convertido extrañamente en alguien sumamente familiar en las inmediaciones del geriátrico, desapareció por completo. Teresa supo después que dar aquel paso había sido un gran error; le supuso doce largos años en los que encontró imposible acercarse a Ángela puesto que Luisa se negó en rotundo, amenazándola con contarle a su hija toda clase de mentiras sobre ella para que la aborreciera

profundamente. Pocos días después de aquella conversación, Luisa empezó a sospechar de la extraña mujer inglesa que acudía con tanta frecuencia a la plaza, frente al geriátrico. Hizo sus averiguaciones y se presentó en su casa de campo para exigirle que se alejara para siempre o si no lo haría ella, con su hija. Ya solo pudo saber de Ángela a través de una enfermera que ella misma logró infiltrar en el centro gracias a una convincente carta de recomendación, así como a través de Andrés, que—siempre en la sombra— seguía cada uno de los pasos de Ángela. Decidió con gran dolor mantenerse alejada de ella, esperando hasta conseguir convencer a Luisa—valiéndose de un verdadero abogado que poseía un enorme poder de persuasión, amigo de Andrés—, pero eso nunca sucedió. Así, comprendió que tendría que esperar el momento adecuado, y cuando tantos años después Andrés le comunicó que Luisa había fallecido, Teresa supo que entonces había llegado ese momento.

Una flamante luz dorada se abría frente a los ojos de Teresa, que comenzó a caminar descalza sobre el mármol blanco y frío del hospital. Caminaba sin detenerse mirando hacia el foco de luz hasta que las plantas de sus pies desnudos dejaron de notar la frialdad del mármol para sentir la suave caricia de la hierba fresca que crecía en las orillas del río Corrib. La luz fue extinguiéndose, hasta desaparecer del todo, dejando paso a la silueta de un hombre de mediana estatura, de pelo moreno, ojos marrones llenos de vida, y una sonrisa deliciosa. Manuel le estaba tendiendo su mano, que ella intentaba alcanzar aproximándose más y más hasta él, sin detenerse nunca. Al llegar junto a él, este tomó un chal, el chal que solían vestir todas las muchachas en Galway, se lo puso sobre los hombros y después tomó delicadamente su mano izquierda para comprobar con satisfacción que su mujer aún llevaba su anillo de compromiso y matrimonio, aquel típico de Galway, como siempre lo había hecho: con la corona, las manos y el corazón invertidos. En ese momento, la luz del sol comenzó a brillar y una alegre música casi imperceptible empezó a sonar. Manuel la invitaba a bailar. Comenzaron a bailar, felices, dando vueltas, riendo. Una poderosa sensación de bienestar se adueñaba de ella. No sufría ninguno de los dolores que ahora habían quedado tan atrás, que se habían esfumado por completo como por arte de magia. La música comenzaba a oírse más y más fuerte, procedente de violines y gaitas, e inundaba de alegría su corazón. Manuel y ella bailaban junto al río Corrib, descalzos, sintiendo la agradable sensación del rocío en su piel. Su padre, Patrick, los señores Reilly, la señora McLoughlin… los observaban contentos, reían con ellos. La música no cesaba y cada vez se oía más fuerte. De pronto se hizo de noche y la música cesó. Manuel la cogió en brazos; la besó. Todo se esfumó. Solo la luna y un hermoso manto de estrellas eran testigos de su amor. Eran jóvenes. Se fundieron en un dulce beso, un beso con sabor a miel, con olor a flores, con tacto de seda, un beso de ángeles, incorpóreo, pero tan real a la vez…

—Teresa, despierta, por favor… Por favor—sollozaba Ángela, con su rostro inclinado sobre el de la anciana, al tiempo que acariciaba suavemente las mejillas de esta, de las cuales el color de la vida se había esfumado: había huido junto con sus ilusiones, sus vivencias, su amor… y su alma. Todos ellos se encontraban ya

en una esfera superior.

El doctor dijo que no había nada que hacer. Nada en absoluto. Teresa merecía descansar por fin en paz. No merecía sufrir más de lo que ya había sufrido en la vida, un sufrimiento que ella había considerado justo para expiar todas las culpas que sentía como propias. Su rostro, frío, pálido como la cera, no era más que la máscara tras la que, en tantas ocasiones a lo largo de su existencia, había intentado ocultar sus verdaderos sentimientos cuando éstos eran casi imposibles de esconder. Sus ojos habían sido como un cristal, los más sinceros que hayan podido existir, porque tras ellos nunca pudo ocultarse nada, siempre hablaron por sí mismos. Y ahora se habían cerrado para siempre. En lo más profundo de su ser, Ángela sabía que no debía permitirse la tristeza porque sentía que el alma de aquella mujer ya no estaba en aquel cuerpo frágil, como de porcelana a punto de quebrarse, sino que se había liberado y ahora era mucho más; era inmortal, eterna, y lo sería por siempre. Se sintió inundada por un gran sentimiento de frustración al darse cuenta de que ya sería imposible compartir tantas cosas como le hubiera gustado con la mujer que la había buscado durante toda su vida. La inscripción en su lápida no fue más que un último homenaje, mostrando el nombre que ella misma tomó en Galway y, como era costumbre en Irlanda, el apellido de su marido, Manuel, su único verdadero amor:

M*arianne Graíño*
Fallecida el 13-7-2010
A los 83 años

Un poco más abajo se podía leer:

A la mujer, a la madre, a la esposa fiel,
Al amor, a la lealtad, a la amistad,
A la fortaleza, a la persistencia, a la bondad,
Al sufrimiento, a la valentía, a la humildad,
A la inmensa generosidad…
Mi más sincera admiración hacia ti, mamá.
Todo lo dejó al descubierto la belleza de tu mirada,
Tan transparente como un cristal.

Después del funeral, Ángela tuvo mucho tiempo para reflexionar. Sentía un vacío inexplicable. Teresa había dejado en su vida una huella imposible de borrar. Había conocido su verdadera identidad y pudo seguir conociendo cosas nuevas sobre Teresa, sobre su padre, y sobre la vida de éstos allá en el país que la había visto nacer, en la hermosa Irlanda.

Teresa había sido buena escribiendo, como pudo comprobar Ángela con verdadero asombro al revisar el contenido del pequeño baúl de madera y cobre que Teresa había llevado consigo al geriátrico, un contenido que constaba de interesantes escritos, unos en inglés y otros en español, realizados por ella misma. Había sido una mujer con un portentoso talento para la literatura, un talento que había plasmado en innumerables poemas y varias novelas, que nunca había llegado a publicar. Lo que más impresionó y a la vez conmovió a Ángela fue un cuaderno de tamaño folio, de cubiertas de madera y hojas de papel de colores, en

el cual figuraban poemas firmados no solo por su madre, sino también por Manuel, su padre. Eran poemas de amor: de amor tierno, sensual, de amor fiel, amor amigo, de lealtad, de amor por la que para ellos ya era su tierra. Era una auténtica joya en bruto y, sin duda alguna, el legado más preciado que ella como hija podía recibir. Nunca se cansaría de leer una y otra vez aquellas líneas, y sobre todo aquel hermoso poema que habían escrito entre los dos el día de su compromiso, un viernes santo:

GOOD FRIDAY
Era un día gris, mas el sol
en sus corazones brillaba;
era el amanecer de un gran día.
Sonrisa de gala,
eterna sonrisa,
eterna mirada;
belleza de gala,
eterna belleza,
en sus ojos reflejada.
Mentes en blanco,
oscuro silencio
que recorría sus curvas
hasta acariciar su pelo.
De doble fondo las miradas
que dan amor y piden amor.
En mi mejilla, tu lágrima,
del agua que hoy no vemos,
del agua salada.
Palomas grises, palomas blancas,
que en «Good Friday»
unen sus almas,
dos pedacitos de esa
que hoy nos salva.

M & M
#Galway
13-04-1953

Cuando lo leía sentía unas inmensas ganas de llorar al pensar en lo injusta que había sido la vida con Teresa, arrebatándole todo lo que más había querido, y a la vez experimentaba una intensa emoción porque sabía que su venida al mundo había sido fruto de una gran historia de amor, una historia que quizás no se volvería a repetir, y que desde allá arriba los dos enamorados gozaban ya de la dicha eterna juntos.

Un mundo nuevo se había abierto ante Ángela que, a pesar de encontrarse ya en la etapa de la madurez, a sus cuarenta y seis años, se sentía joven y no estaba dispuesta a perder por nada del mundo su espíritu de niña grande. Conocer a

Teresa y todo lo que había significado su vida le había ayudado a adquirir una nueva perspectiva de las cosas. Quería conocer más sobre ella, sobre su vida, porque sentía que aún quedaban cosas en el tintero, y nadie mejor para ayudarle en su cometida que el mismo Andrés. El hecho de que viviese en uno de los Cármenes cercanos a la Alhambra facilitó frecuentes encuentros entre ellos en los que hablaban durante horas. Ella necesitaba saber cosas que no había podido preguntar a Teresa, y él se prestó a despejar todas las dudas que tuviese acerca de su madre puesto que había estado cerca de ella durante los últimos treinta y tres años de su vida, siempre como amigo incondicional. Le contó cómo afrontó los doce años de separación a los que se vio avocada por Luisa. Fueron difíciles para ella por no tener permitido acercarse a ella, aunque en varias ocasiones no pudo resistir la tentación y bajo creativos disfraces, osaba acudir a las inmediaciones del geriátrico y esperaba hasta volver a ver, desde la distancia, a su hija. Decidió ocupar su tiempo en lo que más le gustaba: compartir sus conocimientos de inglés con las gentes de Granada y continuar escribiendo, como lo había hecho durante toda su vida, aunque nunca publicó nada de ello porque no sintió la necesidad de hacerlo. Escribir era para ella la más poderosa manera de expresarse y experimentar la libertad y de dar alas a su inmenso mundo interior: su propia alma reflejada en papel. Durante esos años, la enfermedad la azotó más fuerte: el dolor muscular y articular se intensificó, sus huesos comenzaron a deformarse con celeridad, provocándole un dolor cada vez más intenso y persistente y sufrió varias fracturas de las que tardó tiempo en recuperarse; de algunas nunca llegó a recuperarse por completo. Sufrió periodos de depresión, como los había sufrido en otros momentos de su vida, pero cada vez se prolongaban más y eran más agudos. Sin embargo, nunca perdió la esperanza de recuperar aquel trozo de ella misma que se encontraba tan cerca de ella, pero a la vez tan lejos de su alcance. Y cuando la esperanza que albergaba en su pecho, aguardando poco menos que un milagro, ya estaba tocando fondo, le llegó el momento que tanto había esperado: el de poder ir al encuentro de su hija. Pero cuando por fin estuvo a su lado no encontró la valentía necesaria para decirle que era su madre. No creyó justo destruir todo su mundo, dañar la imagen blanca que ella conservaba de la que había sido la única madre que había conocido, y que en realidad se había comportado como tal. Decidió disfrutar de cada momento que la vida le brindara al lado de su hija, aunque tuviera que hacerlo callando la auténtica verdad.

Con la ayuda de Andrés, Ángela logró conservar una imagen entrañable de su madre biológica. Y ambos, juntos, se encargaron de que la ciudad de Granada también la recordase como tal. Convirtieron la casa de Teresa en la biblioteca pública más espectacular de la comarca, donde entre otros, se podía disfrutar de todos sus escritos, los de toda una vida. Era un proyecto que había tenido en mente durante sus últimos años de vida, pero que no llevó a cabo por no encontrarse con las fuerzas necesarias para hacerlo. Era su peculiar manera de perpetuar la vida de su alma.

La muerte de Teresa había puesto el punto final a un ciclo sin duda primordial en la vida de Andrés, un ciclo que había creído pleno con la sola esperanza de

algo que nunca podría llegar a ser. Sin embargo, sin la sombra de Teresa, se había abierto una nueva etapa para él en la que estaba dispuesto a dar por fin una oportunidad a sus expectativas de amar y al mismo tiempo ser correspondido.

CAPÍTULO XIV

Era una lástima que el día hubiese amanecido tan desapacible. Una despiadada tormenta azotaba toda la Vega de Granada. La oscuridad de las grises nubes había ahogado la luz del día. Las calzadas eran verdaderos ríos y las gentes aventuraban, mirando por sus ventanas, los estragos que tan terrible tormenta causaría a las cosechas de la comarca.

Ángela también miraba por la ventana; sentía nostalgia de aquellos momentos que había vivido hacía ya un año y también de los muchos otros que habían quedado por vivir. Todavía un año después trataba de imaginar lo que habría sido su vida si su madre biológica, Teresa, no hubiese llegado tarde al orfanato donde la dejó siendo tan solo un bebé, si sus padres adoptivos no la hubieran sacado de aquel lugar para llevarla con ellos tan lejos de sus raíces. Luisa—todavía se le hacía extraño aquel nombre para referirse a su madre adoptiva—debió haberle contado la verdad. Había sido demasiado injusta con Teresa, alimentando en Ángela cierto rencor hacia unos padres que, según su versión, la habían abandonado a su suerte sin más razón que la de no quererla en sus vidas. Luisa la había criado, la había educado, la había sacado adelante sola tras la muerte de Osvaldo, su padre adoptivo, del que Ángela no tenía un solo recuerdo. Había intentado protegerla, es cierto, pero ella tenía derecho a saber la verdad que le había sido vedada. En cierto modo la comprendía, comprendía que hubiera cambiado su identidad, haciéndose llamar Carmen con el fin de no ser encontrada, y que la intentase mantener lejos de Teresa, porque en tan solo unos meses ella había llegado a querer a aquella mujer tan excepcional, y Luisa nunca había estado dispuesta a compartir su amor con nadie más. Su inmensa soledad tras la muerte de Osvaldo la había llevado a ser extremadamente protectora y posesiva con su hija, tanto siendo solo una niña como convertida en toda una

mujer. Nunca la apoyó en sus escasas relaciones sentimentales, que siempre terminaron fracasando debido a la radical oposición de su madre, a la que nadie le parecía lo suficientemente bueno para su única hija. Y Ángela se dejaba influenciar por ella en demasía.

Ya de nada servía hacer conjeturas, imaginar cosas que nunca serían. Ahora tenía su propia vida, una vida que, en plena madurez, estaba a punto de dar un giro de ciento ochenta grados. Esperaba con ansia que la colosal tormenta amainara. Tan solo faltaban cinco horas para el gran momento que con tanta ilusión había esperado y no quería que nada lo empañase. Estaba en el centro geriátrico, con los nervios a flor de piel, rezando para que la lluvia cesara y pudiese salir de allí y llegar a Granada a tiempo para el acontecimiento que llevaba meses preparando. En la habitación que tiempo atrás había dado cobijo a Teresa reinaba el silencio, escoltado por el ruido de fondo de la lluvia. De cuando en cuando este se veía roto por el estruendo de los truenos, precedido por el resplandor de imponentes relámpagos que iluminaban la habitación casi en penumbra, su antigua cama de madera de pino y sábanas blancas, su mesita, desde donde la observaban, ahora a ella, los ojos de Manuel, el armario también de pino en el que Teresa guardaba sus batas de tonos pastel de algodón suave, sus zapatillas verdes de invierno y sus otras zapatillas, celestes, de verano. Junto al armario había una estantería con un solo libro que Teresa trajo consigo, pero que, sin embargo, nunca cogió para leer. Su vista, demasiado gastada ya por el paso de los años, por los numerosos escritos realizados por ella misma y los cientos de historias leídas en los libros que albergó en la gran casa de su padre, había dejado de serle de utilidad para la lectura. Ángela había reparado en aquel libro en muchas ocasiones, pero nunca había sentido la curiosidad que ahora la abordaba por saber de qué trataba, qué tipo de historia escondería entre sus páginas, una historia que a Teresa sin duda la había atrapado tanto como para llevarlo con ella a aquel lugar. No había nada que hacer hasta que la tormenta escampara, así que Ángela encaminó sus pasos hasta el otro lado de la habitación, hasta que tuvo la estantería justo delante de ella y el libro de cubierta color ámbar a la altura de su nariz. Ángela lo cogió cuidadosamente y leyó el título, rotulado en grandes letras doradas que se entrelazaban con gran maestría: *Wuthering Heights*. Era un clásico de la literatura romántica, escrito en inglés, y por lo deteriorada que tenía la cubierta se diría que Teresa lo adquirió en su juventud y que su historia la cautivó en la hermosa Irlanda, como ella la llamaba. Ángela lo observó con curiosidad, dándole varias vueltas entre sus manos, hasta que finalmente procedió a abrirlo. Comprobó que no había ninguna dedicatoria en la primera de sus páginas. Luego, en un acto reflejo derivado de la propia costumbre, comenzó a hojearlo. Un leve ruido metálico, casi imperceptible, resonó en el suelo de mármol de la habitación. Algo que procedía del interior de las páginas del libro había caído al suelo. Dejó el libro cerrado de nuevo sobre la estantería y se agachó buscando con la mirada lo que había caído. Comenzó a palpar con su mano derecha las baldosas de mármol a su alrededor. No había nada. La escasa claridad que había en la habitación debido a la tormenta a punto estuvo de hacerla desistir de su propósito de encontrar aquel pequeño objeto,

fuese lo que fuese, pero cuando iba a levantarse del suelo, un colosal relámpago iluminó toda la habitación, arrancando un bonito destello junto a la pequeña alfombra color turquesa y malva que había junto a la cama. Se arrodilló sobre la alfombra y observó con detenimiento. Allí estaba lo que buscaba. Era un pequeño pendiente dorado con una bonita esmeralda y varias amatistas engarzadas alrededor. Ángela abrió los ojos con gran asombro. A pesar de que nunca antes había visto aquella joya, la reconoció enseguida. Teresa le había hablado de su compañera: aquel pequeño pendiente que una joven camarera de piso había encontrado en la habitación del difunto Ricardo cuando halló su cuerpo sin vida. Entonces pudo entender por qué la anciana la había tenido oculta. Había sido testigo mudo de la muerte de Ricardo… o mejor dicho… de su asesinato. Ángela se tapó el rostro con las manos y se echó a llorar. Imágenes horribles le bombardeaban la mente. Imaginaba a Teresa sosteniendo la pistola de Ricardo con mano temblorosa, apuntándole a la cabeza. Se negaba a creer que su madre hubiera hecho algo semejante. Su propia mente rechazaba esas imágenes y creaba otras en las que era Andrés el que apretaba el gatillo mientras que Teresa, a su lado, intentaba detenerlo. Los veía a los dos junto al cuerpo sin vida de Ricardo. Veía a Andrés y a la propia Teresa manipulando la escena del crimen: limpiando el arma, eliminando las huellas, plasmando las huellas de Ricardo sobre el arma y depositándola después fríamente junto a la mano inerte del cadáver.

Aquel pendiente parecía quemarle en las manos. Cuando logró dejar de llorar, lo observó otra vez. No quería verlo ni un segundo más. Se levantó del suelo, salió de la habitación escondiendo el pendiente en su puño y se dirigió a su despacho. Caminó hacia el escritorio, hasta el enorme sillón de cuero granate que había tras este y se sentó en él. Abrió el cajón superior derecho del gran escritorio de madera de roble. De él extrajo una caja de cerillas, vació el contenido y después introdujo el pendiente en su interior. Cerró el cajón, apretó la caja de cerillas entre sus manos y después se recostó sobre el sillón, esperando a que la tormenta amainara. Permaneció con la mirada fija en el cristal, en las gotas de lluvia que lo golpeaban incesantemente, como hipnotizada, intentando no pensar.

En media hora la tormenta había pasado, la lluvia cesó. Ángela se apresuró a levantarse del sillón, sin soltar la caja de cerillas, y salió apresuradamente del despacho para dirigirse de nuevo a la antigua habitación de Teresa. No había tiempo que perder. Abrió el armario, que estaba cerrado con llave, y de el sacó una percha de la que colgaba el vestido que la señora Peñalver había dejado allí para ella, tal como se lo había pedido. Una enorme funda gris opaca lo protegía; debía estar perfecto para la ocasión. Ni siquiera se detuvo a echarle un vistazo. Confiaba por completo en las portentosas manos de la señora Peñalver, que era la mejor modista del pueblo y sus alrededores. Cerró de nuevo la puerta del armario con llave y después se apresuró a salir de la habitación. Corrió por el largo pasillo del centro, esquivando a los ancianos que comenzaban a salir de sus habitaciones y se disponían a jugar sus habituales partidas de cartas o de ajedrez, o a ver la tele, e incluso a salir al patio una vez que la tormenta parecía haberse alejado por

fin. Entró en el coche, cerró la puerta dando un fuerte portazo, dejó el vestido cubierto por la enorme funda gris sobre el asiento trasero y puso en marcha el motor. Condujo a toda velocidad en dirección a su lugar favorito, aquel al que desde hacía unos meses solía acudir cuando necesitaba pensar, liberar tensiones, tranquilizarse; era un pequeño remanso de paz, uno de los lugares más mágicos que había conocido, y se había convertido en su peculiar escondite cuando necesitaba alejarse de los problemas, encontrar soluciones a éstos y respuestas a sus preguntas. En menos de una hora se encontraba de pie frente a una de Las Lagunas de Archidona. De las dos lagunas que había en aquel paraje natural tan maravilloso, su preferida era la que ella llamaba sencillamente *La Laguna*, un enorme charco de agua salada en plena naturaleza, aunque a tan solo dos kilómetros de la autovía. El carril que conducía desde la vía de servicio a *La Laguna* estaba encharcado y lleno de barro porque allí también había llovido muchísimo, así que dejó el coche a la entrada del camino y continuó a pie durante unos setecientos metros, entre lodo y maleza. Al encontrarse frente a *La Laguna* buscó la enorme piedra en la que solía sentarse, desde la que solía contemplar el agua tranquila. Tomó asiento, observó por un momento el paisaje que tenía frente a los ojos, compuesto por chaparros, matorral, juncos junto a las orillas, flores silvestres diversas, y aquel árbol milenario que había visto pasar por aquel paraje a tantas personas como ella y como la propia Teresa, que fue la que le habló por primera vez de él. Ella lo llamaba «su trocito de Irlanda»; a él solía dirigirse cuando todavía conservaba la movilidad de sus piernas en los momentos en los que necesitaba pensar, cuando se sentía nostálgica de aquella tierra cuyas raíces siempre había llevado consigo, cuando quería estar a solas con sus recuerdos, con los recuerdos de Manuel, con la ilusión de poder contarle a su hija toda la verdad.

Ángela no podía evitar sentirse afligida en el que debería ser uno de los días más felices de su vida. Se llevó la mano al bolsillo de su bata blanca de trabajo y sacó de él la caja de cerillas en la que conservaba el pendiente de amatistas. Lo extrajo de la caja, sostuvo el pequeño pendiente con el dedo pulgar e índice para contemplarlo por última vez y, acto seguido, acercándose a la laguna hasta notar el frío contacto del agua en la punta de los dedos de sus pies, lo arrojó con fuerza al punto más alejado que le fue posible. Lanzó un gemido al viento al observar en la lejanía cómo las aguas engullían la joya con avidez, dejando tras de sí unas ondas perfectamente simétricas en la superficie. Entonces, Ángela fue consciente de su propio reflejo, que la contemplaba con descaro desde las cristalinas aguas de *La Laguna*, y este le hizo pensar súbitamente en la vida que tenía por delante: una vida en la casa que Teresa había soñado poder compartir con ella y que ahora ella habitaría y convertiría en su hogar. Disfrutaría del aroma y el color de los preciosos jardines, soñaría junto a las pequeñas estatuas de hadas y duendes, pasearía entre los árboles frutales, bebería el agua fresca del mágico unicornio alado de mármol rosado, se deleitaría con la lectura de los libros y escritos de la magnífica biblioteca. Estaba decidida a devolver a aquella casa la esencia de hogar feliz que perdió tras la muerte de su abuela y que su madre había intentado recuperar para compartir con ella algún día, y lo haría junto al que

dentro de tan solo tres horas se convertiría en su marido. Unos leves destellos de sol, que comenzaba a mostrarse tímido en el cielo, la sacaron de su ensimismamiento. Se secó las lágrimas que sin darse cuenta se habían desbordado de sus ojos y le habían recorrido sus mejillas pálidas hasta detenerse muy cerca de la barbilla. Se puso en pie y sin más dilación se encaminó al coche. No había tiempo que perder. Andrés la esperaba.

FIN